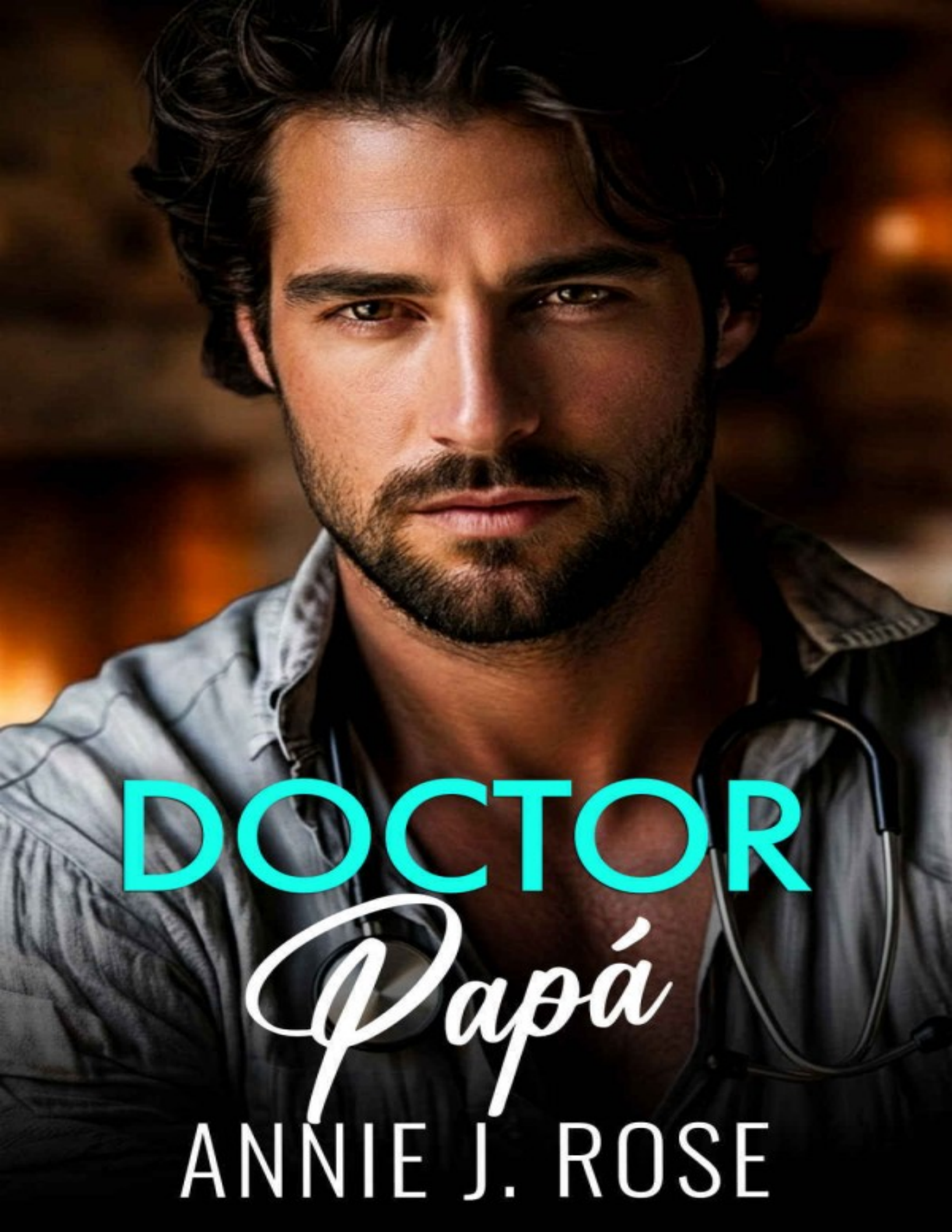

DOCTOR
Papá
ANNIE J. ROSE

DOCTOR PAPÁ

UN ROMANCE DE EMBARAZO SORPRESA

ANNIE J. ROSE

ÍNDICE

Descripción

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Enamorándome de Hailey (Vista previa)

¡Por favor no olvides dejar un comentario!
Sobre la autora

DESCRIPCIÓN



Dicen que los polos opuestos se atraen,
Ay, ojalá se equivocaran…

En cuanto Ford Branson cruza la puerta de mi despacho de abogados,
sé que va a traer problemas.
Un médico privado de lujo, rico y jodidamente guapo,
cree que lo tiene todo al alcance de la mano.
Y esos dichosos dedos puede que le hayan metido en un buen lío,
cuando una paciente adinerada le acusa de comportamiento inapropiado.
Viene a mí suplicando mi ayuda, jurando por activa y por pasiva que jamás la tocó,
y, a pesar de la horrible primera impresión que me causó, le creo.
Jornadas interminables en el despacho y reuniones a horas imposibles hacen que sea difícil seguir diciéndome que me cae mal.

Resulta que Ford es en realidad un buen tipo: encantador, atento y está buenísimo.
Y muy pronto tendré que enfrentarme a mi propio dilema profesional,
Porque ahora estoy embarazada del hijo de mi cliente.

CAPÍTULO 1

HOLLY



Ganar era, básicamente, mi cosa favorita. La victoria sabía aún mejor cuando podía destruir a la parte contraria, codiciosa. El jurado volvió con un veredicto que devolvía a Jade los derechos sobre su propia música, canciones que había escrito y cuyas melodías había compuesto ella misma, derechos que su asqueroso exmánager había afirmado que eran suyos. El capullo relamido se había forrado a base del trabajo de una chica de diecinueve años y les había dicho a los medios que ella era un fraude, que el talento había sido cosa suya desde el principio y que ella solo era —intenta no vomitar, porque es cita textual— "la cara mona y las buenas tetas para los vídeos".

Habían hecho falta cuatro meses de noches en vela y de peinar miles de mensajes de texto y correos electrónicos, pero había ganado la batalla por Jade Rush y había visto cómo se hacía justicia. Se echó a llorar cuando se leyó el veredicto, incluso antes de que enumeraran la indemnización económica que le concedían. Yo le di unas palmaditas en el hombro y le ofrecí pañuelos. Estaba encantada con el resultado de todos esos meses de trabajo duro, pero de llorar nada. Tenía los hombros echados hacia atrás y la cabeza bien alta. Ese subidón de confianza y la sensación de poder que venía de convertir la indignación justa en verdadera justicia… eso era lo más parecido a una droga para mí.

Después de acompañar a Jade en una breve rueda de prensa en la escalinata del juzgado y llevarla hasta su coche, le mandé un correo a mi jefe del despacho. Esta victoria tan pública iba a ayudar,

sin duda, en mi cruzada por convertirme en la socia más joven del bufete, y me aseguré de enviarle un mensaje que reflejara tanto los hechos del veredicto como el agradecimiento desbordante de mi clienta famosa. Perdón, de *nuestra* clienta. Luego llamé a mi mejor amiga.

—Suze, soy yo. ¡Hemos ganado! —cacareé.

—Sabía que lo harías —dijo—. Tenemos que celebrarlo esta noche. Mi última sesión es a las cuatro y media.

—Yo salgo a las cinco. Esto pide champán, seguro. ¿Por qué no quedamos en…? Oh, mierda, me está entrando una llamada de la oficina. Te llamo luego —dije mientras cambiaba de llamada.

—Hola, Rena, ¿qué pasa? —le dije a mi asistente—. Sigo en el aparcamiento del juzgado.

—Pues tienes que estar en este parking ASAP. Los socios están impacientes. Hay un cliente nuevo superimportante aquí y quieren que te reúnas con él ahora mismo.

—Vale, genial —dije, con más entusiasmo del que sentía. Me habría gustado tener un minuto para recrearme en mi victoria antes de tener que volver corriendo a la oficina sin ni siquiera un café helado de celebración. —¿Tenía cita?

—No en mi agenda. Yo te tenía bloqueada en juicio casi todo el día.

—Ya… O sea que es un VIP total, supongo —dije.

—Un médico superestrella —respondió—. Me he excusado y he venido a tu despacho para llamarte. Roger acaba de ofrecerle un trago de lo bueno, ese que se trajo de Edimburgo el año pasado.

—¡Son las dos de la tarde! —exclamé—. Y yo pensaba que se lo bebía él solo. Este tío debe de ser importante de verdad.

—Ya… ¿no es exactamente tu tipo?

—Eso mismo estoy pensando, pero si los socios quieren que me reúna con él, llegaré en cuanto pueda cruzar la ciudad. Gracias por el aviso —dije, y colgué.

Mientras conducía por la marabunta de tráfico camino de la oficina, me pregunté por qué me habían encasquetado a un médico. Sé que, como abogada, no siempre puedo elegir a mis clientes en función de mis preferencias, pero, por mi experiencia, los médicos

no suelen ser precisamente el colectivo tratado injustamente. Crucé la ciudad en tiempo récord y me colé en una plaza libre. Envidiaba las plazas de aparcamiento cubiertas de los socios, detrás del edificio. Los asientos de cuero de mi coche estarían a unos quinientos grados Fahrenheit para cuando saliera del trabajo, suficientes para dejar la franja de piel bajo la falda en carne viva en cuanto me sentara al volante más tarde.

Con un suspiro, me retoqué el pintalabios en el espejo del parasol y entré en el edificio. Cada clic de mis tacones, primero sobre el asfalto caliente y luego sobre las losas de mármol, iba repiqueteando "cero-tonterías-cero-tonterías" mientras me irguía, lista para dejarle claro al doctor que él no era el único pez gordo en la sala.

CAPÍTULO 2

FORD



Roger Bevins y Edward Sinclair estaban haciendo la versión de primeras horas de la tarde del clásico "agasajar al cliente con vino y buena mesa". Tenía una cita con el segundo para hablar de una posible representación y, cuando llegué, Bevins me reconoció. Al parecer, nos habíamos visto en un evento benéfico hacía cosa de un mes y estaba deseando "reconectar" conmigo. En vez de una breve explicación de los servicios que ofrecía el bufete cuando lo contrataban por acusaciones espurias de mala praxis, me encontré sentado en el despacho del socio principal, con varias secretarias ofreciéndome más bebida o algo de comer. Sinclair sugirió que saliéramos a comer un filete. Un filete, a las dos de la tarde.

—No será usted vegano, ¿verdad? —preguntó—. No era mi intención ofenderle.

—Para nada. Soy muy carnívoro, pero no a esta hora del día y con esta ola de calor —dije—. El agua está bien.

Bebí un trago del Perrier que me habían puesto delante y escuché cómo me contaban sus recientes éxitos con la abogada que querían asignar a mi contrato.

—Jones es nuestro pitbull —confidenció Roger Bevins—. Hinca los dientes y no suelta. El tipo de tenacidad que solo ves una vez por generación, y fichamos a Jones para el despacho antes de que se secara la tinta de su JD.

—Parece que tomaron una buena decisión —dije, sin tener muy claro por qué estaban empeñados en que conociera a alguna

empleada junior del bufete, aunque esa pitbull fuese exactamente quien yo querría tener de mi lado en una mala situación.

Miré el reloj y les dije que tenía una cita a las cuatro.

—Estamos seguros de que solo serán unos minutos. ¿Seguro que no podemos ofrecerle nada más? Tengo un tarro estupendo de almendras Marcona de nuestro viaje a Barcelona del mes pasado —ofreció Sinclair.

—Estoy bien, gracias. ¿Barcelona, eh?

—Fue un viaje de aniversario con mi señora —rió—. Le encantan las tapas y las compras, supongo. A mí, si me pregunta, me pareció caluroso y aburrido, pero la comida estaba buena. Dice que después de tantos viajes de golf conmigo se ha ganado una semana en España.

—Eso sí que es verdad —intervino Bevins—, sobre todo después de que cogieras el caso Ratner el otoño pasado y te perdieras el viaje de cumpleaños.

Sinclair carraspeó, como si no le hiciera mucha gracia que le recordaran aquello. Su socio dio un paso al frente para seguir deleitándome con más historias de cómo Jones, la pitbull, arrasaba en los juzgados y dejaba a los contrarios por los suelos.

—Y eso que con el lío Truehart/Dorset de esta primavera, Jones se ocupó de todo y cerró un acuerdo extrajudicial. Al estudio le salió carísimo y no contaría con que renueven esa serie para la próxima temporada.

—¿No era ese el caso del productor que estaba acosando sexualmente a medio equipo y haciendo del rodaje un infierno? —pregunté.

—El mismo —respondió Roger Bevins.

La puerta se abrió de golpe.

—Ahí la tenemos —dijo Sinclair, poniéndose en pie—. La mujer del momento. Su cara va a salir en todas las noticias de esta noche junto a Jade Rush, porque acaba de recuperar los derechos de la música de esa niñita.

—¿Te has cargado a Goliat, eh, chica? —dijo Bevins, estrechándole la mano.

Estoy seguro de que la presentaron y de que ella dijo palabras. Yo no las oí. Solo podía mirarla. Jones, la pitbull, tendría unos treinta años, era baja y con curvas, y aun así llenaba la habitación entera con su energía. Se había esfumado el último estertor de incomodidad de dos ricos viejos intentando mantener viva una conversación. La luz había entrado dando saltitos con ella, volviéndolo todo color y vida.

Arder, esa era la palabra. En llamas. Tenía el pelo castaño claro cayéndole en ondas alrededor de su cara de corazón, todo ojos marrones y sonrisa amplia. Si Bevins y Sinclair eran cargantes y estirados, ella era la brisa que barría ese ambiente rancio sobre una ola de perfume J'Adore Dior.

Conocía la fragancia floral sofisticada porque una vez ahorré para comprarle un frasco a una novia de la universidad; la novia que me hizo *ghosting*, dejándome con un estuche de regalo navideño de J'Adore sin posibilidad de devolución encima de la cómoda durante meses, hasta que al final lo doné a Goodwill. Curiosamente, ya no recordaba ni el nombre de aquella exnovia ni cómo era su cara, ahora que había respirado la tormenta de fuego de energía y perfume Dior que era la pitbull de Bevins-Sinclair.

El traje rojo cereza que llevaba se amoldaba a cada curva y recoveco de su cuerpo, profesional y entallado, pero insinuando una figura voluptuosa debajo. Normalmente me enorgullecía de mi profesionalidad, pero había algo en aquella belleza que me tenía hecho un lío, incapaz de articular palabra durante un momento.

—Ford Branson —dije por fin, poniéndome en pie y tendiéndole la mano.

—Holly Jones —respondió—, aunque apuesto a que Roger ya te ha dicho que soy el pitbull.

Su apretón era firme y el deslizamiento cálido de su palma contra la mía se sintió tan íntimo como unas piernas desnudas enredadas en sábanas de algodón. Tragué saliva con dificultad.

—He oído mucho sobre tus hazañas —dije.

—Siento haberte hecho esperar. Estaba en los juzgados manteniendo el mundo a salvo para la democracia —bromeó—. O al

menos a salvo para los derechos de propiedad intelectual de las estrellas del pop.

—¿El caso de Jade Rush? —dije.

—Exacto. ¿Eres fan?

—Jamás lo admitiría —dije con fingida seriedad—. Ni que llevé a mi sobrina y a sus amigas a un concierto la primavera pasada.

—¿Compraste una camiseta? —preguntó, con un tono burlón en la voz.

—Por supuesto. Para mi sobrina.

—¿No para ti? ¿Solo para hacer ejercicio con ella puesta? —dijo con una sonrisa pícara.

Noté cómo se me calentaba la piel y tuve que recordarme a la fuerza dónde estaba y con quién. No estaba flirteando con una mujer atractiva en un bar de martinis después del trabajo. Estaba en el despacho del socio principal del bufete que empleaba a la mujer a la que estaba conociendo por primera vez para hablar de una posible representación.

—No. Yo solo era el tío que le hizo el mejor regalo de cumpleaños de su vida. No hice *cosplay* de niña de trece años.

—El doctor Branson está aquí para hablar de una posible representación a través de nuestro bufete, para contratar nuestros servicios de cara a potenciales demandas por malas prácticas médicas —dijo Sinclair, carraspeando.

Algo molesto por la interrupción, estuve a punto de preguntarle si necesitaba un vaso de agua para esa tos tan irritante.

—Espurias, por supuesto —dije.

—Te aseguro que ni siquiera mi mentor aquí presente ha exagerado mis capacidades. Soy la abogada que estás buscando —dijo ella con una sonrisa segura.

La autoconfianza de Holly resultaba tan terriblemente atractiva como cualquier otra cosa en ella. Me costaba concentrarme en nada con el estruendo de mi propia sangre martilleándome en las venas y el leve cosquilleo en la palma y los dedos, como la huella que te queda en la piel después de coger una taza de café demasiado caliente. El arrebato de deseo se negaba a remitir y yo intentaba, en vano, centrar mi atención en el tema que nos ocupaba. Ella era una

buena abogada y yo había decidido, por un exceso de prudencia, contratar representación además de mi amplio seguro de responsabilidad profesional. En eso era en lo que debería estar centrado.

—Espero no tener que usar tus servicios nunca —dije.

Su expresión se cerró de golpe.

—Soy médico de cabecera de lujo, *concierge physician*, y como hago visitas a domicilio a pacientes adinerados, me aconsejaron contratar representación, dado el abanico de acusaciones que podrían surgir en una situación así. No preveo que me demanden. Soy excelente en lo que hago. Sobresaliente, de hecho. Mi consulta tenía tanta demanda que cerré mi consulta de medicina interna hace dos años para dedicarme a las necesidades de una clientela muy específica —dije, incapaz de dejar de hablar llegado ese punto.

—Ya veo —dijo, entornando los ojos.

El gesto de su cara no se suavizó y la calidez de su voz y el brillo ardiente de sus ojos habían desaparecido. La química seguía ahí, pero ya no se sentía como estar encajando al instante con una mujer lista y sexy. Se parecía más a las chispas que saltan de un pedernal cuando lo golpeas contra otra piedra. Dos objetos inamovibles prendiendo algo brillante y destructivo al chocar.

CAPÍTULO 3

HOLLY



Rena se había olvidado de decirme que lo de «médico súperestrella» venía a significar *este hombre está tan absurdamente bueno que tu ropa se va a derretir de tu cuerpo mientras fantaseas con lamerlo de arriba abajo*. No solía sentir, y mucho menos alimentar, ningún tipo de atracción hacia un cliente. Era una cuestión de ética profesional y, además, hasta entonces no había representado a nadie que me hubiera parecido remotamente atractivo. Ni se me pasaba por la cabeza. Hasta que el doctor Ford Branson trajo su versión de guapura hollywoodiense al despacho de mi jefe y me dejó mojada y desconcentrada.

Juro que cuando me tendió la mano, por una fracción de segundo pensé en dónde me gustaría ponérsela. ¿Agarrarle de la muñeca y llevarle la mano con mala leche hasta mi pecho para que notara la punta afilada de mi pezón, que se había puesto dura solo con oír su voz? ¿Colocarle esa mano grande en mi muslo, justo por debajo del bajo de la falda, y rezar para que la subiera? Sí, quería cogerle la mano, pero lo que de verdad deseaba era hacer cosas indecentes con ella y luego no devolvérsela.

Ni siquiera había sudado durante mis alegatos finales en el juicio de alto riesgo de esa mañana, pero desde luego empecé a sudar bajo la mirada febril de un médico tan jodidamente sexy que hacía que el reparto de Grey's Anatomy pareciera unos putos Teleñecos.

Estaba buenísimo, con esa voz grave y ahumada, y encima lo de llevar a su sobrina a un concierto por su cumpleaños era de lo más

tierno. Mi tío normalmente me mandaba diez dólares en una tarjeta por mi cumple, lo cual estaba bien. Pero la comparación se iba de madre si pensabas que Ford Branson había decidido llevar a su sobrina de trece años a un concierto en un estadio con todas las entradas agotadas como regalo. Me daba vueltas la cabeza solo de pensar en lo considerado y generoso que era ese gesto, y luego estaba su apretón de manos, que fue como si me hubiera marcado con un hierro candente. Una sacudida aguda y ardiente me atravesó el cuerpo, como si me hubiera caído un rayo. Me humedecí los labios, con los ojos fijos en los suyos. Y entonces mi jefe me interrumpió para recordarme que deberíamos estar hablando de las necesidades legales del doctor Branson y no quedarme a un paso de frotarme contra él como una gata en celo.

De repente, el hombre más atractivo que había conocido en mi vida se convirtió en una especie de capullo arrogante, uno que dijo que esperaba no tener que usar nunca mis servicios legales. Obviamente lo decía porque yo era mujer, lo cual me encendió la sangre. Luego vio que me había ofendido e intentó recular, desbarrando sobre lo jodidamente fantástico que era y sobre cómo jamás iba a necesitar una abogada de negligencias médicas. Me dieron ganas de soltar un gemido de frustración, poner los ojos en blanco y largarme de ese despacho. Pero no era mi despacho. Era el de mi jefe, el mismo que decidiría si este año me convertía en socia junior o no. Así que montar un numerito delante de un cliente gilipollas no iba a darme puntos en la oficina. Me forcé una sonrisa tensa, decidida a tolerarle.

Qué decepción. Se transformó delante de mis ojos en el típico *mansplainer* condescendiente del que a Susie y a mí nos encantaba reírnos con unas copas, intentando ver cuál de las dos imitaba mejor sus comentarios de mierda. En lugar de poder llamar a Suze para contarle que había conocido a un cliente nuevo increíblemente guapo y encantador, iba a darle todo lujo de detalles sobre cómo se pasó la reunión entera presumiendo de lo demandado que era profesionalmente hasta que me dieron ganas de explicarle que es como ir por ahí diciendo que la tienes muy grande: si tienes que decirlo, es que no la tienes.

—Además de ser el mejor en lo que hago —seguía él, desbarrando sobre sus logros—, soy básicamente intocable. Nunca he comprometido mi integridad ni violado el juramento hipocrático. Me enorgullece mantener mi conducta por encima de cualquier reproche, y mis pacientes están, en una abrumadora mayoría, satisfechísimos con su tratamiento. Si soy sincero, mi lista de espera es de tres cifras.

Me moría de ganas de reírme y decirle: «¿Tu lista es muy larga, es larguíííííísima?», pero sabía cómo ser profesional y educada. Esperé, y por fin Roger intervino.

—Eso es estupendo. Y si alguien se atreviera a poner en cuestión sus capacidades o su conducta, tendrá a Jones al frente de su equipo legal. Como ha dicho, el seguro de responsabilidad civil es lo habitual, pero en este negocio *concierge* tan exclusivo, donde va a las casas de los clientes, nunca se puede ser demasiado cuidadoso con el tema de la responsabilidad —dijo.

—Es una lástima tener que plantearme eso cuando estoy prestando atención médica privada, pero tiene razón. Si pueden enviar los documentos necesarios por correo electrónico a mi asistente, me aseguraré de que se cumplimenten.

No estaba precisamente encantada de que me nombraran jefa de su posible equipo legal. Con suerte, nadie le demandaría nunca. A no ser que se pusiera a presumir tanto de su carrera y de lo importante que era que algún paciente se quedara dormido del aburrimiento y se diera un golpe en la cabeza. En ese caso, probablemente me pondría de su parte antes que de la de él. Pero si mis jefes querían nombrarme responsable del equipo, lo aceptaría. Cualquier tipo de cargo de liderazgo o supervisión en el que trabajara sería otro punto a favor en mi currículum cuando hiciera campaña para que me nombraran socia.

Podía asentir y fingir estar sobrecogida por la magnificencia de este tío si ese era el peaje que tenía que pagar para ver mi nombre en el membrete del bufete. Vale, era un pomposo. Había defectos peores, y podía perdonarle un poco en ese aspecto porque a mí misma me habían acusado de arrogante alguna que otra vez. O diez.

Sonreí y dije que esperaba con ganas poder trabajar juntos, aunque en realidad habría preferido apuntarme voluntaria a cinco endodoncias sin anestesia. Prometí enviar la documentación a su secretaria y le pedí un documento de su LLC detallando los servicios que prestaba, quién estaba presente durante las exploraciones y procedimientos, ese tipo de cosas.

—Edward puede reenviarle los datos de contacto de mi personal y lo básico. El resto se lo puede facilitar mi secretaria —dijo.

—Genial. Edward, ¿tenías pensado estar en el equipo? —pregunté, dándole un matiz esperanzado a la voz que, en realidad, quería decir: «por favor, ponte tú al timón del barco y déjame salir de esta sala».

—No, estoy semi-retirado desde finales de junio, como sabes. Y, teniendo eso en cuenta, he decidido no aceptar ningún caso nuevo por el momento. Haré alguna consulta y esas cosas, y puede que coja algún asunto especialmente interesante de vez en cuando, pero voy a echarme un poco a un lado. Siempre puedes venir a mí con tus dudas, por supuesto —dijo. Asentí, porque era justo lo que me esperaba.

—Ya sabes que lo haré. No me corto a la hora de pedir orientación a los expertos —dije.

—Tenaz y humilde. Es auténtica, Branson. Esta *pitbull* sabe liderar la manada y sabe cuándo pedir ayuda.

Asentí en señal de agradecimiento por el cumplido e intenté no darle demasiadas vueltas a toda la analogía de la perra alfa que lidera la manada. Por mucho que agradeciera que destacara mi tenacidad, no me entusiasmaba que me comparasen tan a menudo con un perro.

—Muy bien. Estoy seguro de que mi oficina tendrá noticias suyas. Gracias por su tiempo —dijo Branson.

Cuando se fue, me retiré a mi propio despacho, le conté a Rena con todo lujo de detalles lo que había pasado con el médico súperestrella y me aseguré de que se enviaran los correos necesarios. A las cinco en punto, llamé a Susie y quedamos para tomar algo. Pasé por casa a cambiarme y pedí un coche con una *app*

para que me llevara al club. Ella me estaba esperando en la barra con dos copas de champán.

—¡Salve a la heroína conquistadora! —relinchó cuando me deslicé en el taburete a su lado. Me pegué una sonrisa en la cara como pude.

—Gracias. Eres la mejor —choqué mi copa con la suya y bebí un sorbo, deseando que fuera algo más fuerte—. Estoy tan agradecida de tenerte en mi vida, Suze. Siempre me apoyas y lo dejas todo para venirte de copas conmigo —la abracé.

—No lo he dejado todo. Daniel está en casa con Emma. ¿Qué pasa? —preguntó con suspicacia.

—¿Qué? Estoy agradecida por mi mejor amiga —dije, haciéndome la inocente.

—Estás haciendo eso de contar tus bendiciones. ¿Cuál es el problema?

—¿Qué problema? —esquivé, con la voz demasiado alegre. Me giré hacia el camarero. —¿Nos pones dos margaritas, con extra de lima?

—Ya pasando al tequila, ¿eh? —observó.

—No soy una de tus pacientes —dije—. No hace falta que me psicoanalices. Igual estoy pensando en lo que viene después o en si tengo una oportunidad real de convertirme en la socia más joven en la historia del bufete y, además, la primera mujer.

—Buen intento —dijo con sorna, cambiando el champán por la margarita y dando un trago largo—. Recuerda: estás tan agradecida de tenerme en tu vida. Lo mínimo es que me cuentes cada detalle sórdido de lo que sea que te está cabreando a niveles nucleares, tanto que has empezado a comportarte como una extra en el especial de Acción de Gracias de Charlie Brown. Te conozco, tía, y tú no eres de las de *live, laugh, love*.

—Uf. Vale. Aún no había salido del juzgado cuando Rena me llamó para decirme que los socios querían que volviera a la oficina para conocer a un cliente nuevo. Así que volví corriendo, sin Starbucks ni nada, y me presentaron al cliente potencial de alto perfil, un médico *concierge* súperestrella, sea lo que sea que signifique eso.

—Es como llaman a los médicos de cabecera que hacen visitas privadas a domicilio para ultrarricos. Gente que tiene yates pequeñitos dentro de sus yates grandes, y bibliotecas universitarias y torneos de golf con su nombre —dijo Susie con ironía—. No es broma. Tengo una colega que hace terapia *concierge*. El tío gana más en un mes de lo que yo gano en un año. Y me va muy bien, como tú bien sabes.

—¿Por qué no me sorprende que el uno por ciento ni siquiera tenga que pedir cita y esperar en una clínica como el resto? Vale, tiene sentido que el médico pijo tenga pacientes pijos. Total, que entro y el tío es de un guapo de otro nivel.

—No veía venir ese giro en la historia —dijo—. Pensaba que esto era un relato de tío *mansplainer* que te saca de quicio.

—Uy, vas más encaminada de lo que crees. Es profundamente injusto que sea tan jodidamente guapo —le solté una mirada asesina a mi deliciosa margarita.

—¿Guapo, eh? Eso tengo que verlo. ¿Cómo se llama? —preguntó Susie.

—Ford Branson, *concierge physician*, gilipollas sexy. Sinclair y Bevins acaban de asignarme para que encabece el equipo contratado para representarle en caso de que le pongan demandas por negligencia médica. Es solo por si acaso y, según él, es tan perfecto que jamás habrá una denuncia en su contra. De hecho, dijo que esperaba no necesitar nunca mi ayuda.

—¿Y qué? Eso significa que espera que nadie le demande, ¿no?

—Fue súper condescendiente. Tendrías que haberle oído el tono y haber visto lo machista que se veía y sonaba cuando lo dijo. Fue como cortarme el rollo de golpe, me agrió todas esas ganas de tontear que tenía antes.

—¿Estás segura? Quiero decir, ¿es posible que lo dijera en el sentido en el que yo lo he entendido, y que las palabras o el tono simplemente te dispararan una reacción porque has sido blanco del machismo tantas veces? Que leyeras un subtexto sexista y paternalista donde a lo mejor no lo había.

—Entiendo lo que dices, pero no termino de creer que le haya malinterpretado, sobre todo teniendo en cuenta que se pasó los

siguientes minutos monopolizando la conversación para ensalzar sus propias virtudes. Fue tan brutal que parecía un sketch de *SNL* parodiando a un ego descomunal. Dijo que era intocable y perfecto y que su trabajo era tan exquisito que había cientos de personas suplicando que fuera su médico y que su lista de espera era taaan larga —me eché a reír.

—¿Y no te ahogaste allí mismo intentando tragarte el chiste evidente sobre su polla? —soltó Susie entre carcajadas.

—Se me retorció el estómago de no poder pinchar ese Hindenburg de ego, pero me mantuve profesional. Y ahora estoy atrapada liderando su equipo.

—Escúchame. Has dicho que querías ganártelo, y es posible que estuviera haciendo un intento totalmente torpe de impresionarte.

—Sería lo más incómodo del mundo si pensó que así iba a causarme buena impresión. Imagina que estás en una cita y el tío se pone a soltar un monólogo interminable sobre que su grupo es lo mejor del mundo y todo gracias a su dominio de la guitarra. Hablando de cómo todo el mundo se muere por ir a sus conciertos con el cartel de 'no hay entradas', ofreciéndole millones de dólares y desmayándose al ver lo asombroso que es.

—Ese tío no tenía pinta de músico de éxito por ningún lado.

—Vale, imagina que sí tenía éxito, pero que su enorme y gordo ego lo estropeaba todo. Que pasaba de ser un diez a un tres en cuestión de diez minutos.

—Ah, o sea, como ese meme de TikTok de *he's a ten but*… es tan arrogante.

—Exacto. Solo que en TikTok tiene gracia, y en la vida real es irritante de cojones y una decepción enorme. Lo odié. Me chafó el día perfecto. Ni siquiera me apetecía celebrar el veredicto de Jade por su culpa.

—A lo mejor no le demandan nunca y puedes limitarte a cobrar la provisión de fondos y, con suerte, no volver a verlo —dijo en tono conciliador.

—Ojalá. Porque es ofensivo que sea tan imbécil y, aun así, esté tan bueno. Es como cuando conoces a una tía que es súper talentosa y además tiene el metabolismo naturalmente acelerado.

—¿Estás hablando de Jade? Tiene diecinueve años y un entrenador personal. Yo también tenía un metabolismo estupendo a los diecinueve. Luego cumplí los treinta y ¡zas!, hora de Spanx.

—¿Treinta? Yo empecé a ponérmelas con veintiséis —dije—. Pero es que me encantan los palitos de mozzarella. Que tú no comas queso rebozado y frito ha protegido tus veintitantos de los michelines, y tus arterias seguro que están en mejor estado que las mías.

Un tipo de una mesa detrás de nosotras nos mandó otra ronda de margaritas. Le hice un gesto de agradecimiento con la mano y Susie asintió. Por lo visto, él lo interpretó como una invitación a unirse. Era un bro de finanzas con pinta de catálogo de J. Crew, de veintimuchos.

—Soy Josh —dijo.

—Claro que lo eres —comentó Susie, seca, dado que como el treinta por ciento de los tíos de nuestra edad se llamaban Josh o Jacob.

—Si vamos por nombres comunes, voy a apostar a que una de vosotras se llama Madison y la otra Emma —dijo él.

—Yo soy Susie y esta es Holly —dijo ella—. Mi hija se llama Emma.

—¿Tienes una cría? Bueno, da igual. Joder, pues he fallado. ¿Nacisteis… en los sesenta con esos nombres?

—Sí, nacimos en 1962, nos criogenizaron y nos descongelaron en el efecto 2000. Un experimento que salió fatal —dijo Susie, y él se rió.

—Es justo —dijo, y se comió un palito de mozzarella.

Le lancé una mirada de reojo, porque esas criaturas grasientas eran todas mías. Como no tenía el menor humor para ligar después de que se torciera lo del doctor Ford Branson, dejé que Susie llevara la charla con él. Siguiendo esa lógica, tendría que estar zampándose su aperitivo, no el mío. Sinceramente, ¿una mujer de treinta y dos años necesitaba un plato entero de palitos de mozzarella para ella sola? Y una mierda que no.

Cuando fue a coger otro, le lancé una mirada a Susie. Ella le ofreció un poco de *dip* de alcachofa.

—No, estoy bien con los palitos de mozzarella. Aquí los hacen de muerte.

—Ah, ¿quieres pedirte una ración? —preguntó ella, claramente intentando salvarle de la posible barbaridad que yo podía llegar a cometer si me robaba el queso frito después del drama del médico buenorro-que-resulta-ser-un-imbécil.

—No tengo tanta hambre —dijo Josh, de buen humor.

Josh alargó la mano hacia otro de mis palitos de queso. Aparté el plato. Ya estaba colocado justo delante de mí en la barra, pero lo deslicé a propósito lejos de él, fuera de su alcance. Me miró, con una expresión que combinaba sorpresa y molestia. No era diversión, ni juego, ni nada remotamente prometedor. La boca se le tensó en lo que solo puedo llamar cara de tío con derecho a todo.

—Pídete algo, si quieres. Estos son míos, y me estoy dando un capricho después de una tarde de mierda en el trabajo —dije con toda la educación que pude.

—Zorra, te he pagado las copas. Lo mínimo es que seas simpática y compartas algo de comida —dijo.

—No me llamo zorra. Me llamo Holly, como ya sabes. Si estabas intentando ponerme en mi sitio, no lo has conseguido. Mandar copas a alguien en un bar no es una transacción —dije—. No hay ningún contrato implícito. Comprar bebidas no nos ha creado una obligación. Cuando en el pasado has mandado una copa a alguien, ¿has pensado que te debía tiempo, atención, entrantes… o favores sexuales por ello?

Cada vez me irritaba más su actitud y que actuara como si «zorra» fuera una forma aceptable de dirigirse a alguien. Susie seguramente se estaba muriendo de vergüenza, porque dice que siempre me tomo las cosas demasiado en serio. Seguro que aquello la estaba incomodando, cosa que odiaba hacerle, pero no pensaba dejar que él nos pasara por encima ni que nos insultara. Estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no ponerme condescendiente y explicarle con dibujitos cómo se supone que se comportan los adultos en un entorno social.

Con un toque en la pantalla del móvil, pedí un coche y busqué la mirada de Susie. Ella asintió.

—Vas a tener que disculparnos —dijo, dejando dinero sobre la barra—. Esto debería cubrir nuestras bebidas.

—Guarda tu dinero y enséñale modales a tu amiga antes de que tenga que hacerlo otra persona —dijo él.

—Josh —dijo ella, con su voz de terapeuta, paciente y tranquila —, debe de haber sido incómodo para ti que te dijeran que no podías coger otro palito de mozzarella porque, desde tu punto de vista, estábamos compartiéndolo todo. Mi amiga y yo no pensábamos que lo estuviéramos compartiendo todo, y habíamos pedido la comida antes de que te unieras. Cuando te hicimos un gesto para que vinieras, puede que lo interpretaras como una invitación a tomar de todo: nuestras bebidas, nuestra comida, nuestra atención, lo que fuera. Nos vamos a ir. Espero que tengas una buena noche y, de ahora en adelante, es buena idea preguntar antes de coger algo —le dedicó una sonrisa que a mí me pareció feroz, pero nuestro amigo Josh no pareció darse por aludido.

—Genial, eres tan estirada como ella. No soy gilipollas, solo he tenido la mala suerte de invitar a unas viejas zorras que no saben divertirse —refunfuñó.

Ella me miró y negó con la cabeza. Sonó la notificación de mi móvil y, aliviada, salimos del bar. Ya en el coche, me giré hacia ella.

—Ha ganado él. Se ha quedado con el resto de los palitos de queso —dije—. No ha aprendido ninguna lección sobre límites ni sobre el derecho masculino a todo.

—No siempre se puede ganar —dijo—, y me ha parecido que has demostrado una contención considerable. No le has llamado imbécil ni le has tirado la copa encima diciéndole que podía quedársela de vuelta. Igual que yo he conseguido no sugerir que creció con un padre ausente o con modelos masculinos inseguros y tóxicos. Y que el hecho de ser un tío que invita a un par de copas no significa que nadie tenga por qué querer acostarse con él.

—Entonces quizá no hayamos ganado, pero ¿nos llevamos puntos por el intento? —dije.

—Mañana Daniel libra, así que va a dejar a Emma en casa y no la llevará a la guardería, y yo no tengo citas hasta las diez. ¿Qué te

parece si montamos una fiesta de pijamas de tías hechas y derechas?

—Oh, Dios mío, ¡es la mejor idea! —dije, de repente ilusionada. Hice que el conductor parara en una tienda de la esquina de camino a mi casa y nos esperara mientras comprábamos helado de café, unas patatas y un cepillo de dientes para que Susie lo usara en mi piso.

En nada estábamos tiradas en mi sofá viendo telebasura y pasándonos el bote de *gelato* de una a otra.

—Me equivocaba con las margaritas. Esto era lo que necesitaba después de hoy. Cuéntame cómo te ha ido a ti —dije.

—Uno de mis pacientes se muda. Ha sido nuestra última sesión. No puedo entrar en detalles, pero el hecho de que haya cambiado suficientes patrones destructivos en su vida como para estar listo para irse solo a otra ciudad es increíble. Casi me echo a llorar.

—Es maravilloso —dije, abrazándola—. No te merecemos. Me refiero al mundo, las personas. Eres tan pura y quieres tanto bien para todo el mundo.

—Para todo el mundo no —se rió—. He tenido pacientes que se han mudado y, en secreto, me ha alegrado no tener que volver a escucharles.

—¿Incluye a la mujer a la que le dijiste que era egocéntrica?

—Sí. No me lo recuerdes. Fue hace años y le pedí perdón. Quiero decir, *lo pensaba*, solo que no pretendía decirlo de esa manera.

—Pero ¿no es ese tu trabajo? Decir cosas muy duras de forma tan suave que hagan pensar a la gente sin cabrearla.

—Eso es una parte. El resto es averiguar cuáles son los problemas y luego diseñar una estrategia para abordarlos —dijo—. Algo práctico y directo que tenga sentido para el paciente.

—Y la moraleja es que a la gente, en especial a la gente egocéntrica, no le gusta que le digan que es egocéntrica —concluí.

—Creo que eso se sabía por puro sentido común sin necesidad de probarlo, pero sí, fue mi mayor metedura de pata en una sesión. Una vez solté un «joder» cuando una paciente me contó algo terrible que le había pasado de sopetón. Pero en realidad ella lo agradeció, porque había reaccionado igual ante la noticia.

—Mi conclusión es que podría ser una terapeuta de éxito diciendo «joder» en los momentos adecuados.

—Estás simplificando muchísimo —puso los ojos en blanco—. Tienes que decir más cosas, y no puedes sacar el móvil y mirar tus mensajes mientras el paciente está hablando.

—¿Hago eso mucho?

—Acabas de hacerlo —se rió—. ¿Estás esperando algo importante?

—No —negué, algo avergonzada—. Es una mala costumbre. Solo he borrado un montón de anuncios y cupones y cosas del correo. Perdón —dejé el móvil boca abajo en la mesa baja.

—Tienes que desconectar de vez en cuando. No es sano estar de guardia constantemente. Hasta los médicos de urgencias libran algunos días. ¿Cuándo fue la última vez que tú te tomaste uno?

—Hace dos domingos, me hice mechas y pedicura.

—¿Sin llamadas de trabajo? ¿Sin correos?

—No todo el rato —esquivé—. Hablé con Rena dos veces y estuve chateando con una clienta. O dos. Por eso no me hice la *mani*. Necesito las manos libres.

—Eres una adicta al trabajo. Por favor, dime que no contestas mensajes mientras estás en la bañera.

—No. No quiero que se me caiga el móvil al agua. Aunque esté todo en la nube, me daría un infarto si pensara que he perdido mis notas o mis notas de voz —solo de pensarlo me dio un escalofrío y pegué un trago de vino.

—Relájate, no voy a ahogarte el teléfono. Solo hago una sugerencia. Cárgalo en otra habitación algunos días y dedícate un par de horas a ti misma.

—La *app* de lectura la tengo en el móvil. No puedo leer un libro de la biblioteca si me lo quitas —dije.

—No te lo voy a quitar. No pongas esa cara —dijo, pasándome el *gelato*—. Ahora explícame por qué todas las mujeres rubias se llaman Nicki en esta temporada de *The Bachelor*.

CAPÍTULO 4

FORD



Era un día perfecto y la compañía, estupenda. A James era dificilísimo pillarlo libre durante la temporada de baloncesto, cuando era el médico del equipo de los Clippers. Por suerte, durante el parón podía pasar más tiempo con sus amigos. Quedamos en su *country club* para jugar al golf, porque James tenía enchufe en todos los sitios top; en todos los clubes con las cuotas de socio más exclusivas de la ciudad gracias a su trabajo con el equipo.

Nuestro turno en el *tee* era temprano y el campo estaba benditamente vacío. Aunque él era mejor que yo jugando al golf, al menos no se recreaba demasiado en ello. Me encantaba el paseo sin prisas bajo el sol, el rato para hablar con mi amigo. Normalmente, esto habría sido mi sábado perfecto. De no ser porque, recientemente, me había dejado en ridículo en una reunión de presentación con la persona cuya función profesional era evitar que una demanda por negligencia me llevara a la bancarrota.

—¿Le dijiste que eras perfecto? —resopló—. Eso es un clásico. Con toda la mierda que me dais por presentarme a las mujeres como el médico del equipo de Los Angeles Clippers, cualquiera pensaría que tú tendrías algo más de mano para la modestia.

—Cállate. No soy un egomaníaco… —seleccioné el hierro siete y estudié el terreno.

—¿Solo haces de uno en la tele? —se burló—. Si querías causar una impresión de mierda en tu nueva abogada, probablemente lo conseguiste.

—Eso no es lo peor.

—¿Hubo algo peor que decirle que eras intocable y perfecto?

—Justo antes de eso, estábamos en plena sintonía. Ella estaba flirteando conmigo y te juro por Dios que era como si no hubiera nadie más en la sala.

—Corrígeme si me equivoco —dijo James, entornando los ojos—, pero acabas de convertirte en una quinceañera que ha visto a un chico mono en un *McDonald's*.

—No. Estoy actuando como un tío de treinta y tantos que ha conocido a la primera mujer que le interesa mínimamente desde hace, calculo, tres o cuatro años. Luego me puse a la defensiva y no quería que pensara que necesitaba una abogada para demandas de mala praxis, aunque para eso estaba allí. Y ahora que ya he contratado el bufete, no parece muy apropiado mandarle un *mail* o llamarla para decirle: sé que hice el imbécil, pero no soy un capullo arrogante la mayor parte del tiempo. Déjame invitarte a cenar y a desayunar, a ver si te hago cambiar de opinión.

—Te entiendo.

—¿Que me puse a la defensiva o que no es ético invitarla a salir?

—Las dos cosas.

—¿Y si te dejo ganar al golf? ¿Eso cambia tu respuesta sobre invitarla a salir?

—Si ya te gano al golf —replicó—. ¿Te ofreces a perder todavía peor?

—No —dije, poniendo los ojos en blanco—. ¿Y si te doy cincuenta pavos? ¿Eso cambia tu respuesta? —sonreí con malicia.

—No sé qué me preocupa más de esa pregunta: si que pienses que puedo venderme por cincuenta pavos o que pienses que tiene sentido intentar sobornarme para que cambie mi respuesta en una cuestión ética.

—Definitivamente lo primero. Porque si cincuenta pavos te hicieran cambiar de opinión sobre la cuestión ética, eso probaría que ya eras poco ético de entrada, así que no tendría por qué tener en cuenta tu opinión original.

—Rectifico: lo inquietante es que, en cierto modo, eso me ha parecido lógico. Ahora ve a *puttear* y deja de andar por ahí

lloriqueando por la abogada mona.

—No era mona —dije—. Era preciosa e inteligente y graciosísima. La forma en que bajaba la voz era como si fuéramos cómplices en algún tipo de juego.

—¿Estás escribiendo su nombre con corazoncitos por todo tu cuaderno?

Negué con la cabeza y seguí jugando hasta el hoyo siguiente.

—Ten en cuenta que esa boca tuya te va a meter en líos, y esta abogada puede que te deje estrellarte solito si sigues metiendo la pata hasta el fondo cuando estés con ella.

—Gracias, pero la mala praxis no es un delito castigado con la horca —dije.

—¿Tres o cuatro años? —dijo James al cabo de un rato—. ¿Desde la última vez que te interesó alguien?

—No he dicho que haya sido un monje en todo ese tiempo, solo que no he conocido a nadie con quien pensara que merecía la pena arriesgarse a tener una relación.

—¿Arriesgarse? Interesante elección de palabra, doc —dijo James, terminando el hoyo con un *birdie* impecable.

—Hay tanto drama de más, tantas expectativas no dichas que al final uno de los dos acaba incumpliéndolas siempre. Cuando quieres darte cuenta, solo queda decepción y rencor. O te agarras hasta que ella se larga o cortas por lo sano y la dejas tú. Esa ha sido mi experiencia —dije.

—Eso es deprimente de cojones, Ford. ¿Nunca has estado ni siquiera cerca de pensar: "Esta podría ser la definitiva; igual debería comprar un anillo"?

—No he estado ni en el mismo huso horario que esa idea —dije sombrío—. Pero tampoco es que tuviera los mejores modelos en casa cuando crecía. No exagero si digo que nunca he conocido a una pareja feliz. Tengo algunos parientes que siguieron casados, pero obviamente se odian. Y luego están los divorcios sucios, largos y enrevesados, mi padre con su sucesión de novias cada vez más jóvenes que nunca duran, y mi prima, a la que han dejado no uno, sino tres padres distintos de sus hijos.

—¿Cómo es que tu familia no ha salido nunca en *Jerry Springer*? —se echó a reír.

—¿Quién te dice que no han salido? —me reí—. ¿Y tú qué? Si tienes una visión tan idílica de ir a elegir un anillo, ¿por qué no has salido corriendo hacia el altar todavía?

—Ahora mismo, hasta que se acabe mi contrato, estoy casado con los LA Clippers. Veinticuatro horas al día estoy de guardia para los jugadores y el cuerpo técnico, no solo como su traumatólogo, sino para cualquier cosa médica que se les ocurra. Anoche, justo a medianoche, me iba a la cama y me llamaron. Tuve que salir y conducir hora y media hasta la urbanización cerrada donde vive el ala-pívot para mirar las orejas de su crío. No querían arrastrarlo a urgencias si no era nada, pero tampoco les parecía que pudiera esperar a la mañana, cuando el pediatra lo viera. Así que allí voy, un traumatólogo con un otoscopio, mirando las orejas de un niño de dos años. Tenía la típica otitis de piscina. Les dije que usaran agua oxigenada. Luego llegué a casa a las tres y cuarenta y cinco y dormí hasta las siete y media, cuando sonó el despertador para venir a jugar al golf contigo.

—¿En serio? Eso es lo mío. Dales mi nombre la próxima vez. El ala-pívot de los Clippers puede permitirse mis tarifas y tú podrías dormir algo —dije—. ¿No han llamado nunca a la línea de enfermería de su pediatra ni hecho un *FaceTime* contigo? Si solo te hubieran dicho que el crío se había bañado ese día y cómo se estaba portando…

—Para lo que me pagan, no voy a decirles que llamen a otro y volverme a la cama. Pero no es que a una novia le vaya a hacer gracia que la despierten a las tantas para que yo salga corriendo a mirar la picadura de mosquito de alguien para ver si está infectada o decirles que se pongan hielo en la muñeca y dejen de jugar tanto al puto *Xbox*.

Me eché a reír y hasta James sonrió.

—Si estás demasiado cansado para terminar… —sugerí.

—Lo dice el hombre que está haciendo el par en prácticamente todos los hoyos —rió—. Ni de coña. Puedo ganarte sin dormir nada.

—Eso no es sano —dije—. Pero tampoco lo es llamar al traumatólogo del equipo porque necesitas un puto *Tylenol*. ¿Por qué la gente rica es la menos autosuficiente? Me han pagado miles de dólares por ir a casa de alguien, escuchar una historia larguísima de cómo se hizo daño en la rodilla solo para decirle: "Tómate un *Tylenol*, descansa y ponte hielo". Cualquier otro habría buscado sus síntomas en *Google*, se habría puesto una bolsa de hielo y se habría puesto a ver *Netflix*, en vez de contratar a un médico *concierge* para que le dijera lo mismo que le habría dicho cualquier auxiliar de farmacia si hubiera llamado al *Walgreens*.

—En eso estoy contigo. Aunque los deportistas son aún peores, porque son ricos *y* supersticiosos. En plan: "¿tú crees que comer tacos me ha fastidiado las articulaciones?". No, tío, creo que todo el correr que haces en asfalto en vez de en cinta te está reventando las articulaciones. Pero tienen esa mirada de pánico, pensando que cualquier chorrada de su estilo de vida les va a acabar la carrera.

—Pero eso, en el fondo, puedes entenderlo, ¿no? Todo su sustento depende de su salud física y de estar en forma para jugar. Si creen que tienen una uña encarnada, su cerebro va conectando puntos desde eso hasta un pie amputado y el no volver a andar ni a jugar nunca más.

—Eso es bastante preciso, sí, pero me sigue flipando que algunas de las personas más brillantes que conozco no tengan ni un gramo de sentido común.

Nos dirigimos hacia la casa club a tomar algo a la sombra. Al acercarnos a la entrada, una mujer salió disparada hacia nosotros. Era mayor, de cuarenta y tantos, bien largos, y se había sometido claramente a un buen puñado de cirugías estéticas. Del tipo de cirugía plástica que haría que nuestro amigo Zach se pusiera a temblar, porque había tenido que arreglar demasiados resultados parecidos en el pasado.

—¡Doctor Branson! —dijo, acercándose a trompicones sobre sus sandalias de tacón alto, con cinco o seis pulseras de diamantes tintineándole en la muñeca cuando levantó la mano.

—¿Sí? —respondí—. Me temo que no tengo el placer. ¿Y usted es…?

—Yvonne Striker, por supuesto. Pensé que, desde luego, me reconocerías. En fin, una amiga acaba de decirme que eres médico *concierge* y me encuentro en la necesidad de un nuevo médico.

—Estaré encantado de recibirla en consulta. Aquí tiene mi tarjeta. Puede llamar a ese número de ocho a seis entre semana para pedir cita.

—¡Muchísimas gracias! —dijo, cogiendo la tarjeta y mirándola con más interés del que esperaba. Su expresión, deformada, todo hay que decirlo, por sus discutibles retoques estéticos, parecía codiciosa y exultante.

Entramos en el bar y nos sentamos.

—Igual deberías tener cuidado con esa —dijo James.

—¿Por qué?

—No lo sé a ciencia cierta, pero tiene pinta de ser problemática.

—Si lo dices por el lifting que ha quedado un poco… raro, lo entiendo, pero eso no la convierte en una persona difícil, solo en alguien con muy mal ojo para elegir cirujano plástico.

—Zachary habría empezado a tener tics y le habría ofrecido algún plan pro bono para arreglarla en cuanto la viera —dijo James.

—Puede, pero si quiere pedir cita, iré a verla. A ver si puedo ayudarla. Algunos de mis pacientes, en realidad, lo que quieren de verdad es que alguien escuche sus quejas. Igual es de esas —dije.

—Suerte —dijo—. Y no digas que no te lo advertí, poniéndote al alcance de mis excelentes instintos para las personas.

—¿No saliste con aquella *cheerleader* cuando empezaste con el equipo?

—Eso no tuvo nada que ver con mis instintos y todo que ver con que era guapísima, estaba interesada en mí y no paraba de pedirme que le mirara los isquios. Tenía unos muslos increíbles.

—Seguro que sí. También te robó la tarjeta de crédito y te dejó un sablazo de escándalo.

—No volvamos al pasado —dijo, carraspeando.

—Vale. Brindemos por tomar mejores decisiones a partir de ahora, ¿te parece?

—*Cheers* —dijo, y alzó su vaso para chocar con el mío.

CAPÍTULO 5

HOLLY



La casa olía de maravilla. Sabía que mi madre estaba haciendo su salmón con lima y vinagre balsámico, y no podía esperar. Mi padre estaba viendo las noticias y le di un beso en la mejilla de camino a la cocina.

—Qué bien huele la cena, mamá. Oye, me gusta tu pelo. ¿Mechas? —pregunté, dándole un abrazo.

—Sí, solo unas pocas, para darme un poco de luz. No estoy segura. ¿Tú no las ves muy amarillas?

—No. Quedan veraniegas, como aclaradas por el sol. Llevo todo el día esperando este momento. Hasta cuando estaba hasta los codos de papeleo —le dije—. ¿En qué puedo ayudar?

—La ensalada está en la nevera, la puedes poner en la mesa. Está todo casi listo —dijo.

Saqué la ensalada, abrí el chardonnay que había traído y lo serví en las copas. Luego llamé a papá para que viniera a la mesa.

—¿Qué tal va el mundillo de las leyes? —preguntó cuando nos sentamos.

—Genial. Hoy me han nombrado jefa del equipo jurídico de un médico muy importante.

—¿Y qué ha hecho? —preguntó mi padre.

—Nada todavía; es por precaución. Muchos médicos de alto nivel tienen un equipo legal preparado por si alguien les demanda. Con el tipo de consulta privada que tiene, esto es básicamente parte de su seguro de responsabilidad profesional. Pero ha sido muy alentador

que me pongan a mí de líder del equipo. Después del caso de Jade, tengo esperanzas de hacerme socia, y esto es otro peldaño más hacia arriba. Quiero tener la oportunidad de demostrar mis dotes de liderazgo —no es que quiera que demanden al tipo, pero sería una oportunidad para mí.

—¿Está soltero? —preguntó mamá.

Negué con la cabeza y me eché a reír.

—No es precisamente lo primero que me preocupa, mamá.

—Eres su abogada. ¿No puedes mirar su declaración de la renta o algo así, a ver si está disponible? Porque eso sí que sería una oportunidad —dijo mi madre.

—Para empezar, no es precisamente ético ir por ahí ligando con tus clientes, y segundo, no sé si cabría en la misma habitación que su ego —respondí.

—Sé que te gusta tu trabajo, pero me pregunto cuándo vas a pensar en sentar la cabeza —dijo. Me quedé mirándola boquiabierta.

—¡Mamá! Me encanta mi trabajo, y estoy emocionada con lo de hacerme socia. He estado demasiado ocupada con mi carrera como para preocuparme por relaciones. Soy feliz con mi trabajo, mis amigos y con vosotros. Por ahora es suficiente.

—Sé que te gusta ser abogada, pero me pregunto si no te mantiene distraída para que no notes la soledad. No quiero que te pierdas todo lo que la vida puede ofrecerte, en lo profesional *y* en lo personal —insistió.

—¿Papá? —dije, casi suplicando.

—Conmigo no cuentes. Ya sabes cómo se pone cuando quiere algo, y la mujer quiere nietos. De hecho, me sorprende que haya esperado tanto para empezar a meterte caña. Cuando cumpliste los treinta pensé que te iba a meter en todas las apps de citas que existen. Ya ha intentado que un par de personas de la iglesia les digan a sus hijos que te llamen.

—¡Mamá! —protesté—. ¡No le des mi número a desconocidos!

—No son desconocidos. Tienen unas madres muy majas que van a misa.

—Mamá —respiré hondo para calmarme—. Sé que quieres que yo sea feliz. Y que quieres lo mejor para mí. Pero lo que estás

sugiriendo no es lo que yo quiero. Me encanta mi carrera y quiero hacerme socia. No quiero reducir mi lista de casos ni pasarme a media jornada.

Y mientras lo decía, me sentía partida en dos. Me encantaba ser abogada y no veía el momento de lograr la sociedad. Pero, por otro lado, había tenido estos pensamientos a altas horas de la noche. De esos que te vienen cuando estás sola, son las dos de la mañana y no puedes dormir. A veces me preguntaba qué más había, una vez que me hiciera socia. ¿Más años trabajando jornadas de sesenta o setenta horas? ¿Colando de vez en cuando una noche con amigas para celebrar lo fabulosa que era mi vida, con todos los logros que me había propuesto y el dinero que no tenía tiempo de gastar? Haría que una asistente mandara los regalos de boda y de bebé para las ocasiones a las que yo me saltara porque estaba demasiado ocupada trabajando o demasiado poco dispuesta a enfrentarme al hecho de que mis amigas habían pasado página.

Tenía que haber una forma de hacer las dos cosas, tener la carrera que quería y no acabar sola. Quizá después de hacerme socia volvería a probar con una app de citas y sería muy clara desde el principio: quería un novio al que no le importara ir en segundo lugar después de mi trabajo, que estuviera ahí para mí cuando tuviera un evento o a altas horas de la noche, pero que por lo demás no fuera demasiado exigente. Eso sonaba… muy frío. Me metí comida en la boca a toda prisa mientras mis padres se intercambiaban miradas preocupadas. O no les había gustado mi respuesta o eran capaces de ver dentro de mi cerebro.

Por suerte, mi padre empezó a hablar del programa que se estaban viendo en maratón, uno de reformas de casas. Para cuando terminó de describir la reforma del baño y de explicar que estaba convencido de que la pareja del reality iba a acabar divorciada antes de terminar la planta baja, yo estaba muerta de risa. Mi madre negó con la cabeza.

—No deberían sacarlos discutiendo así en la tele —dijo—. Es estresante de ver. Yo solo quiero ver el después, cuando ya han arreglado la casa y hay flores frescas en la mesa.

—Pues igual la telerrealidad no es para ti —comenté—. Está hecha para que sea súper dramática, así que si quieres algo que no estrese, prueba un programa de repostería o una sitcom.

—Tu padre dice que los programas de cocina son aburridos —dijo, lanzándole una mirada.

—¿Qué? En *Bake Off* nadie usa un taladro neumático. Necesito un poco de emoción en mis programas o me quedo dormido en el sillón a las siete y media —dijo él. Los tres nos echamos a reír.

—Si encontráramos un programa de cocina con más riesgo, en plan que tiran a alguien a una cuba de lava si su tarta es fea… quizá ahí está la solución —lo piqué.

—Solo si usan herramientas eléctricas para hacer la tarta —replicó mi madre—. ¿Qué tiene de malo una buena peli de Hallmark?

—Nada, pero el noviembre pasado vimos como seiscientas "para meterte en espíritu navideño", o eso dijiste —se quejó él—. Son todas iguales. Ella es una chica de ciudad, él tiene una plantación de árboles de Navidad…

—Esa la he visto —comenté.

—Entonces las has visto todas —dijo con énfasis—. No hay café suficiente en el mundo para mantenerme despierto en otra de esas. Este noviembre igual me voy de caza solo para librarme de la cuenta atrás de pelis navideñas.

—Tú no cazas —señaló mi madre.

—Puedo aprender. Hay tiempo.

—No mates animales solo por evitar el canal Hallmark, papá —dije—. ¿Por qué no te buscas un curro a tiempo parcial en una plantación de árboles de Navidad de verdad? Te puedes poner un mono marrón, sonreír en el aire helado y…

—En California no hay aire helado —me recordó.

—Pues te vas un mes a Vermont —le piqué—. Puedes encontrar una plantación tan perdida en el campo que ni siquiera tengas wifi ni tele. Así te aseguras de evitar todas las pelis ñoñas.

—Ni se te ocurra —dijo mi madre—. No pienso esperar hasta el uno de diciembre para decorar esta casa por Navidad. Sabes que todas las decoraciones están en el desván y yo sola no las puedo bajar.

—A lo mejor te reencuentras con algún novio del instituto en la ferretería y se ofrece a ayudarte. Preparáis ponche de huevo, decoráis la casa a tope… —seguí metiendo el dedo en la llaga.

—Eh —protestó mi padre—, no pienso dejar que ningún exnovio suyo suba mis escaleras del desván para sacar las cajas de adornos. Dejaré las cajas en el pasillo el uno de noviembre y tú decoras cuando quieras —añadió, travieso.

—¿Y yo tengo que ir esquivando todas esas cajas enormes durante semanas? A lo mejor se me olvida que están ahí cuando me levante de noche a por un vaso de agua, me tropiezo, me caigo y me rompo la cadera. ¿Qué pasará entonces, con mi marido perdido en Vermont escondiéndose de su miedo a las pelis lacrimógenas?

—Tranquila, mamá, te compro una pulsera de esas de emergencia, tipo Life-Alert, por si acaso —dije, siguiéndole el juego —. Y si estoy trabajando, que suele ser el caso, siempre puedo mandar a Rena a ayudarte.

—Sí, claro, eso es lo que quiero después de toda una vida de esposa y madre entregada. Estar sola en casa en plena temporada navideña y tener que pedir ayuda a la secretaria de mi única hija —dijo, levantándose para empezar a recoger la mesa.

—Vale, no me iré a Vermont —suspiró mi padre con dramatismo, como si de verdad se lo hubiera planteado—. Da igual que toda la gente de esas pelis que trabaja en plantaciones de árboles esté sanísima, robusta y súper realizada. Si no quieres que cumpla mi sueño…

—¿Una plantación de árboles? —repitió ella, escéptica.

—Obviamente. No me había dado cuenta hasta que me hiciste ver siete de esas pelis seguidas, pero una plantación de árboles de Navidad en Nueva Inglaterra, en invierno, es la clave de la felicidad —dijo con seriedad fingida.

—Pensaba que, según tú, la clave de la felicidad era un bote recién abierto de Häagen-Dazs —dijo ella.

Solté una risita y apuré mi copa de vino.

—Depende del sabor. Si es otra vez ron con pasas, paso —dijo él.

—Estaba de oferta. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? —se echó a reír ella.

Negué con la cabeza. Esos dos, y la charla incesante, el cachondeo. Mentiría si dijera que en el fondo no deseaba tener una relación como la suya. Cariñosa, burlona, juguetona y también seria. Se notaba que disfrutaban de la compañía del otro y tenían más chistes privados de los que yo podía contar, muchos de los cuales no me incluían. Mi madre quería cosas muy concretas para mí, y mi padre le seguía el juego, pero debajo de eso había amor y respeto de verdad. Nunca había dudado de que se querían mientras yo crecía, cuando los padres de mis amigas se divorciaban y yo buscaba señales de que los míos también se separarían. La forma en que tenían su propia complicidad, en que se hacían reír y se daban caña a conciencia de vez en cuando, era lo que más me tranquilizaba de pequeña. Saber que ellos eran distintos, que mi familia era especial y que aquello era para siempre.

Sacaron el helado y discutieron alegremente sobre qué sabor abrir antes de acabar abriendo los dos. Nos sentamos en el salón con el helado servido en tazas y vimos el último episodio del programa de reformas.

Fue una noche divertida y me sentí acogida y querida, como siempre que iba a casa. Incluso cuando mi madre me sacaba de quicio, sabía que quería lo mejor para mí. Sabía que los dos me apoyarían y estarían orgullosos de mí. Sabía lo afortunada que era por tener unos padres como ellos.

De camino de vuelta a mi piso vacío, sentí un encogimiento poco habitual, como si el estómago —o el valor— se me hicieran pequeños ante ese futuro inmenso de noches sola en mi casa. Noches sola en una sucesión de pisos y adosados cada vez más bonitos y más caros, y en hoteles internacionales pijos si de vez en cuando me tomaba unas vacaciones. El decorado cambiaría, pero yo seguiría siendo ambiciosa, decidida, exitosa… y absolutamente por mi cuenta. Llamaría o mandaría mensajes a mis amigas, y me preocuparía estar escribiéndoles demasiado porque ellas tendrían sus propias familias. Solté un suspiro entrecortado y, por una vez, no metí mis dudas en una cajita bien ordenada para fingir que no existían.

La verdad era que no sabía cómo tener la vida que quería. El éxito, el prestigio y el dinero, sin renunciar a la posibilidad de tener una familia. Porque lo había ignorado durante mucho tiempo, centrada solo en sacarme el título y luego en ir escalando puestos en el bufete. Una parte de mí sí quería ser madre, quería ser esposa, irse de vacaciones en familia y tener que parar una llamada de Zoom del trabajo para ir a por galletitas Goldfish para mi crío de dos años gruñón. Quería algo que parecía imposible pero necesario. Lo quería todo.

Tenía que ser realista, eso sí. Ya había pasado de los treinta. Mi carrera bastaba. Solo estaba de mala leche porque mi madre había mencionado a los nietos. Estaba siendo tonta y poniéndome melodramática, cuando tenía todos los motivos para creer que estaba a punto de conseguir el ascenso por el que llevaba años trabajando. Quizá, una vez tuviera el ascenso, reservaría un fin de semana largo en la playa, volaría a Cabo y me llevaría a Susie para una escapada de chicas de spa, sol y tequila.

CAPÍTULO 6

FORD



Ashley, mi enfermera, y yo habíamos repasado las historias clínicas actualizadas de los pacientes a los que vería la semana siguiente. Me llegó una alerta de correo al reloj inteligente y abrí el mensaje en la *tablet*.

—Yvonne Striker, nueva paciente, quiere pedir cita por un dolor de espalda —leí en voz alta mientras Ashley tecleaba en su *iPad* para abrir la *app* de citas—. Dice aquí que prefiere una visita a domicilio porque odia las consultas médicas. Esbocé una sonrisa torcida al recordar a la mujer del campo de golf.

—¿Qué?

—No parecía que le diera miedo la consulta del cirujano plástico —dije—. La conocí jugando al golf el fin de semana pasado.

—¿Es una de las pacientes de Zachary?

—No. Solo por la calidad —o la falta de ella— de su cirugía facial ya sabía que no era una de las suyas. Cuando le escribí, me dijo que la había atendido una vez en consulta, pero se negó a operarla porque ella quería hacerse más cosas de las que él consideraba ético hacer de una sola vez —expliqué.

Omití la parte en que Zachary usó la palabra "chiflada" para describir la impresión que le había causado la señora Striker. Me dijo que tuviera cuidado con ella, pero me pareció un poco dramático. Era una ricachona que quería volver a parecer joven; había suficientes como ella en California para mantener a todos los cirujanos estéticos y a unos cuantos más. Igual se había pasado un

poco con el *lifting*, con la piel desagradablemente tirante y brillante, pero eso no era necesariamente un defecto de carácter ni una señal infalible de que estuviera loca.

Además, nadie era tan raro como los ricos; de eso estaba convencido. Que me ganara la vida como su médico privado a la carta no significaba que fuera ciego a sus manías. La excentricidad alcanzaba nuevas cotas, sobre todo entre actores y directores. La gente del deporte, de la tele y los altos ejecutivos eran más de andar por casa, pero yo, de verdad, había llegado a ir a ver a una paciente que acabó preguntándome si creía que sus pavos reales —en plural—, que vivían dentro de su mansión, parecían ansiosos.

—Dale cita —dije—. ¿Qué tenemos libre?

—¿Seguro? Si es dolor de espalda, igual viene buscando opioides —dijo Ashley, escéptica.

—Y si es así, soy perfectamente capaz de negarme. Si tiene un problema serio de espalda, la derivaré a un traumatólogo. Eso le ayudará más que una receta.

—Vale. Si tú lo tienes claro… —dijo.

Era raro que Ashley me llevara la contraria o que me cuestionara en absoluto. Puede que lo que le había contado sobre la negativa de Zachary a tratar a esa mujer le hubiera impresionado más de la cuenta. En cualquier caso, podía apreciar su preocupación y seguir ejerciendo la medicina como consideraba correcto. Sobre el papel no tenía ningún motivo para no añadir a Yvonne Striker a mi ya de por sí lucrativa lista de pacientes.

—¿Por qué no iba a estar seguro? Tú vas a estar ahí todo el rato. ¿Qué podría pasar? —pregunté en tono ligero.

CAPÍTULO 7

HOLLY



Mi rarísima tarde de calma en el trabajo se la zampó enseguida el papeleo, o más bien la necesidad de ponerlo en orden. Rena se metía conmigo por seguir usando expedientes en papel, pero yo sabía que una copia física era lo más seguro. Hasta el mejor programa informático podía colgarse y hacer que se perdiera información vital o que la hackearan. Tenía todo digitalizado, pero a mí me gustaba tener una carpeta de cartulina manila en la mano, donde poder hacer anotaciones y echarle un vistazo rápido. Clasifiqué algunos expedientes más en la pila de casos cerrados y los coloqué en la bandeja de archivados. Mientras repasaba mis casos activos, me topé con una carpetita fina etiquetada *Ford Branson, MD*. Gemí.

—¿Qué? —preguntó Rena al entrar—. ¿Por fin te has dado cuenta de que eres un dinosaurio con todas esas carpetas en papel?

—No, es que acabo de ver el expediente de mi cliente más reciente —dije.

—Por lo menos alegra la vista. Ya sé que dijiste que fue un arrogante cuando lo conociste, pero el tío es el médico privado más solicitado de todo el condado. Tiene una lista de espera que no te la creerías. Leí un artículo en…

—Si quiero saber sus múltiples logros, miraré su perfil de LinkedIn o lo escucharé deshacerse en elogios sobre lo fabuloso que es. Si es que vuelvo a verlo alguna vez.

—Oh, sería una pena que no, con lo bueno que está.

—Lo que tú digas —dije, con voz tensa, intentando respirar despacio para que el rubor que notaba subir por mis mejillas desapareciera tan rápido como había venido. No tuve esa suerte, claro, y Rena se dio cuenta al instante.

—¡Estás roja! Sí que te parece guapo. Si no, tendría que pedirte cita con el oculista, porque es que no te funciona la vista. Estaba para mojar pan.

—¿En serio acabas de decir eso? —puse una mueca—. Ha sido… no. Simplemente no.

—Si no estuviera prometida, me ofrecería a hacer horas extra.

—Dios mío, para ya —dije, azorada.

—Vale —cedí de mala gana—, está bueno, pero es tan capullo que se le estropea todo el atractivo.

—¿Y tú no crees que los capullos pueden ser atractivos?

—No digo que un imbécil no pueda resultar tentador un rato, pero este tío se comportó como un gilipollas, dale que dale. No fue un comentario suelto sobre lo genial que es. Fue un monólogo. Como si Hamlet tuviera la cabeza metida en su propio culo y ni siquiera al final de la obra se callara.

—Es precioso. Deberías dejar el Derecho y montar una obra así —dijo.

Me reí.

—No es mi tipo.

—¿Hamlet?

—El doctorcito, obviamente.

—¿Me estás diciendo que los tíos increíblemente guapos, súper preparados, exitosos y seguros de sí mismos no son tu tipo? ¿Los prefieres grasientos, bajitos y tontos?

—Prefiero un hombre que no crea que el mundo gira a su alrededor, y sería un detalle que me prestara atención a mí o, ya puestos, a algo que no fuera un espejo. Además, es un cliente. Es totalmente antiético siquiera plantearse cruzar esa línea.

—Yo cruzaría esa línea tan rápido…

—Ya lo sé, ya lo has dicho —gemí.

—Estás hecha una estrecha últimamente. ¿Cuánto hace que no te follan? —preguntó Rena.

Hice una pausa de un segundo, intentando recordar, y ella carraspeó.

—Bueno, si tardas tanto en acordarte del último tío con el que te acostaste, es que ha pasado demasiado puto tiempo. Con razón estás tan tensa.

—Fuera de aquí, tengo trabajo —dije, poniendo los ojos en blanco y espantándola con un gesto de la mano.

Volví a lo mío, apartando de mi cabeza lo que había dicho Rena. Para mí sí importaba que el doctor Ford Branson fuera cliente del bufete, y eso significaba que estaba vetado, punto. Incluso si no hubiera sido un egomaníaco de primera.

Esa noche, ya en casa, metida en la bañera, remojándome en las sales de baño de té blanco y jazmín que me había regalado a mí misma hacía unas semanas, solté un suspiro. Hacía muchísimo, muchísimo tiempo que no echaba un polvo. Me fastidiaba que Rena tuviera razón en eso, pero los hechos eran los hechos.

Encontrar un tío con el que me lo pasara bien y en el que confiara lo suficiente como para ponerme en pelotas —eso requería tiempo de verdad. Tiempo que no había estado dedicando a frivolidades como relaciones o, ya ni eso, un buen rollo pasajero. Sin duda me vendría bien un rollo. Lástima que no hubiera habido nadie con quien me apeteciera liarme desde hacía mucho. Entonces se me cruzó por la cabeza la cara guapa de Ford Branson. Era inoportuno, e intenté espantar la imagen, pero mi cuerpo traidor se encendió como una máquina de pinball en cuanto imaginé su cuerpo delgado y musculoso dentro de aquella americana negra de tres botones y esos chinos ajustados a su culo redondeado, que tenía tan buena pinta que me daban ganas de morderlo. Maldito él y su atractivo imposible de esquivar.

Estamos en mi despacho. Ford deja unos documentos para rematar la provisión de fondos y, como Rena no está, llama a la puerta y entra, papeles en mano. Le invito a pasar y toma asiento. En cuanto empieza a hablar de su impresionante consulta y de lo solicitado que está, rodeo mi mesa.

—¿Dirías que todos tus pacientes quedan satisfechos con tu rendimiento? —pregunto con sorna. Trago saliva y observo cómo se

mueve su nuez en esa garganta tensa.

—Diría que sí, claro. Las encuestas de satisfacción son siempre favorables y en mi consulta las hacemos cada seis meses. En mi red de colegas no conozco a nadie cuyos índices de aprobación sean tan sistemáticamente estelares co…

—Ya vale de hablar —digo, inclinándome sobre mi mesa y apoyando la yema de un dedo en sus labios. En cuanto lo hago, él me atrapa el dedo con la boca, lo succiona entre sus labios y lo acaricia con la lengua de una manera tan sugerente que mis pezones se endurecen en unas puntas descaradas que se marcan bajo mi blusa de seda.

Una mano grande sale disparada y se cierra sobre mi cadera, arrastrándome hacia él. Atrapa mi pezón duro, como una piedrecita, con el calor de su boca húmeda mientras me lame el pecho a través de la seda pegada a mi piel. Me inclino hacia él, apoyando una rodilla en su silla, junto a su muslo. Sus manos se amoldan a las curvas de mi cuerpo y mis dedos se enredan en su pelo, sujetando su cabeza justo donde está, para que siga chupándome el pezón de esa forma que lanza dardos de fuego a través de todo mi cuerpo. Sus manos suben por mis caderas y mi cintura y juguetean con un botón de la blusa. Antes de que me dé cuenta de qué está pasando, me ha arrancado la camisa de un tirón. Noto cómo ceden los botones y luego saltan, y se me corta la respiración cuando sus manos grandes me despojan de la seda rasgada. Apoya las manos sobre mi piel, con el corazón desbocado. Me estremezco al contacto, un escalofrío eléctrico recorriéndome de arriba abajo porque sus manos se sienten jodidamente bien contra mi piel. Suelto una risita temblorosa y le miro a los ojos. Su mirada está clavada en mí, sin ni rastro de humor ni de autosuficiencia. Solo intensidad y deseo.

Después de besarme el torso, cada centímetro, desde el ombligo hasta el cuello, deteniéndose de forma indecentemente lenta en mis pechos sensibles, me recoge en sus brazos, atrayéndome a su regazo. Ford Branson, doctor ególatra, me estrecha contra sí, me abre las piernas sobre las suyas y me besa el cuello. Me arqueo para darle mejor acceso, pero me sujeta la cara y guía mis labios hacia los suyos. Entonces me besa, lengua a fondo y gloria derretida. Mi

cuerpo se mueve contra el suyo por instinto. Cuando desliza la mano por mi pierna bajo la falda, sus dedos rozan mi sexo desnudo, hinchado y mojado para él. Cuando se aparta, sobresaltado, y se encuentra con mi mirada, mis labios se curvan en una sonrisa caliente. —Día de colada —bromeo—, sin bragas.

Es todo el ánimo que necesita para acariciarme y sobarme, para recorrer cada pliegue y juguetear con mi hendidura hasta que sus dedos están empapados de mis jugos, separando con cuidado mis labios de abajo para poder hundir primero un dedo, luego dos dentro de mí. Sus dedos largos y gruesos se hunden fácilmente gracias a mi excitación, y yo me froto contra su mano sin pudor ninguno. Su mano en mi espalda me mantiene en su regazo mientras ruedo las caderas buscando la fricción que necesito. Me tortura, sacando los dedos, frotándome el clítoris con mi propia humedad, luego volviendo a empalarme solo para oír mi gemido. Me mete los dedos y disfruta cada segundo, dispuesto a desarmarme, casi desnuda en su regazo sobre la silla de visitas de mi despacho.

Tenemos que estar callados; es lo que pienso.

No pienso «no podemos hacer esto» ni «esto está mal», sino «tenemos que estar callados». Y esa orden hace que, de golpe, todo sea aún más caliente. Cuando me roza el clítoris con el nudillo y suelto un quejido, me manda callar, su boca buscando la mía, sus dedos embistiendo hondo y tijereteando dentro de mi coñito apretado mientras su lengua se abre paso en mi boca. Me rindo; no tengo elección. Un orgasmo súbito me recorre el cuerpo, me arquea la espalda, me provoca calambres en los muslos por el esfuerzo de cada músculo al contraerse para exprimirme el placer. Me chupa la lengua en su boca y se traga mis gritos de éxtasis y desesperación. Cuando vuelvo a recobrar el juicio, me está besando, las mejillas, la nariz, la barbilla, los labios en pequeños mordisquitos tentadores.

No contento con desnudarme casi por completo y hacerme cabalgar su mano como una adolescente salida, Ford se pone en pie, pasando un brazo por mi cintura para sujetarme y que no me desparrame en el suelo en mi estado de debilidad posorgásmica. Soy pura lava, floja en sus brazos cuando me alza y me sienta sobre la mesa.

—Voy a follarte aquí mismo, sobre tu mesa, y no vas a hacer ni un ruido. Si dices una sola palabra, paro. Me doy la vuelta y me voy, y sé que no quieres que me vaya —su voz es firme, una advertencia sexy que enciende mi cuerpo como una sobrecarga eléctrica. Me reclino sobre los codos, arqueo la espalda, de modo que le ofrezco mis pechos enrojecidos, las piernas abiertas con la falda subida hasta la cintura, donde él la ha echado hacia arriba para meterme los dedos hasta casi hacerme perder la cordura. Veo el rubor y el brillo húmedo de mi sexo desnudo y mi cuerpo responde con un espasmo cuando arrastra el pulgar por mi hendidura, saboreando cómo mis labios empapados se le pegan y parecen querer absorberlo. Me rodea la cintura con un brazo, levantándome las caderas, y con la otra mano se abre la bragueta del pantalón.

Salta fuera una polla grande, palpitante, suplicando que la entierre en mi cuerpo tembloroso. Se acaricia una vez, dos, apretando fuerte y girando la muñeca de una forma que parece a la vez brutal y muy, muy sexy. Noto la boca seca ante el espectáculo y mis labios se separan para hablar. Él me tapa la boca con la suya, un beso apremiante que yo respondo golpe por golpe, mordiéndole el labio y devolviéndole cada embestida. —Necesito estar dentro de ti, Holly —me susurra en la boca, con la voz ronca y casi fuera de control—. Di que sí, di que puedes con ella por muy grande que sea, por muy duro que te folle.

Me aparto un poco para mirarle a los ojos y asiento, con el clítoris encendido por sus palabras. Quiero que me llene hasta arriba con ese pollón y que me colme tanto, hasta el punto de notar la tensión, el estiramiento de todo lo que mi cuerpo pueda abarcar, y luego… oh, lo quiero tanto que estoy jadeando. Probablemente parezca una loca, pienso, mientras él se abre paso en mí con su polla y observo la exhibición obscena. Su polla enorme, dura como la piedra y más gruesa que mi muñeca, se abre camino en mi coño apretado, centímetro a centímetro. Intento soltar el aire y relajar el cuerpo para poder recibirle, para poder tener más de él. Enrosco una pierna en sus caderas y levanto la pelvis para empujar contra él, para unirme más a fondo. Le quiero tanto. Cada palabra arrogante, cada embestida alucinante de esa polla demasiado grande para ser

real. Pero es real, cada increíble centímetro de ella, gruesa y resbaladiza. La adoro al instante, incluso mientras intento estirarme y adaptarme para tragármela entera. Le deseo con todo lo que soy. Grito su nombre y él me agarra del muslo y bombea hacia arriba dentro de mí, una embestida poderosa. Aturdida, me agarro a él con uñas y dientes y me preparo.

Cuando noto que empieza a deshilacharse, que su seguridad se resquebraja, rozo mis labios con su mandíbula. —Dámelo —digo—. Te quiero, Ford.

—Oh, Dios, dilo, di mi nombre —su voz sale ronca, desesperada. Digo su nombre una y otra vez, mi cuerpo ardiendo de ganas de obedecer, de darle lo que necesita. Suelto un grito de sorpresa cuando me alza de la mesa y me sostiene en el aire, haciéndome bajar sobre su polla mientras él me taladra. Le sostengo la mirada, obligándome a no cerrar los ojos aunque las sensaciones brutales amenacen con arrastrarme. Me aflojo, dejo que mi cuerpo se amolde al suyo y me dejo mecer por él. Veo una gota de sudor resbalarle por la sien del esfuerzo. Quiero lamerla, pero me sobrepasa todo, la forma en que me sujeta y me posee, la forma en que estoy encajando cada milímetro de él dentro de mí. Dejo caer la cabeza hacia atrás y le sujeto el hombro con una mano, mientras con la otra me abro paso entre los dos y me toco. El contacto directo con mi clítoris me sacude el cuerpo a tirones. Estoy tan excitada que veo puntitos, y me froto furiosa el clítoris.

Con un gemido profundo, Ford se deja caer otra vez en la silla, llevándome con él. Embiste hacia arriba dentro de mí, y en ese ángulo el roce de su polla me golpea un punto hipersensible por dentro. Gimo cuando me aparta la mano de un manotazo. —Eso es cosa mía —gruñe, acariciándome y trabajándome tan rápido que se me encienden todos los sentidos y acabo gritando su nombre, apretándome alrededor de su polla. Él hace un sonido ahogado y se queda rígido debajo de mí, y luego arremete hacia arriba dentro de mí, su brazo una banda de hierro alrededor de mis caderas, sujetándome, sellándonos juntos. Me deshago a su alrededor y siento cómo se me escapa la cordura.

Mis dedos trabajaban sobre mi clítoris hinchado, el agua salpicando dentro de la bañera mientras me corría con fuerza. Cuando mi pulso se ralentizó y abrí los ojos, volví a cerrarlos al instante. La vergüenza me cubrió entera. De verdad acababa de darme el gusto con una fantasía sexual guarrísima sobre un cliente. Me había masturbado pensando en un médico arrogante que me sacaba tanto de quicio que esa molestia apenas tapaba unas ganas terribles de que me reventara contra mi propia mesa. Me sentí asquerosa por difuminar así esa línea profesional en mis fantasías. Era ilícito en el peor sentido, y solo me quedaba lamentarlo y asegurarme de que no volvería a ceder a un pensamiento así sobre Ford Branson nunca más.

CAPÍTULO 8

FORD



Como médico privado tipo *concierge*, al servicio, a golpe de llamada, de una clientela inmensamente rica, no solía impresionarme la casa de un paciente nuevo. Dicho esto, llamar «casa» a la dirección de los Striker era quedarse muy corto. Cuando Ashley y yo llegamos y enseñé nuestros carnés al vigilante de seguridad de la garita, no me sorprendió en absoluto. Lo que sí me dejó pensativo fue el primer vistazo a la casa, que quedaba apartada de la calle primero por unas enormes verjas de hierro y luego por un muro de piedra que no habría desentonado como fortificación en la Europa feudal. Más allá, el camino descendía y dejaba ver una mansión de piedra —mansión ni siquiera era una palabra lo bastante grandilocuente para aquella monstruosidad carísima— situada en una pequeña hondonada y rodeada de grandes setos a la italiana, recortados por un ejército de jardineros.

—Esta tía se ha tomado muy en serio lo del topiario. Los arbustos parecen llamas de vela —dijo Ashley.

—La casa parece que la Edad Media ha vomitado un castillo a pedazos —respondí.

—Es definitivamente rica.

—Sí.

—Es del tamaño de un palacio —añadió Ashley en un susurro.

—Lo es. Eso no la hace menos horrorosa. ¿Cómo crees que será por dentro? —aventuré mientras paraba el coche.

—Decoración top de los ochenta, todo blanco con detalles dorados. ¿Tú qué dices?

—Te apuesto diez pavos a que hay espejos por todas partes. Y moqueta de color. Verde.

—Hecho —dijo Ashley, dispuesta. Asentí.

La verdad era que solo especulaba sobre la decoración para ayudar a relajar a mi enfermera, que parecía intimidada por el tamaño descomunal de la casa. Mis pensamientos reales me los guardaba: la casa estaba tan recargada como la cara operada de la señora Striker y resultaba igual de atractiva. Era una ostentación tan burda que cantaría a hortera incluso en la Meca del cine. Yo tenía una casa enorme y había visitado incontables mansiones de actores, directores, músicos, deportistas de élite y tiburones corporativos. Ninguna le llegaba a la suela del zapato a este montón de arquitectura pseudo-histórica.

Un mayordomo abrió una de las enormes puertas de madera reforzadas con bandas de hierro. Llevaba un chaqué de etiqueta y guantes. Guantes blancos. Sentí una punzada de lástima por el hombre que tenía que llevar lo que era, básicamente, un disfraz en vez de un uniforme, y esperé que al menos estuviera bien pagado.

El vestíbulo era una mezcla estridente de suelo de mármol blanco, paredes verde oscuro y un cuadro al óleo tan grande que me pregunté si lo habrían comprado en alguna subasta de lienzos al metro. En marrones apagados y un amarillo enfermizo, representaba a un grupo de hombres servidos por una camarera de pechos exuberantes que les servía vino mientras ellos se sentaban ante una mesa cargada con el cadáver de un cerdo, un montón de peces y unas uvas. El mayordomo nos condujo a un salón. La moqueta era rosa, los muebles dorados y tan frágiles que daban miedo, nada invitaba a sentarse, y todas las superficies disponibles estaban atestadas de figuritas de cristal.

—Hay muchas cosas rompibles —dijo Ashley, apretando su bolso con cuidado.

—Cristal y porcelana —respondí en voz baja—. Deja el bolso junto a la puerta y ven, siéntate.

Hizo lo que le indiqué. Mientras nos sentábamos en un pequeño y poco cómodo sofocito, me planteé seriamente si no debería quedarme de pie, porque aquel mueble no estaba hecho para un hombre de más de metro ochenta y musculoso. Mientras contemplaba la posibilidad de que el sofá de seda salvaje se hiciera astillas bajo mi peso, nuestra paciente entró por otra puerta.

Yvonne Striker irrumpió en la habitación arrastrando tras de sí las mangas vaporosas de una bata diáfana. Al acercarse fue evidente que el batín era completamente transparente. Mantube los ojos fijos deliberadamente en su cara y vi cómo su sonrisa tirante se retorcía en una expresión de desprecio cuando vio a Ashley conmigo. Rápidamente se recompuso y recuperó su sonrisa de bienvenida.

—Qué delicia que hayas traído a una amiga —dijo—. Bienvenido a mi casa, doctor Branson.

—Gracias. Su casa es preciosa —mentí—. Señora Striker, ella es Ashley McNeill, la enfermera que me asiste.

—Encantadísima, seguro —dijo la señora Striker con frialdad.

—Debes de tener una consulta muy boyante para poder traer a una enfermera a cada visita —añadió.

—Tengo mucha suerte, sí —respondí con humildad estudiada—. Ashley es, con diferencia, la mejor enfermera con la que he trabajado, y el resto del equipo que empleo también está entre la élite de la profesión.

Yvonne Striker se dejó caer en el sofá frente a nosotros, desplegando la gasa azul a su alrededor para dejar a la vista unas piernas bronceadas que me negué a mirar. Preguntó si nos apetecía algo de beber. ¿Estaba fingiendo que aquello era una visita social? Mantuve la mirada en su rostro y esperé con educación. Cuando rechazamos el refrigerio, dejó sobre la mesa una campanilla plateada con borlas que había cogido antes. Me sentí como si hubiera caído en una película en la que una villana narcisista y decrépita intentaba atraernos a nuestra muerte con su sonrisa depredadora deformada y sus extrañas exhibiciones de riqueza.

—Vamos entonces —dijo, poniéndose en pie y dando dos palmadas. Por un momento me pregunté si estaba dando la señal a

algún criado que tuviera que llevarla en volandas sobre un cojín, y tuve que carraspear para ahogar el impulso repentino de reír.

La seguimos fuera de la estancia y por un largo pasillo adornado con cuadros feos pero claramente caros.

—Esta es mi sala de masajes —dijo.

La señora Striker abrió una puerta y reveló una estancia que habría encajado en cualquier spa de lujo. Tres paredes estaban revestidas en una bellísima madera rubia, la cuarta era una fuente de piedra iluminada con una luz verde suave. Había velas colocadas sobre una mesa baja, parpadeando tenuemente y proporcionando la única luz adicional. Las toallas mullidas estaban enrolladas y apiladas sobre una encimera de mármol, detrás de unos cristales y unas piedras de masaje dispuestas en una bandeja de madera. Me quedé desconcertado. No era un espacio adecuado para una exploración, y sus intenciones eran descaradas.

—Tengo cita con mi masajista después de esto y he pensado que sería de lo más eficiente que hicieras la exploración en mi camilla de masajes. Es muy resistente, si te apetece probarla. Aunque si prefieres mi dormitorio… —ofreció.

Ashley hizo un pequeño sonido que convirtió en una tos falsa. Si no la hubiera conocido tan bien, habría supuesto que las velas de aromaterapia de abeto le estaban dando alergia, pero reconocí el intento de disimular la risa ante los intentos cada vez más descarados de seducción de la paciente.

—Si es aquí donde quiere que la examine, no hay ningún problema —dije.

—Eso es lo que ponía en tu página web: adaptar la atención sanitaria para reducir la ansiedad del paciente y proporcionar una experiencia personalizada —repitió con sorna.

—En efecto. Ashley, saca la tablet, por favor. Quiero hacer yo mismo la entrevista inicial y tú vas transcribiendo. Señora Striker, comentaba en su correo que le duele la espalda. Descríbame la lesión, por favor —indiqué.

—Sí, estaba jugando al tenis con mi amiga Cynthia… ¿podrías ayudarme a subir? —preguntó. Se refería a su fútil intento de subirse a la camilla de masajes. Estaba colocada a una altura a la

que un niño de diez años habría trepado sin problemas, pero claramente estaba jugando.

—Buscaré un taburete, si tiene alguno. No se me ocurriría intentar levantarla en su estado. Podría empeorar la lesión —dije. Puso morritos, pero señaló un pequeño taburete acolchado cerca de la encimera. Lo llevé hasta ella y lo coloqué al pie de la camilla.

—Ahora que ya está acomodada, cuénteme qué estaba haciendo cuando se lesionó la zona y qué movimientos hacen que el dolor se intensifique o disminuya ahora.

—Estaba estirándome para un revés. Creo que forzé algo —dijo vagamente—. El tenis no me gusta demasiado, pero la querida Cynthia me invitó. Mi marido está fuera del país por lo menos tres semanas al mes con sus negocios en el extranjero, así que tengo que aprovechar cualquier oportunidad para mantenerme ocupada, aunque no sea siempre lo que yo desearía.

—Ya veo. ¿Qué empeora el dolor ahora? —pregunté, intercambiando una mirada con Ashley, que tecleaba muy aplicada en la tablet, con las mejillas rojas de vergüenza o de risa, o de ambas cosas.

—Oh, absolutamente todo. ¡Cada vez que me muevo! Ha sido terrible, doctor. Si me examinas y me das tu opinión sería un alivio enorme. Solo tener esas magníficas manos sanadoras sobre mi cuerpo… Haz que tu chica salga un momento, eso sí. Soy más bien tímida —dijo.

No le señalé el hecho de que iba pavoneándose con una bata completamente transparente delante de su propio servicio y de mi enfermera, lo cual no encajaba mucho con su supuesta timidez.

—Me temo que no puedo hacer eso. Por motivos legales, ya sabe, tengo una política de no ver nunca a un paciente a solas. Es tanto para que usted esté más cómoda como para garantizar la seguridad de todos los implicados.

De nuevo, Yvonne pareció molesta por mi negativa a seguirle el juego.

—Ahora, si me enseña dónde le duele —la apremié de nuevo.

Yvonne se movió para señalar el punto y gimió de dolor.

—¿Ha tomado ibuprofeno o algo por el estilo? —pregunté.

—He tomado unas pastillas para el dolor de una receta antigua.

—¿Cuánto hace de esa receta? ¿Y qué medicación es? —indagué.

—Oh, están ahí dentro, en el armario del baño. ¿Te importa traérmelas, Ashley? —pidió con dulzura. Ashley me miró y luego fue al baño contiguo a por el frasco de medicación.

Inmediatamente, la bata de Yvonne Striker se «escurrió» por su hombro y dejó al descubierto sus pechos grandes. Me sonrió. Yo di un paso atrás, levantando las manos para dejar claro que no tenía intención de tocarla de esa manera. Ashley regresó al cabo de un momento y nos vio justo cuando la mujer se recolocaba el batín para cubrirse de nuevo.

Se me aceleró el pulso, la rabia bombeándome por las venas. Se había desnudado delante de mí después de todas aquellas alusiones repugnantes y había hecho que mi enfermera saliera de la habitación para poder hacerlo en una privacidad relativa. Quería decirle exactamente lo que pensaba de ella, pero tenía que actuar con cuidado si quería evitar una escena mayor. Terminaría la exploración y me negaría a volver a verla como paciente.

Rápidamente, miré el bote de pastillas, le examiné la parte alta de la espalda y le di unas breves instrucciones sobre estiramientos y reposo del músculo. Luego me fui tan deprisa como pude. Cuando nos sentamos en el coche, Ashley se volvió hacia mí.

—Ford, ¿qué coño ha sido eso?

—Solo una mujer mayor y sola —dije entre dientes—. Buscando atención.

Después de eso no hablé durante el resto del trayecto porque estaba hirviendo por dentro, preguntándome cómo debería haber manejado la situación. Por primera vez en mi carrera estaba cuestionando mis decisiones. Había tenido pacientes que intentaban ligar conmigo o incluso me habían pedido salir antes, pero nunca me habían sometido a ese tipo de comportamiento. Aquella mujer había provocado deliberadamente que estuviéramos incómodos con sus comentarios insinuantes y luego me había enseñado los pechos sin mi consentimiento.

Me había pillado tan desprevenido, tan sorprendido por sus actos, que no supe qué decir. No estaba acostumbrado a estar en

esa posición, a sentirme aunque fuera un poco impotente. Y no me gustaba nada, en absoluto.

CAPÍTULO 9

HOLLY



—Señor Franklin, parece que tiene toda la documentación en regla. No veo razón para que el abogado de la parte demandante no eche un vistazo a esto y renuncie a ir a juicio. Ojalá todo el mundo llevara un departamento de RR. HH. tan exhaustivo —le dije a mi cliente.

Llegó mi ensalada y le di las gracias al camarero mientras cogía el tenedor.

—No lo entiende. Ese hombre es implacable. Ha presentado estas acusaciones infundadas de despido improcedente aunque tenemos todo el rastro documental. Se le dieron tantas advertencias (cuatro, con planes de corrección claros). Fue su negligencia continuada la que motivó su despido. Él lo sabe, yo lo sé, usted lo sabe, estoy seguro de que su abogado lo sabe, pero no va a echarse atrás —dijo, negando con la cabeza.

Ya me había contado exactamente lo mismo como tres veces. Menos mal que había sugerido el club para la reunión de trabajo; de otro modo, estaría muerta de hambre mientras escuchaba pacientemente sus preocupaciones en bucle. En realidad, preferiría estar trabajando para el débil, ayudando a alguien que de verdad necesitara una representación de primera y no solo a gente que puede permitírsela. Pero en cuanto fuera socia, podría escoger mis casos y hacer más trabajo *pro bono*. Me repetí eso y volví a prestar mi diligente atención al señor Franklin, al que estaba demandando un hombre sin caso alguno.

—Estoy segura de que tiene razón, pero su desfachatez no es el factor decisivo.

—¿Quiere decir que la verdad es el factor decisivo? —preguntó sombrío.

—En absoluto. El factor decisivo soy *yo*, señor Franklin. Él no me tiene a mí para representar sus intereses. Usted sí. Haré que se rían de él fuera de la sala por interponer una demanda frívola, si es que un juez siquiera acepta escuchar el caso. No suelo dar garantías, pero en este caso creo que es seguro decir que el demandante no tiene ninguna vía legal, considerando la increíble cantidad de pruebas bien documentadas, fechadas y con testigos de que está mintiendo. No tiene de qué preocuparse.

—No se imagina cuánto me alegra oír eso. No he estado durmiendo, ¿sabe? Desde que pasó todo esto. No podía creer que me notificaran la demanda en mi cena de aniversario. Tenía que conocer a alguien de mi círculo íntimo para enterarse de aquello.

—Entiendo que le preocupe que pueda tener contactos entre su personal, pero no lo creo. Por lo que he leído, su cena de aniversario no fue precisamente algo íntimo. Usted y su esposa organizaron una gala benéfica para la unidad de oncología pediátrica, y tuvo mucha publicidad. Que le entregaran allí la demanda fue puro teatrillo de abogado. Siento que le hicieran pasar esa vergüenza y que eligieran un momento tan poco respetuoso, pero si quiere presentar una demanda reconvencional por daños morales y subirse al estrado a contar que esa payasada puede haberle costado al hospital infantil algunas donaciones, estaré encantada de armar un caso con eso.

—No, no, gracias. Me tranquiliza lo que dice, pero no quiero más líos legales. Solo quiero a ese hombre fuera de mi empresa y de mi vida. Lo antes posible. Por eso me planteé llegar a un acuerdo.

—No hay ningún motivo para llegar a un acuerdo extrajudicial. Es tentador pensar que así desaparece todo, pero en ausencia de cualquier irregularidad por su parte, no se lo recomendaría.

Asintió y se puso a comer su sándwich. Al mirar alrededor del comedor, vi ni más ni menos que al doctor Ford Branson. Estaba comiendo solo, pero parecía algo incómodo. Estaba a dos mesas de la nuestra, así que podía verlo bastante bien. Se acercó a él una

mujer mayor, se colocó detrás y le tapó los ojos con las manos como si fuera una cría jugando al «adivina quién soy». Él se estremeció, apartándose de forma visible, y luego esbozó una sonrisa tensa cuando ella se descubrió. Ella le frotó los hombros, le acarició el brazo y le palpó el bíceps. Él parecía incómodo, levantó una mano como pidiéndole que se echara atrás y corrió un poco la silla cuando ella se sentó a su mesa, se inclinó y bebió de su vaso de agua.

Era raro ver a un hombre grande y poderoso parecer tan incómodo ante los avances de una mujer. Pensé fugazmente en todas las veces que me habían tratado igual y me pregunté si no sería una especie de justicia cósmica por todas las mujeres a las que miraban como a un trozo de carne, acosaban o daban la lata con atenciones no deseadas. Por desgracia, la expresión claramente angustiada de Ford no me permitía divertirme con el cambio de roles.

Estuve valorando acercarme a saludar. No porque me muriera de ganas de saludar al médico egocéntrico, sino porque era un cliente nuevo y parecía que agradecería que alguien lo rescatara. Mientras intentaba imaginar una forma no demasiado incómoda de acercarme, el señor Franklin me devolvió al asunto que teníamos entre manos.

—¿Hay alguna manera de que consiga que el nombre de mi esposa desaparezca por completo de la demanda? Ella no trabaja en la empresa y esto la está afectando mucho —dijo, visiblemente preocupado.

—La demanda va a ser desestimada. Si quiere que se elimine su nombre como parte en el procedimiento, puedo ocuparme de eso, por supuesto. Pero retrasará el proceso.

—¿Cuánto?

—Depende del juez. Mi única objeción, aparte del retraso, es que un escrito solicitando la exclusión de la señora Franklin como demandada muestra sus cartas a la parte contraria. Les enseña que esta demanda le ha alterado y le preocupa. Les echa gasolina al fuego. ¿Su esposa está bien de salud?

—Mi esposa ha luchado contra la ansiedad toda la vida. No me gusta lo que esto le está haciendo. Creo que si su nombre no

estuviera en la demanda, se quedaría más tranquila.

—Gracias por decírmelo. Redactaré un escrito esta tarde. Si me permite una sugerencia, ¿querría preguntarle a su esposa si eso la haría sentirse mejor? No quiero causarle más angustia, pero si lo que le preocupa es usted y cómo le va a afectar, no es un escrito necesario. Si cree que le ayudará a estar algo más tranquila, presentaré la solicitud antes de que acabe la jornada de hoy.

—La llamaré de camino a la oficina y le diré algo.

Le di las gracias y volví a mirar hacia Ford. La mujer seguía allí, tocándole con demasiada confianza. Él se tensaba visiblemente cada vez que ella lo tocaba. Estaba claro que no quería que ella le pusiera una mano encima. O bien no se daba cuenta, o le daba igual; probablemente lo segundo, a juzgar por mi experiencia con la gente que se cree con derecho a todo. Seguía dividida entre divertirme porque no le hiciera gracia que una mujer mayor le tirara los tejos y sentirme molesta —mucho más de lo que debería— porque alguien le estuviera tocando sin su consentimiento. Era una sensación extraña: mi opinión sobre la situación era ambivalente, pero mis instintos no lo eran en absoluto. Tenía un impulso claro y poderoso de ir allí y darle un manotazo en la mano a esa mujer para apartársela de encima.

Era un hombre adulto, perfectamente capaz de hablar por sí mismo y de cuidarse solo. No corría ningún peligro. Mi intervención probablemente sería más embarazosa que bienvenida. Me repetí todo eso para no meterme. Me gustara o no, ese hombre estaba acaparando mis pensamientos en un momento en el que necesitaba concentrarme en la situación de otro cliente.

Necesitaba sacarme a Ford Branson de la cabeza antes de que me costara la carrera.

CAPÍTULO 10

FORD



Paré a comer en el club entre citas. Ashley tenía una comida con su marido para celebrar su aniversario, y me alegraba tener la oportunidad de picar algo y disfrutar del silencio. Entorno elegante, buena comida y mi propia compañía. Probablemente hojearía titulares en el móvil o mandaría mensajes a mis amigos en el chat del grupo.

Las paredes de un verde suave y la luz que entraba por la pared de puertas francesas acristaladas hacían que el comedor resultara tranquilo y elegante. Noté cómo me relajaba mientras el arpista del rincón tocaba algo suave pero alegre. Nada más hacer el pedido, me asaltó Yvonne Striker. ¿Había estado al acecho, enroscada en una cesta como una serpiente? Se sentó en mi mesa sin invitación y bebió de mi vaso. Cuando llegó mi sándwich, intenté dejarle claro que había sido un placer verla, pero que tenía que seguir con mi comida. Dijo que simplemente se quedaría para hacerme compañía. Se comió patatas fritas de mi plato, manoseó la mitad intacta de mi sándwich hasta deshilachar la hoja de lechuga y hacer con ella un montoncito.

Y luego estaban los toqueteos. No dejaba de tocarme cada vez que tenía ocasión. Más de lo necesario; muchísimo más de lo que me resultaba cómodo. Cuando no estaba trasteando con mi comida o con mi agua, me sobaba. Me apretaba los bíceps, me ponía los dedos fríos en la nuca para señalar que, según ella, necesitaba un corte de pelo. Me cogía la muñeca, giraba mi *smartwatch* para

"mirar la hora", aunque, por lo visto, no tenía nada que hacer y, además, tenía a la vista un reloj enorme en la pared. Era la proverbial muerte por mil cortes. No había manera de quitármela de encima.

A mitad de mi sándwich, me excusé para ir al baño de hombres, seguro de que era el único sitio donde ella no podría arrinconarme. Me eché agua en la cara y evalué la situación. Estaba dispuesto a rebajarme hasta el punto de mentirle y decirle a esa mujer que me llamaban por un paciente que necesitaba mi ayuda. Simplemente insinuaría que era urgente y confidencial, lanzaría la tarjeta de crédito en dirección aproximada a un camarero y saldría disparado hacia mi coche. No era muy digno, pero era más sensato que cantarle las cuarenta, dada su evidente inestabilidad mental. Quería evitarla y, si era posible, no cabrearla. A ella las fronteras personales le daban igual, así que iba a tener que sacarme yo solo de aquella maldita emboscada.

Reconozco que hice tiempo un minuto, escuché un mensaje de voz y mandé un mensaje a Zachary. Cuando salí del baño de hombres, allí estaba ella. Yvonne estaba repantigada contra la pared frente a la puerta, claramente esperándome. Llevaba el pelo rubio con un *brushing* recién hecho, y su vestido veraniego era de un rosa juvenil, con un escote *halter* demasiado pronunciado para llevarlo de día y en público, independientemente de su edad. No era solo el canalillo bronceado y con la piel algo ajada lo que asaltaba mi vista, sino también las cúpulas de los implantes y los laterales de las tetas. Si hubiera sido menos rica, menos prominente, algún encargado le habría ofrecido un cárdigan o le habría enseñado la salida. Pero ahí estaba, frustrando cualquier intento de huida. No es que pensara tanto en escabullirme a escondidas como en emprender una retirada rápida con un pretexto falso.

—Ha tardado tanto que le he echado de menos. He llegado a pensar que se había desvanecido en el aire —dijo con lo que supuse que pretendía ser una mirada lánguida. Sus ojos semicerrados parecían más depredadores que seductores.

—Tenía un mensaje de voz de un paciente.

—Oh, ¿alguien con su número personal? A mí me dio el de la consulta —dijo claramente molesta.

—Evidentemente, ha sido mi enfermera la que ha dejado el mensaje. No mezclo el trabajo con mi vida personal, y ninguno de mis pacientes tiene mi número —dije tan educadamente como pude. Me daban ganas de rechinar los dientes de la rabia por verla haciendo guardia en la puerta del baño para que no me escapara.

—Qué decepción. No tanto como mi marido, obviamente. Me casé con él por su dinero, ¿sabe? Era mayor, pero no parecía importar tanto cuando me deslumbraba navegando por las islas griegas y eligiendo mi primer Louis Vuitton. Yo era modelo, por supuesto, hacía editoriales para un diseñador emergente, pero lo dejé porque George quería toda mi atención —soltó un suspiro como si hubiera hecho algo extremadamente altruista.

Carraspeé.

—Señora Striker, tengo que irme.

—Me vendría muy bien tener a un hombre como usted cerca —dijo con tono calculadamente insinuante. No había manera de malinterpretar lo que quería decir.

Como «ni de coña» no parecía una respuesta socialmente aceptable, opté por callarme, asentí con brusquedad a modo de despedida y la rodeé para salir del pasillo.

Me pilló por sorpresa. No esperaba la desfachatez de su siguiente movimiento, lo descarado que fue y lo convencida que estaba de tener derecho a hacerlo. Me agarró. Aquella mujer, esa señora rica de la alta sociedad, me cogió la cara entre las manos y me plantó la suya en la mía. Me quedé en *shock* y asqueado. La aparté de inmediato, cogiéndola por los brazos y dando un paso atrás. Sonreía como el gato que se ha comido la nata, pensé con repugnancia.

—No vuelva a hacer eso jamás —dije, intentando mantener la furia fuera de mi voz—. Eso no forma parte de los servicios que ofrezco en las visitas a domicilio, y creí habérselo dejado claro cuando mandó salir a mi enfermera de la habitación un segundo y empezó a quitarse la ropa. Parece que estaba usted confundida, señora Striker. No soy *escort* profesional. Soy médico. No soy un trabajador sexual. Desde la consulta nos pondremos en contacto con

usted para darle el nombre de otro profesional. Usted ya no es mi paciente y espero que se mantenga alejada de mí.

Tenía ganas de escupir, de lo asqueado que me sentía por la forma en que me había sobado y me había besado como si tuviera derecho a hacerlo. La expresión de autosatisfacción de su cara se resquebrajó, dejando ver lo que yo llamaría una rabia mezquina por haber sido contrariada.

—Está rechazando mi generosa oferta —dijo con voz plana.

—Rechazaría cualquier oferta que me hiciera, aunque en realidad no me ha ofrecido nada. Acaba de intentar meterme mano en la puerta de un baño de hombres. Ese tipo de comportamiento no desentonaría en un bar de mala muerte, pero aquí, en un club social, resulta bastante menos decoroso.

—Usted lo llama club social. Yo lo llamo mi coto de caza. Usted era carne fresca, un socio nuevo, un médico joven y sexy al que podía tener en mi casa con solo una llamada, como si fuera un pedido de *DoorDash* —sonrió con suficiencia—. Pero no tiene ni idea de lo que ha hecho. Le doy una pista: se va a arrepentir de haberme rechazado.

—¿Eso es una amenaza? ¿De verdad está ahí plantada amenazándome con represalias indeterminadas si no la «atiendo» en el sentido en que usted pretende? —noté cómo me subía una risa amarga y espontánea, y no pude contenerla. Su expresión enfadada se transformó en un odio sin disfraz. «Bueno, eso ha escalado rápido», pensé.

—Luego no diga que no se lo advertí —silbó.

No me engañaba pensando que le gustaba de verdad ni que había algo especial en mí. Era un juguete nuevo para ella, colgado justo fuera de su alcance y por eso aún más deseable. Nada más que el capricho de una mujer rica y aburrida, con demasiado tiempo libre y con ganas de atención, quizá de una confirmación de que seguía siendo atractiva. Lo cual, francamente, no podría estar más lejos de mi tipo de mujer. Le importaba una mierda si yo quería o no que me siguiera, me tocara, me agarrara y me besara. No era más que un juguete, y cuando ese juguete se le rebeló, se enfadó.

—Disfrute riéndose a mi costa. Será la última vez.

Negué con la cabeza, lleno de desprecio, y pasé junto a ella rozándola lo mínimo posible para ir a pagar la cuenta. Sentía un escozor desagradable entre los omóplatos mientras me alejaba, con sus ojos clavados en mí. Si las miradas mataran, no habría llegado ni a la mesa: me habría quedado convertido en una columna de sal o en un montón de cenizas mucho antes. Tal como estaban las cosas, no veía la hora de largarme de allí. Tenía trabajo que hacer y, desde luego, tenía que encargarle a Ashley que tramitara cuanto antes la derivación de la señora Striker. Todo el encuentro me dejó más tocado de lo que estaba dispuesto a admitir. Salí de allí disparado y me metí en el coche, agradecido por librarme de Yvonne Striker y de su descaro presuntuoso.

CAPÍTULO 11

HOLLY



Cuando el camarero me rellenó el té helado, vi a Ford por el rabillo del ojo. Iba con prisa; no había otra forma de decirlo. Esa zancada decidida era rápida y parecía que se dirigía al pasillo que llevaba a los baños. Entonces habló mi cliente y volví a centrarme en él. No volví a pensar en el tema hasta que la que había sido su acompañante de almuerzo, la mujer mayor que había estado tirándole los tejos, salió del mismo pasillo en una ostentosa exhibición de rabia. ¿Habían estado juntos en un baño? ¿O solo era casualidad que ella irrumpiera del mismo corredor apenas unos minutos después, con gesto alterado y haciendo una salida teatral por las puertas francesas abiertas?

—¿Quién es esa? —le pregunté a mi cliente.

—¿Esa mujer? Esa es Yvonne Striker. Su marido es dueño de Striker Holdings; tienen de todo, desde estudios de cine y propiedades inmobiliarias hasta fabricantes de coches de lujo. Ha intentado meterse en la cama con todos los hombres de aquí —puso una mueca de asco y negó con la cabeza.

—Ya veo —dije, y me pregunté si estaría sola o si era el equivalente femenino de los puretas babosos que conducen Corvettes e intentan ligarse a cuantas tías jóvenes pueden.

—¿No es una amiga del alma? —dije con sarcasmo.

—Mi mujer no la soporta. El año pasado nos sentaron cerca de George y Yvonne en una gala benéfica y nos fuimos pronto por eso. Es vulgar, ruidosa y maleducada.

—Encantadora —solté, y guardé esa información, porque algo en el fondo de mi cabeza me decía que algún día podría necesitarla.

Más tarde, en casa de Susie para cenar, me descubrí hablando de ello mientras rallaba queso sobre la ensalada.

—Fue lo más raro. Estaba en el club de campo comiendo con un cliente y allí estaba Ford Branson.

—¿Es raro que ese hombre coma? —preguntó Susie con sorna mientras removía el risotto—. Lo raro es que yo haga esto, con lo que hay que removerlo como dos horas seguidas y acabo con túnel carpiano.

—Lo remueves veinte minutos y luego sigo yo. Lo haces porque es el plato favorito de Emma —dije con cariño—. Lo raro fue esta mujer, mayor, con pinta de muy cara, que le estaba acariciando y tirándole los tejos hasta que él salió disparado hacia el baño. Unos minutos después el hombre pegó lo que yo casi llamaría una huida a la carrera por ese pasillo. No iba corriendo, pero desde luego que iba a toda leche de la forma más digna que pudo. Esas piernas largas se zampaban la distancia.

—O sea, que lo que me estás contando es que fuiste a una reunión en la que no le hiciste ni puto caso a tu cliente y, en cambio, estuviste espiando a otro cliente del que dices que no te cae bien y te fijaste en cada uno de sus movimientos.

—Joder, a veces pienso que debería hacerme amiga de alguien que no sea psicóloga —dije sarcástica—. Presté atención a mi cliente, absolutamente. Es que toda la escena con Ford fue tan obvia que no podía simplemente ignorarla.

—Tenías curiosidad.

—Sí, solo eso. Curiosa por el bienestar de otro cliente al que una tía le estaba entrando a saco y que al final salió por patas.

—O sea, que por lo que parece no aceptó lo que fuera que ella le estaba ofreciendo.

—Eso es lo que supongo. Fue súper frustrante no saber exactamente qué pasó.

—Sabes que no es un reality, ¿no? Que es la vida real de una persona —se rió entre dientes.

—Ya, ya lo sé. ¡Es que tengo preguntas! —me reí—. Y no conseguía aclararme sobre cómo me sentía con todo el asunto. Por un lado, no voy a avergonzar a una mujer por tirarle los trastos a un tío que le interesa. Y al principio tenía su gracia ver a un hombre hecho y derecho ponerse nervioso y desvalido porque ella era insistente.

—Por insistente quieres decir "que no aceptaba un no por respuesta", y creo que las dos hemos pasado por eso con tíos. No tiene ni puta gracia —dijo Susie, tajante.

—Tienes razón —dije—. Hasta yo me puse incómoda. Casi voy para allá y al final decidí que no, porque podría haberle hecho pasar vergüenza.

—Si la situación hubiera sido al revés, ¿habrías querido que él te ayudara? —preguntó Susie.

—Sí. Podría apañármelas sola, pero habría agradecido una interrupción. Ojalá hubiera ido y los hubiera distraído a los dos, quizá rebajado la tensión solo cambiando de tema —suspiré.

—Creo que ya hay queso suficiente, a no ser que venga a cenar con nosotras un ejército de ratones Disney —dijo.

Dejé de rallar queso como una autómata y miré la montaña que había formado. Era como el Matterhorn de parmesano.

—Nunca hay demasiado queso —me encogí de hombros, dejándolo a un lado.

Emma entró corriendo y se abrazó a mis piernas. Me agaché y la alcé en brazos.

—¿Cómo está mi chica?

—¡Wally! —dijo, riéndose. Cuando tenía dos años no sabía decir Holly, así que me llamaba Wally. Ahora lo decía de broma, y yo no podía ocultar lo mucho que me encantaba, ni lo mucho que la quería a ella.

—¡Wemma! —dije, y ella soltó una carcajada. Nos reímos las dos y la abracé fuerte.

—¿Has traído cupcakes? —preguntó, mirándome con escepticismo, frunciendo el ceño en una imitación cómica de su madre.

—Claro que sí. Y todas tienen glaseado morado.

—¡Bien! ¡Gracias! —me dio otro achuchón y la bajé al suelo—. ¡Ven a ver mi caballo!

—¿Tienes un caballo? —pregunté, mirando alrededor del piso como si estuviera buscando dónde podría caber.

—En mi cuarto. No es un caballo *de verdad* —dijo, exasperada. Me agarró de la mano y me llevó a su habitación.

Me enseñó orgullosa su nuevo caballo de palo. Me senté en su cama y lo admiré.

—¿Cómo se llama?

—Lucille —dijo sin dudar.

—Muy concreto. ¿Por qué la has llamado así?

—Porque es su nombre —dijo, como si fuera lo más evidente del mundo.

—Vale, ¡enséñame lo que sabe hacer! —dije, dispuesta a dejarme impresionar por sus trucos.

—Lucille es un palo. Ella no puede hacer nada. Lo tengo que hacer yo —dijo con toda naturalidad. Tuve que contener la risa. Es que adoraba a esta cría. A continuación me enseñó la forma correcta de colocar el caballo y cómo había que caminar, dar saltitos y galopar con él.

—Ahora vamos a hacer una carrera.

—¿Contra quién corres?

—¡Contra ti! —dijo.

—Yo no tengo caballo —protesté.

—Toma —apareció Susie en la puerta con la mopa Swiffer, sonriendo—. Dave dice que él usaba esto para las carreras.

—Gracias, ¿dónde has encontrado a esta jamelga? Con esto no gano ni de coña —dije—. Mira en el establo a ver si tienes algo más rápido.

—Te dejaría la Dyson, pero creo que usar un caballo con motor va contra las reglas.

Y así fue como perdí una carrera de caballos montada en una mopa Swiffer.

Después de cenar, después de limpiarle a Emma el glaseado morado de la boca, la nariz y una oreja, y de que se bañara, Susie fue a arroparla en la cama. Yo abrí el vino que había traído y serví

un poco para Dave, para Susie y para mí. Luego fui y me quedé un momento apoyada en el marco de la puerta, un poco melancólica, mirando cómo Susie besaba a su hija y encendía una lucecita de noche. Nos sentamos todos y nos descalzamos.

—El risotto estaba buenísimo —dije.

—Gracias —respondió Dave.

—Él me relevó y terminó de remover. Mi consejo es: cásate con un hombre que te remueva el risotto cuando estás cansada.

Se inclinó hacia él, apoyando la cabeza en su hombro, y él le besó la frente. El pinchazo en el pecho tenía que ser ardor de estómago. No podía ser envidia de mi mejor amiga, que era tan feliz. Hablamos de la película que habían llevado a ver a Emma la semana anterior y de cómo seguía haciendo ruiditos de Minion cuando se enfadaba. Tan divertida y encantadora como era normalmente mi mejor amiga, con su marido estaba diez veces más luminosa y relajada. No dejaban de mirarse, de tocarse el brazo o de terminarse las frases cuando contaban una historia juntos. Me rasqué justo debajo de la clavícula, donde se había abierto ese hueco. Dios, qué sola estaba.

Dejé eso a un lado y les hablé del nuevo pódcast que había descubierto; al cabo de una hora más o menos les di las gracias por una noche estupenda y me fui a casa. Me encantaba pasar tiempo con Susie y su familia, pero me di cuenta, de golpe, de que esta vez me había hecho sentir que me faltaba algo. Incluso pensé en adoptar un gato solo para que mi piso no resultara tan vacío.

CAPÍTULO 12

FORD



Acababa de terminar una llamada telefónica sobre una ponencia en un próximo congreso cuando mi recepcionista llamó a la puerta y entró en el despacho. Tenía el gesto preocupado.

—¿Qué pasa, Penny? ¿Estás bien? —pregunté.

—Tienes que salir a recepción. Hay un hombre aquí para verte —dijo—. Lo siento. He intentado que me lo dejara a mí, pero ha insistido en dártelo en mano.

—¿Dejar qué? —pregunté, siguiéndola hacia la sala de espera.

Un hombre de unos cuarenta, con un traje barato, miró del portapapeles a mí y de vuelta otra vez.

—¿Es usted el doctor Fordham Branson?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle? —pregunté.

Me alargó un sobre.

—Queda usted emplazado —dijo, y el notificador judicial se dio media vuelta y se fue.

Miré el sobre marrón y noté cómo se me encendía la cara. Abrí las pestañas y levanté la solapa para sacar los papeles. Era una notificación legal de intención de reclamarme daños y perjuicios ante un tribunal. Me estaban demandando. Por conducta sexual inapropiada. La señora Yvonne Striker.

—¿Todo bien? —preguntó Penny. Asentí.

—Sí, gracias.

Volví directamente a mi despacho y cerré la puerta. Durante un momento me quedé allí de pie, leyendo y releyendo lo que ponían

los papeles, hasta que las letras empezaron a emborronarse por el rugido de mi presión arterial disparada en los oídos. No me lo podía creer. Joder. Esa mujer… Negué con la cabeza. Claro que haría algo así. Su desfachatez no conocía límites, y estaba convencida de que era ella la agraviada porque la rechacé. Hasta tenía su retorcido, asqueroso sentido. Tenía que hablar con mis abogados de inmediato.

Me senté en la mesa y marqué el número directo del jefe de mi equipo legal. Holly Jones, la fascinante, inteligente y preciosa mujer ante la que había hecho el ridículo la única vez que nos habíamos visto. Contestó su asistente.

—Despacho de Holly Jones, soy Rena, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Ford Branson. Necesito ver a mi señorita Jones inmediatamente. Hoy, si es posible. Es urgente —dije.

—Claro, doctor Branson, puedo mover una reunión de su agenda y podrá verle esta tarde.

—Gracias. Normalmente no le pediría que cambiara su agenda ni que me colara, pero…

—Es una emergencia. Usted es médico, así que seguro que sabe que estas cosas pasan. Nos encanta adaptarnos a nuestros clientes cuando tienen una necesidad urgente. Le verá a las dos.

Justo al colgar, entró Ashley.

—Un segundo —dije, y marqué la extensión de Penny para decirle que reprogramara todas mis citas de la tarde porque iba a salir de la consulta.

—¿Qué ha pasado? Penny ha dicho que había un tipo que te ha entregado unos papeles.

—Mira tú misma —dije, empujando el sobre hacia ella.

Ashley echó un vistazo a la primera hoja y abrió mucho los ojos.

—Sabía que esa mujer iba a darte problemas. Dime qué puedo hacer para ayudar. Esto es…

—Gordo, lo sé. Y aunque sea completamente inventado, tiene dinero e influencia de sobra para comprarse a un juez si le hace falta.

—Lo siento muchísimo, Ford.

—Yo también. Siento no haber hecho caso a las advertencias ni haberla mantenido lejos desde el principio. A ver si mi abogada

puede hacer algo.

—Sí, acabas de contratar a una nueva. Esperemos que sea tan buena como dicen.

—Con lo que les pago solo por tenerlos de retén, más les vale —dije con amargura—. Si la señorita Jones es aunque sea la mitad de pitbull de lo que dijo su jefe, no debería haber problema.

—Ojalá tengas razón —dijo—. Dime solo qué puedo hacer.

—Tengo cita para esta tarde. Sabré mejor cómo proceder después de eso. He pedido a Penny que cambie todo lo que tenía para el resto del día, así que tómate la tarde libre. Dile a Penny que desvíe todas las llamadas al servicio de atención telefónica. Deberíais iros las dos a disfrutar del sol.

—Se lo diré. Gracias —dijo.

Tenía un nudo de vergüenza enferma en el estómago, horrorizado de estar siquiera metido en algo así. No creía en absoluto que las denuncias falsas de conducta sexual indebida fueran frecuentes y, estadísticamente, las víctimas decían la verdad aunque las autoridades fueran a menudo escépticas. Esta era la excepción que hacía que la gente especulara que todas las víctimas eran unas mentirosas en busca de atención. La mujer que lo tenía todo y decidió castigar a cualquiera que no se plegara a su voluntad. Negué con la cabeza. Mi reputación, mi consulta, todo estaba en juego ahora.

Con la cabeza entre las manos, me quedé allí sentado, paralizado, esperando simplemente a que llegara la hora de ir al despacho de abogados y averiguar cuál podía ser mi destino. Por mucho que hubiera ido de sobrado la primera vez que nos vimos, no dudaba de que la señorita Jones defendería bien mis intereses. Su energía y empuje eran palpables, y hasta un equipo de élite al servicio de los Striker debería temblar ante la idea de enfrentarse a ella en un juicio.

Yo no quería ir a juicio. Quería esconderme y no volver a dar la cara jamás. Aunque mi equipo y mis amigos sabían que yo jamás haría algo así, mis otros pacientes, mis posibles pacientes, se lo preguntarían, y quizá empezaran a sentirse menos cómodos llamándome a sus casas o viéndome, punto. Esto podía ser

devastador. Me sentía como un rehén, como si estuviera sitiado. Con un poco de suerte, Holly Jones obraría su magia.

CAPÍTULO 13

HOLLY



Cuando Rena dijo que mi cita de las dos ya estaba aquí y que había pasado mi reunión a una llamada de Zoom más tarde, alcé las cejas. Cuando Ford Branson entró, tuve que decirles a mis cejas y a mi ritmo cardíaco que se calmaran. Estaba un poco molesta, porque no estaba en mi agenda y esperaba que no hubiera venido a flirtear o a «conocerme mejor» porque algún día, en un futuro lejano e improbable, yo fuera a representarlo. No quería que mi asistente tuviera que reorganizarme la agenda para acomodar los caprichos de un médico egocéntrico. Señalé con la barbilla la silla para invitados y él se sentó, con un sobre en las manos. Lo estaba apretando tan fuerte que el papel ya estaba arrugado.

Con solo mirarle la cara, la idea de que fuera una visita frívola salió volando por la ventana. Tenía el rostro demudado, sus rasgos guapos tensos por la angustia. Estaba a punto de ofrecerle una botella de agua y preguntarle qué pasaba cuando se levantó de un salto y empezó a pasearse por el despacho.

—Te pido disculpas por exigir una cita hoy y hacer que tu asistente tenga que reprogramar cosas. Ha llegado esto.

Miró el objeto que tenía en la mano con auténtico odio y cruzó mi gran despacho revestido de paneles de madera en tres largas zancadas.

Estaba claramente alterado y no podía quedarse quieto. Intentaba ordenar sus ideas para poder explicarme qué tenía de tan urgente. Le concedí un pequeño punto a su favor por empezar

disculpándose por las molestias a mi personal: demostraba más consideración de la que le habría atribuido. Eché un vistazo al móvil, que estaba boca abajo en la base de carga, y me resistí al impulso de cogerlo, de mandarle un mensaje a Susie diciendo que el cliente al que, según ella, yo estaba espiando acababa de aparecer en mi despacho y necesitaba mi ayuda. Mantuve las manos entrelazadas sobre la mesa, delante de mí, y esperé.

Por fin, Ford dejó el sobre arrugado sobre mi mesa.

—Me han notificado con unos papeles de una paciente a la que solo he visto una vez. Una a la que no pensaba seguir tratando por lo que ocurrió en esa única consulta. Hice algo que la ofendió y ha exagerado las cosas hasta convertirlas en cargos contra mí. No sé qué hacer. Espero que puedas ayudarme.

Dicho eso, como si decirlo le hubiera vaciado de fuerzas, se desplomó en el sillón orejero de cuero frente a mí.

—Antes de que vayamos más allá, quiero recordarte que estás protegido por el privilegio abogado-cliente y que, por tanto, no voy a revelar nada de lo que me cuentes, incluso si incluyera una confesión de culpabilidad —inspiré hondo—. A cambio, lo único que te pido es total sinceridad. No me gustan las sorpresas, y menos en sala si llegamos a juicio. Si hay algo de verdad en esto, cualquier cosa que te sentirías más cómodo dejando fuera de tu versión, tienes que decírmelo.

Me sostuvo la mirada, fijo, con ese aire atormentado. Era tan guapo, y tenía tantas ganas de pasarle el pulgar por el surco preocupado que se le marcaba entre las cejas para alisárselo.

—Te lo contaré todo. Estaba jugando al golf con un amigo en el club, cuando una mujer de unos cincuenta años se me acercó y dijo que quería un médico nuevo. Le di mi tarjeta y mi enfermera le concertó una cita. Cuando llegamos a su casa, nos hizo esperar y actuaba de forma extraña, como si fuera una visita social. Puso mala cara cuando vio que Ashley, mi enfermera, venía conmigo y dijo que pensaba que iba a ir solo. Le expliqué lo de la responsabilidad civil, la seguridad y la comodidad del paciente y todo eso. Tampoco iba vestida como yo esperaba…

—¿Cómo iba vestida?

—Casi sin nada. Llevaba una bata, supongo que la llamarías así, con unas mangas enormes que rozaban el suelo y parecía sacada del Hollywood clásico—una bata exageradísima que era completamente transparente.

—Ya veo. ¿Y qué llevaba debajo?

—Nada —dijo, y se aclaró la garganta.

—¿Cómo van normalmente vestidos tus pacientes cuando les haces visitas a domicilio? —pregunté, para tener una base de comparación.

—Como voy a sus casas, suelen estar más o menos informales; a veces con ropa de deporte o chándal, la ropa de estar en casa de cachemira está muy de moda, y en algunas ocasiones, si el paciente está muy enfermo, van en pijama. Nunca he tenido ni un solo paciente que me reciba con ropa deportiva reveladora—ni tops de deporte, ni tíos sin camiseta ni nada por el estilo. Supongo que daba por sentado que formaba parte del contrato social no escrito que llevas algo apropiado. No lo especifiqué antes porque no pensé que hiciera falta.

Parecía un poco perdido, sin tener ni idea de las licencias que se toman algunas personas cuando se creen con derecho a todo.

—Y tu enfermera, ¿puede corroborar todo esto?

—Sí. Estuvo allí prácticamente todo el tiempo.

—¿Prácticamente? —pregunté, intentando que no se me notara el filo en la voz y, por su expresión, fracasé.

—Después de hacer varios comentarios claramente insinuantes, nos llevó a su sala de masajes para la exploración. Estaba en penumbra, con velas y música, y una camilla grande acolchada… Tendría que haberme ido entonces. Tendría que haberle dicho que se estaba haciendo una idea equivocada y marcharme. Pero no quería ofenderla, y pensé que quizá era verdad que tenía un masaje en una hora. Le examiné la espalda, que era donde decía que le dolía. No vi signos de dolor y pensé que simplemente estaba sola. Había estado tomando unos analgésicos antiguos y, cuando le pregunté cómo se llamaban, dijo que estaban en el cuarto de baño, al otro lado de una puerta, y mandó a Ashley a por ellos.

—Así que tu enfermera salió de la sala. ¿Durante cuánto tiempo dirías que estuviste fuera de su campo de visión directo?

—Como mucho, un minuto y medio —dijo.

—¿Qué pasó?

—La paciente se abrió la bata y se quedó con los pechos al aire delante de mí. Los pechos. Me aparté de ella al instante, eché el cuerpo atrás, levanté las manos para que se viera que no la estaba tocando. Estaba tan en shock que no sabía qué hacer. Nos marchamos en cuanto pudimos y yo no hablé de ello con Ashley. Ella sabía que pasaba algo raro, pero le dije que la paciente era solo una mujer muy sola y que la derivaríamos a otra persona. Tendría que haberle contado exactamente qué llevó a eso, a que entrara y nos viera allí de pie, pero me daba vergüenza.

—Lo entiendo, aunque no es lo ideal. Sin embargo, no es raro que las víctimas de acoso sexual intenten minimizar lo ocurrido y se sientan demasiado incómodas como para hablar de ello. Yo no me preocuparía demasiado por eso. Lo que me estás contando es que esta mujer mayor y rica fue la agresora, y ahora te acusa a ti de mala conducta, ¿correcto?

—Exactamente.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Sí —dijo, con un suspiro que casi fue un gemido—. El otro día me vio por casualidad en una comida y volvió a intentar tirarse encima de mí. Cuando la rechacé, fue cuando me dijo que lo lamentaría.

—Rechazaste sus avances y ella te amenazó. ¿Lo vio alguien más?

—No. Estábamos en un pasillo. Me siguió hasta el baño de hombres y se quedó esperando fuera de la puerta.

Miraba hacia sus manos, como si estuviera avergonzado. Sentí por él una oleada de compasión inesperada y estuve a punto de decírselo. En vez de eso, esperé a que continuara.

—Me besó, esa vez. Yo la aparté—no de forma violenta, solo le agarré los brazos y le quité las manos de encima. Le dije que no y que me dejara en paz. Fue entonces cuando dijo que me arrepentiría. Supuse que lo que iba a hacer era decirle a toda su red

de amigos ricos que buscaran otro médico. Sabía que así podía hacer daño a mi consulta, pero nunca se me ocurrió que llegara tan lejos.

Asentí y señalé el sobre.

—¿Puedo?

—Sí, total… —dijo.

Saqué los papeles del sobre arrugado y les eché un vistazo. Yvonne Striker era la demandante. Eso sí que me hizo alzar las cejas. Yo había estado en el club el día que ella lo siguió hasta el pasillo, y eso debía de ser la razón de que él saliera tan deprisa del restaurante. Mi clienta me había dicho que Yvonne Striker tenía bastante fama en el club.

El Dr. Branson estaba metido en un buen lío. Notaba cómo el cerebro se me ponía a toda velocidad mientras repasaba mentalmente todos los casos recientes de acusaciones de acoso en el condado de Los Ángeles, hojeando mis archivos mentales en busca de precedentes que pudieran ayudarnos a evitar llegar a juicio. La mujer probablemente era una experta en demandas sin fundamento y tenía el suficiente peso como para impulsarlas y destrozar vidas. Pero no contaba conmigo, ni con que yo no iba a dejar que se llevara por delante a mi cliente sin plantar batalla, y de las buenas.

CAPÍTULO 14

FORD



—Te has metido en un buen lío con esta mujer, pero aparte de haber sido un poco más cauto, no hay nada que pudieras haber hecho para evitar caer en esta trampa. No queda muy bien que te plantaras en la situación pensando que no pasaba nada raro —lo que te hace parecer o bien arrogante o bien un pardillo total—, pero eso es lo peor que se puede decir de ti. He ganado muchos casos en los que mis clientes estaban bastante implicados en conductas inapropiadas o en circunstancias mucho más ambiguas.

—¿Has ganado contra una parte contraria tan rica y tan prominente como los Striker? —pregunté con un escepticismo comprensible.

—Soy la mejor que hay —me dijo, y su seguridad era a la vez chocante y profundamente tranquilizadora—. Es una situación difícil, y puede complicarse desvincularte de ella, pero no creo que me cueste demasiado conseguir que desestimen la demanda. La mujer tiene toda una reputación. He oído hablar de ella, y ni de lejos soy miembro del country club ni de ese círculo social. Cualquier abogado razonable entenderá el riesgo de que su patrón de conducta quede al descubierto públicamente, así como la probabilidad de que un juez sensato mande el caso a la mierda. Si sospecho que alguien ha tocado al juez, pediré un cambio de jurisdicción. Y estoy perfectamente dispuesta a hacerlo tantas veces como sea necesario hasta conseguir una vista justa, en caso de que esto siguiera adelante, cosa que creo que solo ocurriría en un escenario extremo.

Mientras tanto, quiero los nombres y datos de contacto de cualquiera que pueda corroborar tu versión, cualquiera que estuviera presente cuando hablaste con ella o sobre ella. Haz capturas de pantalla de los mensajes de texto que hayáis intercambiado o de los correos y mándamelos, junto con cualquier comunicación que hayas hecho al hablar de ella, ya sea personal o profesional.

Debí de poner mala cara, porque se inclinó un poco hacia delante.

—Puede parecer intrusivo, doctor Branson, pero necesito acceso a todo elemento que pueda caracterizar tu relación con la demandante. Me ayuda a tener una imagen completa de la situación desde tu punto de vista para poder plasmarla en los escritos y conseguir que se archive la demanda. Si puedo decir: "tengo páginas y páginas de mensajes de texto que dejan claro que la relación de mi cliente con la demandante estaba lejos de ser cordial, y mucho menos ilícita", entonces puedo hacer que los otros abogados suden. Me encanta hacerles sudar, y tener pruebas en la manga es mejor que un farol.

Asentí.

—Nunca tuvo mi número personal —hasta se quejó por eso—. Así que no hay mensajes. Contacté con un amigo mío, un colega, para hablar de ella. Me dijo que tuviera cuidado, y cuando le pregunté qué quería decir con eso, me mandó un mensaje diciéndome que estaba loca. ¿Quieres eso?

—Lo quiero absolutamente. Prueba de que un colega médico intentó advertir a mi cliente sobre la demandante, de que sus motivos eran sospechosos o su comportamiento errático, que no era de fiar… eso es oro puro —sus ojos se iluminaron con picardía. Casi se me escapó una sonrisa, lo cual, dado mi estado de miseria, ya era decir.

—Doctor Branson…

—Ford, por favor —dije.

—De acuerdo, Ford, intenta no agobiarte por esto. Sé que probablemente sientes que te tienen de rehén, tu vida, tu reputación y tu consulta. He lidiado con acusaciones falsas antes, la mayoría eran básicamente intentos de extorsión. En este caso, ella va a por

tu reputación y quiere castigarte. Lo que vas a hacer es irte a casa, servirte una copa, mandarme todo lo que tengas relacionado con esa mujer excepto sus historiales médicos. Dame los datos de contacto de tu personal. Luego déjame revisarlo todo y elaborar una estrategia definitiva. Ahora mismo, con solo una imagen incompleta de la situación, lo que quiero hacer es documentar la multitud de razones por las que esta demanda es frívola e infundada para poder pedir que se desestime y, al mismo tiempo, presentar una contrademanda por difamación, pérdida de ingresos y daños emocionales. Si ella quiere venir con gilipolleces, le vamos a devolver las gilipolleces con intereses. El caso es que yo sí puedo probar que está difamando tu carácter, y ella no puede probar ni una puta mierda.

Esta mujer, con fuego en los ojos, con esa energía de «que venga lo que tenga que venir», consiguió captar toda mi atención. Si era capaz de distraerme del desastre profesional en el que estaba metido, me imaginaba que tendría a un juez y a un jurado comiendo de la palma de su mano cuando tomara la palabra. Era dominante y elocuente, lista como un demonio y sin miedo. No solo sabía que estaba en buenas manos con ella como mi abogada, también notaba una tensión de necesidad, densa, en lo más bajo del vientre, sentía cómo la atracción que me provocaba se disparaba a toda máquina.

«Solo es gratitud; te alegra que se esté encargando de la demanda. No te líes pensando que es algo más. Aquí no hay nada que hacer, echa el freno.»

Advertirme no parecía servir de nada. Nunca hacía caso a nadie cuando se me metía algo en la cabeza. Terco como una mula, decía mi padre cuando yo era pequeño. Esa cabezonería me había llevado a terminar la carrera de Medicina con honores y me había ayudado a construir una carrera tremendamente exitosa. Una carrera que no pensaba permitir que nadie desmontara por unas acusaciones inventadas de mala conducta.

—Además de todo eso, voy a necesitar una declaración completa grabada por tu parte. Podemos hacerlo por Zoom si quieres. Y también tienes que mantenerte con la nariz al cien por cien limpia desde ahora hasta que esto se resuelva.

—Mi nariz ya está limpia —dije, algo molesto por la insinuación.

—Quiero decir que ni siquiera una sonrisa coqueta a la barista de la cafetería. Considérate un monje hasta que esto se acabe. No recurras al encanto, no le hagas cumplidos a nadie, por inocentes que parezcan. Tienes que estar por encima de toda sospecha.

—¿Eso es siquiera posible? —exigí.

—Sí —dijo, con cierta acidez—. Finge que eres una mujer que necesita un ascenso pero que no puede ni arriesgarse a dejar que alguien le abra la puerta, porque todo el mundo dirá que se ha acostado con quien haga falta para llegar arriba.

Carraspeé.

—Eso ha sonado sospechosamente concreto.

Las chispas entre nosotros me distraían, la forma en que era contundente y estimulante incluso cuando saltaba a la mínima. No podía apartar la mirada de ella, tan guapa y tan intrigante para mí.

—Pido disculpas. Ha sido poco profesional por mi parte —dijo enseguida, enderezando unos papeles que ya estaban perfectamente alineados, como si estuviera nerviosa—. He saltado contigo y he señalado la diferencia de género en las normas de conducta profesional esperadas, y eso no ha sido productivo ni educado. No volverá a pasar.

—Sé que lo he tenido fácil —le dije, bajando la voz—. No crecí siendo rico ni nada de eso, pero nunca he tenido que enfrentarme al acoso sexual ni a que nadie dé por sentado que no he tenido éxito por méritos propios. Así que es útil que lo señales —dije, y lo decía en serio, aunque también con un punto de sarcasmo, porque se había pasado de la raya.

—Yo trabajo para ti y te trataré con el respeto que un cliente se merece —dijo, con la voz firme y uniforme, como si recitara una lección.

—¿Crees que voy a ir con Bevins y Sinclair a decirles que tienes mucha lengua? —pregunté, casi riéndome solo de pensarlo—. Te quiero de mi lado, defendiendo mis intereses lo mejor que puedas. Ir con el cuento iría en contra de ese objetivo. No estoy aquí para enseñarte modales. Pero te voy a dar la misma cortesía que tú me has dado y te voy a contar otra diferencia de género. Si un hombre

me hubiera dicho algo así con ese tono, yo habría puesto los ojos en blanco, y él no habría pedido disculpas.

—Queda anotado —dijo, con voz plana—. Te prometo que no pediré disculpas la próxima vez que te diga algo borde.

—Trato hecho —dije con media sonrisa—. Gracias por hacerme un hueco hoy. Sigue siendo algo terrible, esta demanda, y no le desearía este tipo de tormento a nadie. Pero me quedo más tranquilo sabiendo que tú me representas.

Cuando me fui, intenté apagar esas chispas en mi cabeza. En casa, me serví un buen Scotch y me quedé mirando al valle. No soportaba la idea de perder la consulta y, sobre todo, la reputación que me había costado tanto construir.

Había trabajado sin descanso, manteniendo mis objetivos siempre enfocados. Había dejado pasar viajes con mis amigos, había tenido que rechazar a varias mujeres estupendas que querían relaciones más serias de lo que mi tiempo libre me permitía por culpa del trabajo. Había rechazado oportunidades que parecían aunque fuera mínimamente turbias o poco éticas. Porque quería ser el mejor y estaba dispuesto a hacer sacrificios, a evitar el camino fácil si no era lo correcto.

Hice una pausa en mis auto-felicitaciones por mi determinación y mi éxito, y pensé en lo que significaría para mí perder el buen nombre. Aunque siguiera teniendo mi licencia para ejercer la Medicina, tendría que mudarme. Habría un registro público de que me habían ganado una demanda por conducta sexual inapropiada. Cualquier consulta futura que abriera o cualquier clínica u hospital con el que colaborara estaría contaminado por esa aparente culpa en mi pasado. Me verían como alguien en quien no se puede confiar, con un criterio cuestionable. Más allá de eso, el rentable y prestigioso negocio de medicina concierge estaría cerrado para siempre para mí. Nadie quería que un depredador sexual hiciera visitas a domicilio, aunque fuera algo no demostrado y falso.

Pensé en llamar a mis amigos y preguntarles si les apetecía ir al bar de martinis, pero la idea de salir o de tener que explicarles todo esto me deprimía. En lugar de eso, me cambié a ropa de entrenamiento y descargué mi angustia contra el saco de boxeo. No

hay nada como una serie de golpes y directos fieros para desahogar la frustración. Sudoroso y cansado, me metí en la ducha, deseando poder desconectar la mente y dormir un poco.

Mientras el agua caliente caía sobre mí desde la alcachofa tipo cascada y todos los chorros de mi ducha de mármol a medida, cerré los ojos y dejé la mente en blanco. La imagen que seguía apareciendo era la de Holly Jones. Guapa y lista y con más mala leche que nadie. No solo iluminaba la sala, la tenía cautiva con la fuerza de su personalidad. Habría sido imposible ignorarla.

Solo con repasar mentalmente nuestra conversación de antes se me puso dura. Las decisiones relámpago que tomaba, su cerebro para la estrategia, el hecho de que pareciera disfrutar con un desafío… todo ello me resultaba tremendamente excitante. Mientras el agua golpeaba mis músculos cansados, empuñé mi polla y empecé a masturbarme, despacio al principio, pero subió tan rápido que era como un tren que venía de frente.

«Holly rodea su mesa para ponerse delante de mí, se ofrece a quedarse hasta tarde y explicarme punto por punto lo que tendré que cubrir en mi declaración grabada. Cuando me doy cuenta, ya nos estamos besando. Mi boca está caliente y exigente sobre la suya, separándole los labios, lamiendo su lengua. Siento sus dedos agarrar la parte delantera de mi camisa mientras inclina la cabeza para darme mejor acceso. Un escalofrío de necesidad me recorre entero cuando me muerde el labio inferior. Le agarro el muslo y la alzo, girando hasta sentarla sobre el escritorio. Exploramos la boca del otro, mis manos recorriendo su blusa de seda, mis dedos torpes y urgentes desabrochando los botones. Cuando meto las manos dentro, su piel suave quema al tacto. Le agarro las tetas con las dos manos, acariciándole los pezones duros a través del encaje del sujetador. A medida que los besos se vuelven más desordenados e intensos, sé que no puedo esperar más. Retrocedo un paso y la arrastro hasta el borde del escritorio. La giro para que me dé la espalda. La doblo sobre la mesa y le subo la falda. Me mira por encima del hombro, con una sonrisa pícara y los ojos ardiendo. Está tan jodidamente tentadora ahí, inclinada para mí, que casi me corro en los pantalones mientras bajo la cremallera.»

«En nada estoy enterrado dentro de ella. Una mano en su cadera para sujetarla, y la otra acariciando la curva perfecta de su culo. La embisto con un ritmo lento y medido que me exige toda la fuerza de voluntad. Holly gime y mueve las caderas hacia atrás para encontrarse con mis embestidas. Intenta tomar el control, marcar el ritmo, pero no llega a conseguirlo. Tengo fichadas sus respuestas, y sé que si inclino las caderas, cada embestida rozará ese punto esquivo dentro de su coño que la deja floja de placer. Pronto se me derrite, el desliz fácil de mi entrada empujándola hacia el éxtasis mientras mi propio orgasmo ruge a través de mí. Ella se une a mí en un orgasmo tembloroso que parece apretarse a mi alrededor con un agarre feroz a pesar de lo blanda, lo abundante que está en mis brazos.»

Me corrí tan fuerte que me arqueé una y otra vez contra mi propia mano. Cuando me lavé, intenté quitarme de encima la certeza de que lo que me había golpeado tan fuerte no era la idea de doblar a mi abogada sobre su escritorio y darle la vuelta a esa dinámica de poder justo cuando mi futuro profesional estaba en el aire: era ella. La idea de Holly Jones corriéndose sin remedio por mi culpa. Eso era lo que me había rematado. Tenía un kink con la pitbull sin prisioneros que era la aspirante a socia del bufete Bevins & Sinclair. Negué con la cabeza, porque ese tipo de atracción en bruto era exactamente la complicación que mi situación con esta jodida demanda frívola no necesitaba.

Eso añadió otro punto a mi lista de tareas. 1. Evitar que me declaren culpable de conducta sexual inapropiada. 2. Conservar una carrera y una reputación duramente ganadas. 3. Contratar más personal en la consulta para filtrar a los posibles pacientes. 4. No follarte a tu abogada contra la primera pared o superficie plana que tengas a mano.

Con eso bastaría.

CAPÍTULO 15

HOLLY



Tras una investigación cuidadosa, la conclusión a la que hemos llegado mi equipo y yo sobre enfrentarnos a Yvonne Striker es… no pinta nada bien. La asistente jurídica que me habían asignado y Rena habían recopilado información a través de contactos en otros despachos y de clientes que habían hecho negocios con los Striker. Así fuimos sacando algún que otro dato útil.

Por ejemplo, Yvonne y su marido tenían un acuerdo prematrimonial, pero la opinión generalizada era que, aunque él no estaba precisamente enamorado de su esposa, el marido ultrarrico prefería tenerla apaciguada antes que enfrentarse a ella en un proceso de divorcio. Es decir, que incluso el marido superrico y poderoso le tiene un poco de miedo a lo que ella pueda hacer, sobre todo si siente que la han agraviado en el proceso.

De lo que saqué al hablar con la señora Winston, que estaba en el mismo comité de recaudación de fondos que Yvonne Striker para una ONG de cáncer, fue que hacían muchas donaciones filantrópicas, especialmente si no eres muy tiquismiquis con el origen de los fondos.

—¿Me estás diciendo que blanquean dinero a través de vuestra ONG? —pregunté, boquiabierta.

—Jamás diría semejante cosa —respondió con total naturalidad, y acto seguido me guiñó un ojo. Me guiñó el ojo, literalmente. Me quedé a cuadros.

—Todo ese dinero no es precisamente limpito, si me preguntas a mí. Hay quien dice que tiene lazos con la Mafia, otros dicen que es cosa internacional, rollos de espías. Vender o comprar secretos comerciales en el mercado negro. Algo de tráfico de armas, algo de bótox mexicano mezclado con Dios sabe qué, cápsulas de oxi cortadas con una especie de hierbajo que crece en Louisiana.

—¿Drogas? —pregunté.

—Para empezar, sí. Está metido en mierda muy turbia, si me preguntas a mí, que me lo has preguntado.

—No pensaba que las señoras del country club que se pasan el día comiendo fuera hablaran así —dije con descaro.

—Ahí te equivocas. Tenemos dinero e influencia para decir lo que nos salga del coño. Y si no hubieras solucionado esa demanda de inmigración tan fea contra nuestra Marta, ni siquiera estaría hablando contigo. Es un favor. Y un placer, ya que el tipo me cae fatal y su mujer es peor. La he visto embutiendo alcohol duro a un caballerito de dieciocho años del cortejo en una boda, sacado del bar libre, e intentando arrastrarlo a la terraza de la azotea.

—Acabo de vomitar un poco en mi propia boca.

—Intervine. No soy precisamente su persona favorita. Pero no respeta a nadie ni nada, por lo que he podido ver tras años de moverme en los mismos círculos. Ni los votos matrimoniales, ni la ética profesional, ni los límites, ni el contrato social —la señora Winston sonrió—. Disfruto hablando con la impunidad de una mujer que tiene una red influyente y dinero que la respalda. Pero no uso eso para hacer daño ni aprovecharme. —Bebió un trago de vino—. Este chardonnay, por ejemplo, sabe a zumo de limón y cada botella debería usarse para bautizar barcos que esperamos que se hundan.

Solté una risita.

—Si todas fueran como tú, Ruby —dije.

—No, no quiero que todas sean como yo. Me sentiría tan vulgar —contestó—. Si oigo algo digno de mención, te mando un mensaje.

—Has sido de gran ayuda. Gracias.

—De nada. No me suelen dar las gracias por rajar de conocidos en común. Su marido tiene los contactos adecuados en todos los continentes, y ni siquiera él es tan idiota como para subestimar a su

mujer. No quieres pelearte con ella, cielo. No hay nada a lo que no esté dispuesta a rebajarse. Y me lo creo. Antes de que te ofendas, sé que eres muy lista, pero no puedes aspirar a anticiparte a su tipo de tácticas. Confía en mí. Sé que tienes un expediente perfecto en los tribunales, pero si te enfrentas a ella, tu primera derrota judicial va a ser lo de menos. Tendrás suerte si en Legal Aid te dejan hacer voluntariado cuando haya terminado contigo.

—Me retracto, Ruby. No has sido de gran ayuda. Me estás deprimiendo. Te voy a buscar un vino mejor —dije.

—No es la calidad del alcohol. Es la realidad. Me daría mucha pena verte colgada de la brocha, y no hay nadie dispuesto a declarar oficialmente contra los Striker. Ser un apestado social es el menor de los problemas.

La asistente jurídica del caso, Maddie, me dio información sobre la reputación de Striker como «hacedor de reyes» en California, un hombre cuya influencia podía catapultar o destruir una carrera según le diera el aire. Me enseñó una presentación con fotos de actores, cantantes, políticos que me sonaban un montón, pero a los que no conseguía ubicar ni ponerles nombre.

—Cada uno de ellos es una víctima del borrado total obra de nuestro amigo en común —dijo sombría—. Siguen vivos para disfrutar de la cáscara vacía de casa y de vida que les queda.

—Es como un titiritero —dijo Maddie—. No sé cómo vas a derrotarle, a él y a todos ellos, pero sé que lo harás.

Asentí, le di las gracias por su confianza, e intenté fingir que no estaba tan cagada de miedo que casi me hacía pis encima. Si su objetivo era decidir quién llegaba a lo más alto y patear hacia abajo al resto de escaladores, se iba a llevar una sorpresa conmigo.

Me gustara o no, iba a tener que ser totalmente sincera con Ford respecto a esta información. Le pedí a Rena que llamara y le dejara un mensaje para que me devolviera la llamada cuando pudiera. Inmediatamente me llamó por el interfono para decirme que él venía de camino al despacho. Negué con la cabeza. No me apetecía nada tener esta conversación cara a cara. Era más fácil dar malas noticias de forma breve por teléfono. Garabateé un par de notas y despejé el caos de papeles de mi mesa. Rena anunció su llegada antes de lo

que esperaba. Cuando entró, no pude evitarlo. Se me encogió el corazón. Estaba tan guapo como siempre, igual de alto y erguido, pero tenía un aire demacrado, unas líneas alrededor de los ojos que no le había visto antes y que delataban lo que estaba sufriendo por este maldito caso.

—Siéntate, por favor —dije, intentando mantener la voz equilibrada, un poco tranquilizadora.

—No es bueno, ¿verdad? —dijo él, más afirmando que preguntando.

—Le pedí a Rena que te llamara para decirte que tenía novedades. He aprofundizado en la investigación con la ayuda de una asistente jurídica y de algunos de mis contactos personales sobre la señora Striker —expliqué.

—Déjame adivinar, es una santa. No hay manera de que nadie crea que se ha inventado los cargos —dijo con amargura.

—Al contrario, de hecho —dije—. Es bien sabido que, digamos, acecha a su presa cada vez que hay un hombre cerca. Tiene toda una reputación de ser agresiva y muy promiscua.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó, inclinándose un poco hacia delante.

Ford tenía un destello de esperanza en la mirada abatida. Me destrozó. Lo sentía muchísimo por él. No se lo merecía. No merecía haber sido blanco de un acoso, y desde luego no merecía que lo destrozaran con acusaciones falsas. No iba a permitir que lo destrozaran. No iba a rendirme.

—En casos como este, se suele llamar a testigos que hablen del carácter para establecer un patrón de comportamiento o la reputación de la demandante y el demandado —empecé—. Su reputación es horrible, pero su marido es tan poderoso que casi nadie está dispuesto a hablar contra ella. Tienen motivos para temer represalias por su parte, profesionales o algo peor.

—¿Quieres decir que está en la Mafia o algo así? ¿Que he cabreado, literalmente, a la mujer de un mafioso? —dijo, incrédulo.

—No me atrevería a llegar tan lejos, pero tampoco podría demostrar que estás equivocado.

Suspiró.

—Lo sé —dije—. No son las noticias que quería darte. Pero esto no se ha terminado. Ni siquiera hemos empezado. Tengo toda la intención de conseguir que esas acusaciones se desestimen. Ya verás que no me rindo fácilmente.

—¿Lo ha hecho antes? —preguntó, levantando los ojos para encontrarse con los míos. No estaba preparada para el impacto de su mirada aguda, intensa, clavándose en la mía. Tragué saliva, noté el calor subir a mis mejillas. El corazón se me aceleró.

—A un óptico hace unos años que solo hizo un comentario al pasar sobre que ella necesitaba gafas de aumento por la edad —dije, procurando no hacer una mueca ante la implicación de que él la había enfurecido muchísimo más que un comentario descuidado.

—¿Le retiraron la licencia?

—No. Pero se ha ido a trabajar fuera del país, y por lo que tengo entendido, la trampa estuvo muy bien montada. Voy a hablar con un amigo mío que se dedica a vigilancia.

—¿Vas a hacer que la sigan?

—No, para nada. Voy a ver si puede colarse en las cámaras de seguridad de ellos o, por lo menos, que me diga cuáles son las señales que indican que se ha manipulado o fabricado metraje —expliqué.

—Es buena idea. Gracias. ¿Eso es legal?

—Es mejor que no me hagas preguntas de ese tipo —dije con media sonrisa.

—Estás doblando la ley para intentar salvarme —dijo—. O es muy grave, o eres extraordinariamente entregada.

—O extraordinariamente incapaz de perder —respondí con picardía.

—Solo quiero decir que valoro tu franqueza. Me estás contando toda la historia, no me lo estás maquillando para que no me preocupe.

—Te dije al principio que tenías que decirme la verdad. Puedes esperar lo mismo de mí, incluso cuando la verdad no nos deje bien a ninguno de los dos. No tengo tiempo para gilipolleces, doctor Branson. Menos mal que te gusta que te vayan de cara.

—Antes no. Era muy fan de la diplomacia y de las buenas formas. Luego metí el culo en un lío, y ahora descubro que lo que necesito es honestidad y comunicación clara. Dependo de eso. Dependo de ti —dijo, casi a regañadientes. Había bajado la mirada a sus manos. Tenía unas manos preciosas, unos dedos largos que parecían más de músico que de médico. Artísticas, grandes, pero que de algún modo transmitían capacidad tanto de delicadeza como de fuerza. Quería la fuerza de esas manos entonces, la anhelaba. No podía sacarme de la cabeza que me sentiría muchísimo mejor con todo si él me abrazara, solo una vez, y me estrechara contra él. Le aseguraría que podíamos con esto juntos, que no había nada que no pudiéramos hacer. Notaría cómo se me ponía la espalda de acero, el valor corriéndome por las venas mientras él me sostenía. Lo deseaba, deseaba eso con tantas ganas que me dolía detrás de los ojos y se me cerraba la garganta.

Ford me lanzó una mirada que me dejó claro que comprendía la gravedad de lo que le había dicho. Las probabilidades estaban en nuestra contra gracias a la influencia del señor Striker. Iba a hacer falta algo más que mi tenacidad para sacarnos al otro lado.

Tras un poco más de discusión, se levantó para irse. Le tendí la mano para despedirnos. Cuando Ford la tomó entre las suyas, apoyó la otra encima, sus manos grandes envolviendo la mía por completo, cálida y segura. No pude evitar la sensación de bienestar que me brotó en el pecho. Intenté ignorarla, pero era algo más que el chispazo de conciencia que había sentido antes. Estábamos en esta lucha juntos y, de alguna manera, me sentía más unida a él. Más de lo que tenía derecho a sentirme. Sostuvo mi mano un momento y me miró con una sinceridad desarmante.

—Ayuda saber que estoy en buenas manos —dijo—. Gracias, Holly.

Incliné la barbilla, aceptando el cumplido, insólitamente sin palabras. «¿En serio, te has quedado sin palabras?» pensé, incómoda por su calidez, por sus elogios. Sus ojos seguían fijos en los míos, sin apartarse, esperando que dijera algo. No iba a carraspear ni a tartamudear. Esa no era yo.

—Podemos con esto —dije, con mucha más seguridad de la que sentía—. Te cubro las espaldas, y voy a llamar hoy mismo a Richie, mi chico de vigilancia. Te avisaré en cuanto haya novedades.

—Gracias otra vez —dijo—. Cuando te contraté, no pensé que iba a necesitar que me cogieran de la mano, pero siendo justos, tampoco anticipé exactamente convertirme en blanco de una campaña de difamación. A lo que voy es que ya has ido mucho más allá de lo que te corresponde. Sacar tiempo para verme hoy y contarme todo el cuadro, y luego… supongo que tranquilizarme diciéndome que mi vida no se ha acabado.

Este tío me gustaba. Eso no me lo esperaba. Siempre había sido una superdotada para mantener mis muros bien altos y asegurarme de no desarrollar ni una amistad casual con los clientes. Y ahora estaba aquí, deseando abrazarle y prometerle que estábamos juntos en esto. Que nunca dejaría que le pasara nada. El revoloteo en el pecho y el nudo en la garganta me resultaban bastante inquietantes.

—Sé que eres inocente —solté de golpe.

Su expresión, por un instante, se llenó de una emoción que no supe nombrar.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Sé que estás de mi lado porque pago una provisión para que defiendas mis intereses en el juzgado. Pero saber que crees en mí, que nunca haría algo como lo que ella dice que hice, significa más de lo que imaginas —Ford parecía genuinamente afectado por mi confesión y, para colmo, yo estaba contenta por ello. Se sentía maravilloso decirle que creía en él, atarlo a mí de alguna forma, por tenue que fuera.

—Todo va a ir bien, pase lo que pase —dije.

—Eres muy amable —dijo, y volvió a desarmarme por completo, con su encanto y su generosidad—. Que creas en mi inocencia lo es todo. Y me acabas de dar algo más: la prueba de que confías en mí, de que no crees en absoluto que yo sea el tipo de hombre que intentaría aprovecharse de alguien en un contexto profesional. Creo que, en el fondo, me daba miedo que nadie volviera a confiar en mí así. Ni como médico ni como hombre. No creo que hubiera nada capaz de hacerme sentir mejor que lo que has hecho tú hoy. Así que te debo una.

—Lo único que me debes es no meterte en líos y confiar en que haga mi trabajo. Ahora, si me disculpas, tengo que hacer una llamada.

Ford salió solo de mi despacho, cerrando la puerta tras de sí. En cuanto se fue, me dejé caer en la silla y me abanqué con una carpeta. Maldito sea, este hombre iba a ser mi perdición.

CAPÍTULO 16

FORD



—He traído chino. Espero que te guste la comida china.

Dejé en la mesa dos bolsas de papel grandes llenas de comida humeante que olía a ajo. Holly llevaba gafas. No la había visto nunca con gafas. Tenía la cabeza inclinada sobre un expediente, un bolígrafo en alto sobre una banderita rosa de post-it. Garabateó algo y luego levantó la cabeza de golpe, como si hubiera olido algo delicioso en el aire. Me dieron ganas de reír, porque esa expresión ansiosa me recordó de repente a una criaturita del bosque en un dibujo animado de Disney. No me reí. Desde luego no lo mencioné, porque ya conocía lo bastante a Holly como para saber que compararla con un conejito o llamarla adorable bastaría para provocarla a la violencia.

—¿Has traído rollitos de primavera vegetarianos? —preguntó.

Empecé a rebuscar en la bolsa, preguntándome si debía fingir disgusto porque se hubieran «olvidado» de añadirlos a mi pedido, cuando ella se echó a reír.

—Porque espero que no. Saben a mierda. Yo quiero de los que llevan cerdo.

—Por un momento me has asustado. Pensaba que eras vegana.

—Soy carnívora al cien por cien —dijo, con una sonrisa que enseñaba los dientes y que aun así resultaba sexy.

—Me habían prometido una pitbull, así que me decepcionaría enterarme de que no comes carne. Podría hacer que parecieras dócil —dije.

Saqué los recipientes de cartón y estaba buscando platos cuando la vi meterse una montaña de fideos en la boca directamente del bote.

—¿Se te dan tan bien los palillos? —dije, incrédulo.

—¿Quién tiene palillos? —rió con ligereza—. He usado estos.

Alzó la mano y vi dos bolígrafos sujetos entre los dedos pulgar e índice.

—Truco de la facultad de Derecho. Tenía que comer mientras estudiaba, así que era más sencillo no soltar nunca el boli.

—¿Ni siquiera podías hacer una pausa para cenar?

—Anda ya. Tú fuiste a la facultad de Medicina. Dime, ¿cuándo tenías tú descanso para comer? —dijo con sorna.

—Touché. Creo que viví a base de bebidas energéticas, café gratis malísimo y esas barritas de proteína que saben literalmente a porexpán.

—¿Y la gente te paga para que te encargues de su salud?

—Sí, como se descubra mi dieta de los veinte me quedo sin un solo paciente —bromeé.

Luego tuve la incómoda sensación de que podía pasar de todos modos: quedarme sin pacientes y sin trabajo.

—Están increíbles —dijo, alargándome el bote de fideos.

Saqué una cuchara-tenedor de plástico de la bolsa y probé un bocado.

—Están buenísimos. En cambio, las empanadillas están blandas —dije con tristeza.

—Bah, las ahogas en salsa de soja y punto. El sodio hará que te olvides de la textura.

—Hablando de cosas que nadie debería comer… Es como echarse la sal directamente en la boca.

—Así es bastante menos delicioso. Dame los sobres de salsa de soja, por favor. No quiero discursos hipócritas sobre baja cantidad de sodio en mi despacho. La salsa de soja me hace feliz. Y tú quieres que yo esté feliz.

Le pasé los sobres con una risita.

—Vale —dijo de pronto, seria—, tenemos que hablar de estrategia.

Le dio un bocado enorme a un rollito de primavera, lo que desató en mí una idea bastante guarra que no conseguía sacarme de la cabeza. Bebí un trago de agua y volví a sentarme en su mesa. Descruzó las piernas, se inclinó hacia delante y mojó el rollito en mi salsa agridulce; luego se lamió una gota que se le escurrió por el lateral de la mano. Me entraron unas ganas intensas de agarrarle la muñeca, lamerle la salsa y después hacerle cosas que la volvieran loca hasta que acabara subiéndose a mi regazo. Bebí más agua, esperando que ayudara a enfriarme.

—Vale, dispara.

—En el country club nadie suelta prenda. Tampoco los antiguos empleados de la casa, que han firmado acuerdos de confidencialidad tan blindados que los podría haber escrito yo. Me estoy estampando contra un muro.

—¿Y el vídeo chico? Ricky.

—Richie. Nada. Su seguridad está revuelta a nivel Langley.

—¿Langley plan Virginia? ¿La CIA?

—Exacto.

—Mierda. ¿Y eso qué significa? —pregunté.

—Que ha llegado la hora de usar mi arma secreta —dijo, arqueando una ceja.

—Ah, ¿y cuál es? —la desafié.

—Tú.

—¿Yo? ¿Yo soy tu arma secreta?

—En este caso, absolutamente.

—¿Cómo?

—Vas a tener que ser tú quien encuentre a un testigo dispuesto a declarar contra los Striker.

—¿Y se supone que cómo hago eso? Cuando tú, una abogada de alto nivel y muy determinada, no has podido.

—Para empezar, como tú mismo has señalado, soy abogada. Y por si no te habías fijado, la gente no nos quiere mucho. Otra posibilidad es que tengas algún paciente o alguna enfermera leales, alguien que tratara con los Striker y que, por consideración a ti, esté dispuesto a prestar declaración. Aunque no es esa la posibilidad en la que confío.

—¿En cuál confías? —exigí.

—En ti, Ford. Puedes ser muy persuasivo.

—Sinceramente no entiendo por qué crees que yo puedo conseguir que alguien hable donde tú has fallado.

—Vale, yo no he fallado. Eso no es algo que yo haga —replicó—, y me refiero a lo obvio.

Holly me miró, evaluándome, como si se supusiera que yo sabía de qué estaba hablando.

—¿Qué?

—No te pongas modesto ahora. Recuerdo perfectamente que me dijeron que eras el mejor que había habido nunca. Me lo dijiste tú, de hecho. Lo único más legendario que tu arrogancia es tu encanto. Por no hablar de que, mírate.

—Sé que soné como un gilipollas cuando nos conocimos —admití —. Intentaba impresionarte y solté mucha mierda al azar sin pasar las palabras por el cerebro antes. Puede que se me dé bien encandilar a cuatro ricos para que hagan donativos a causas nobles, pero no es lo mismo que convencerles de que arriesguen su propia reputación para hablar por mí.

—Sé serio, Ford, al menos durante un minuto —dijo, exasperada —. Tienes pinta de poder hacer de hermano buenorro de James Bond. Eso cuenta a la hora de pedir favores. ¿No has oído hablar del privilegio de los guapos?

—¿El hermano buenorro de James Bond, eh? —sonreí.

—Jesús —dijo, negando con la cabeza, pero con un ligero rubor en las mejillas—. Pensaba que lo sabías. Básicamente creía que te mirabas al espejo cada vez que tenías oportunidad.

—Soy médico.

—Sí, un médico que parece modelo de calzoncillos. O estrella de cine.

—¿O 007? —aventuré.

—Para ya —dijo, lanzándome una empanadilla blanda en gesto de enfado juguetón.

La atrapé al vuelo y la dejé de nuevo en la caja. Pensaba que tenía pinta de James Bond. Que era guapo y encantador. Escucharla decir eso no estaba nada mal.

—Entonces, ¿crees que soy tan irresistible que la gente va a hacer cola para testificar a mi favor? Aunque los Striker se tomen la venganza más en serio que la familia Corleone.

—Si activas el encanto, no tendrán defensa. Se ofrecerán antes de saber siquiera qué les ha golpeado.

—¿Debería simplemente ir preguntando a mujeres del club? —bromeé.

—Creo que a cualquiera. No me da la sensación de que los hombres sean inmunes.

—¿Voy a tener que ofrecer favores sexuales?

—No creo que haga falta. Y, además, no ayudaría mucho a demostrar que no eres un depredador sexual si vas por ahí ofreciendo sexo de verdad.

—Cierto. Buen apunte.

—Ese es el plan, entonces. Le sacas una deposición a base de encanto a una de tus fans adoradoras.

—Necesito un método. ¿Puedo probar algo contigo?

—¿Estamos haciendo un juego de rol ahora?

—Claro. Tú eres una socia del country club sentada sola a una mesa. Yo soy yo.

—Bueno, ya estoy sentada, así que adelante. ¿Qué más tengo que saber de mi personaje? ¿Edad? ¿Estado civil? ¿Personalidad?

—Lo que tú quieras.

—Vale, me llamo Mildred, tengo setenta y siete años, me gusta beberme la comida y mirar a los profesores de tenis con sus pantalones cortos. Dispara —dijo, tan peleona como siempre.

—Mildred, qué alegría verla hoy. ¿Le importa que me siente? —dije, poniendo mi voz de médico más suave y solícita.

—Si me invitas a otra copa, adelante, siéntate —dijo.

—Hecho —respondí—. ¿Qué estás bebiendo?

—Whisky escocés single malt.

—Pero Mildred, si son las diez de la mañana —bromeé.

—A mi edad, hay que aprovechar el tiempo que te queda, guapo —carcajeó.

Se lo estaba pasando en grande fingiendo ser una septuagenaria alcohólica.

—Gracias por dejarme acompañarte. Esperaba que pudieras darme un consejo. Parece que he ofendido a uno de los socios del club y me ha metido en un buen lío. ¿Conoce a alguien que pudiera ayudarme? Busco a alguien que pueda contarme más cosas sobre Yvonne Striker.

—No busques más. Aquí me tienes.

—¿Me vas a ayudar? Mildred, gracias. Te daba un beso ahora mismo —dije, sonriendo.

—Adelante —dijo con una sonrisa ladina.

Por poco me inclinó hacia ella, por poco intenté besarla.

—¿Ves? Lo vas a hacer de maravilla. Me gusta cómo has sugerido que necesitabas el nombre de alguien que pudiera ayudarte. Le abre la puerta a la persona a la que preguntas para ofrecerse a ayudarte ella misma, les da la oportunidad de lucirse con lo que saben. Muy bien.

—Gracias. Mildred es la caña.

—Si algún día decido desarrollar personalidades múltiples, empiezo con una como la suya —dijo Holly—. Y ojalá esto fuera whisky —añadió, mirando su botella de agua.

—Te compro una copa. Demonios, a estas alturas te debo una botella entera —dije.

—No, tengo que mantener la cabeza despejada. Nunca beber en el trabajo —dijo con severidad, aunque un poco nostálgica.

—Cuando ganemos, te compro una botella del demonio.

—Me lo apunto.

—¿Había algo más que necesitáramos comentar a nivel estrategia? —pregunté.

—No, creo que ya me he quedado sin neuronas por hoy. Ha sido una semana de la hostia, Ford. ¿Podemos hablar de otra cosa un minuto?

—Claro. ¿Has leído algún buen libro últimamente? —solté.

—Trabajo y luego me desplomo en la cama y me duermo. Si tengo suerte, me quito los zapatos antes.

—Tu vida social es de locos.

—Cuando estoy con un caso, estoy casada con él. No reparto mi atención.

—¿No hay mucho tiempo para divertirse?

—Esto es divertido.

Ni siquiera estaba de broma. Su cara bonita era toda seriedad.

—¿Qué te hizo decidirte a ser abogada? ¿Espíritu competitivo?

—Además de que mi animal espiritual es un perro de presa agresivo —dijo—. Nunca he sido tímida. Siempre plantaba cara a los abusones, hablaba por la gente que no podía hacerlo por sí misma. Supongo que empezó cuando era niña. Tendría unos ocho años cuando empezaron a meterse con mi prima. No soportaba ir en el autobús escolar porque le decían las cosas más crueles y nadie se sentaba con ella, si se sentaba al lado de alguien, se levantaban y se iban. Así que aunque yo iba en otro autobús distinto, un día después del colegio me subí al suyo, me senté y me puse a escuchar; y a la primera que alguien la molestó, me levanté en el pasillo y les canté las cuarenta. Les dije que eran unos cobardes y que se iban a pudrir en el infierno por ser tan crueles con ella. Me quedé allí plantada, con las manos en las caderas, y los hice polvo. Nunca volvió a tener problemas.

—¿De verdad hiciste eso? ¿Te subiste aposta al autobús que no te tocaba solo para gritarles a los abusones?

—Sí. Era una alumna de segundo de primaria bastante peleona.

—Entonces tu prima era aún más pequeña. ¿Cinco o seis años?

—Tenía doce. Los que se metían con ella estaban en el instituto y en el último curso de primaria.

—Les gritaste a un grupo de adolescentes, ¿y nunca volvieron a molestarla? —Negué con la cabeza, alucinado.

—¿Y por qué no?

—Porque tú tenías ocho años. Podían haber empezado contigo también. O haberte pegado una paliza.

—Pero no lo hicieron. Y si lo hubieran hecho, también lo habría manejado.

—¿Manejado cómo?

—Nunchakus —me reí.

—¿Hablas en serio?

—No. No con lo de los nunchakus, por lo menos. Con lo de los abusones sí. Era grande para mi edad, pero no debía de parecer

mayor de diez años. Probablemente pensaron que estaba loca, diciéndoles que más les valía dejar a Taylor en paz o tendrían que vérselas conmigo.

—Eso requirió mucha osadía —dije.

—La requirió. Nunca he ido escasa de osadía. De sentido común, en ocasiones, sí, pero de audacia todavía no me he quedado sin.

—Bien. No sé si yo sería capaz de ese tipo de bravuconería.

—Digamos que cuando te conocí no pensé que fueras tímido precisamente —dijo con picardía.

—Creo que ya quedó claro que intentaba impresionarte. No recuerdo la última vez que hice tanto el ridículo —dije, sin añadir «por una mujer», que era la parte silenciosa de la frase—. Ojalá no recordara aquel día, o pudiera borrarlo de tu memoria.

—No te preocupes. Tengo una opinión de ti, y no se basa únicamente en el día que nos presentaron.

—Eso está bien. Odiaría pensar que juzgas toda mi personalidad por eso.

—Cuéntame por qué decidiste ser médico, ya que yo ya he largado mi historia de por qué me encanta discutir y defender.

—Bueno, desde pequeño quise ser médico. Una vez, en primaria, había unos abusones en el autobús, y les dije que si no dejaban en paz a mi prima, les hacía cirugía a todos.

Se rió.

—Gran historia, superoriginal.

—Tenía que intentarlo —dije, riéndome también—. La verdad es mucho más aburrida. Siempre me interesó la ciencia y quería una carrera en la que pudiera ayudar a la gente. La medicina encajaba de forma natural conmigo. Cuando estaba terminando la carrera me ofrecieron varias becas de investigación, pero nunca quise pasarme la vida en el laboratorio. Me gusta trabajar con los pacientes, conocer sus vidas y ayudarles a manejar sus enfermedades. Mi enfoque siempre ha sido la calidad de vida, y eso echa un poco para atrás al principio, porque en Estados Unidos solo hablamos de calidad de vida cuando se trata de cuidados paliativos o al final de la vida. No se le da suficiente importancia en la medicina general: lo

que nuestros pacientes quieren y necesitan para vivir su vida al máximo.

—Guau —dijo, sonriendo una sonrisa lenta y suave que no se parecía en nada a su mueca sarcástica—. Supongo que tienes razón. Porque si alguien dice calidad de vida, yo pienso: ah, van a dejar la quimio porque los efectos secundarios son horribles y van a aceptar que es terminal. Como cuando fui al médico por una sinusitis: cero conversación sobre comodidad o calidad. Fue como: «aquí tienes los antibióticos, tómatelos».

—¿Te dijeron que bebieras más agua, que descansaras al menos un día antes de volver al trabajo, infusiones calientes con miel?

—Claro que no. Fui en mi hora de comer. Estaba de vuelta en el despacho en una hora.

—Eso es prácticamente negligencia médica, en mi opinión. Tu salud y tu bienestar valen más que una hora. Sobre todo si te saltas una comida para ir al médico —insistí.

—A veces en la vida hay que elegir —dijo—. No quiero sonar quejica, pero no todo el mundo tiene la clase de suerte que tienen tus pacientes, así que no podemos permitirnos todos dejar el trabajo ni media jornada si somos capaces de mantenernos en pie y funcionar aunque sea un poco.

—Admito que los pacientes de mi consulta actual tienen una situación de privilegio bastante singular —dije—. Pero yo hice muchas guardias en Urgencias durante la residencia. Y trabajé como internista de hospital durante medio año como favor a un amigo de la facultad que se cogió una excedencia por duelo hace unos cinco años. La idea de una medicina de autoservicio, de entrar y salir buscando un pinchazo o una pastilla que te permita volver al trabajo antes de que te recorten el sueldo, forma parte de lo que está mal en todo el sistema.

Holly me miraba muy seria e intensa, con un calor encendido en los ojos.

—Estoy intentando hacerme socia del bufete, donde los clientes son directivos y famosos en su mayoría. Como tú, he elegido ejercer en una esfera de élite. Sigo haciendo trabajo pro bono, y he ayudado en Legal Aid desde que era estudiante. Cuanto más éxito

tengo en este puesto, más bien puedo hacer. Menos casos, más personal que haga el papeleo y presente escritos por mí, lo cual significa más tiempo libre para el trabajo que de verdad importa en vez de solo lo que paga las facturas. Sé que todo el mundo debería tener derecho a que se haga justicia, ricos y pobres por igual, pero sí que tengo algo de culpa por el trabajo que tengo y por el aún más grande al que aspiro —dijo—. No es como si pudiera ir a la reunión del instituto fingiendo que me he metido en el Cuerpo de Paz o algo así cuando mis fotos están en Insta en la afterparty de los Grammy.

Sentí algo cálido en el pecho, una especie de afinidad.

—Igual —dije con una mueca—. Pobrecito de mí, que soy rico y mis pacientes son superricos. Te entiendo. No estoy poniendo vacunas salvavidas contra la polio y el tétanos a refugiados ni nada por el estilo. No hago investigación contra el cáncer. Nada que parezca noble y beneficioso para la humanidad. Una parte de mí sigue pensando que le debo eso al mundo, que si tuve oportunidades y he tenido éxito, debería estar devolviéndolo. Ir a una zona de guerra o hacer procedimientos que salven vidas…

—No tienes que ser el Capitán América —me interrumpió. Su voz fue casi suave—. Los «tendría que» te quitan el sueño, te lo digo por experiencia. Yo lo manejo simplemente aceptándolo. Sí, quería trabajar en LA y llevar casos de alto perfil que establecieran precedentes sobre propiedad intelectual y acoso sexual y dejar eso grabado no solo en los libros de Ley sino en la conciencia pública. Todo el mundo sabe que los derechos de Jade se protegieron. Así que los capullos que querrían robarles a artistas que empiezan y que no tienen su dinero ni su influencia quizá se lo piensen dos veces, porque por los titulares saben que no va a salirles gratis. Me pagan mucho porque soy buena en mi trabajo y decidí ejercer en una gran ciudad donde lo que hago tiene mucho valor. No me avergüenzo de eso, y no voy a vivir en una caravana comiendo ramen para convencer a la gente de que puedo tener éxito y aun así preocuparme por los que no tienen nada.

Asentí y le dediqué una media sonrisa.

—Pero existe esa cultura, lo de tener que fingir vergüenza por ganar mucho dinero o tener un casoplón o vacaciones o lo que sea.

No que yo haga muchas vacaciones. A no ser que cuentes como vacaciones ir a dar ponencias a congresos médicos y no salir del hotel.

—Depende de por qué no sales del hotel —dijo con malicia.

Le sostuve la mirada.

—Quiero decir, puede ser como en el Caesar's de Las Vegas, que tienen buena comida, tiendas y spa, así que ¿para qué salir? O puede ser que te quedes en la habitación por motivos mucho mejores, con compañía.

—O tercera opción: que tengas tantas mesas redondas, reuniones y comidas y cócteles de «conoce al ponente» en la agenda como conferenciante principal que apenas duermes seis horas en todo el fin de semana.

—Esa es una mala razón. ¿Seis horas de sueño en todo el fin de semana? Yo insistiría en un meet and greet en un concierto o un espectáculo brutal, o quizá una mesa redonda mientras te hacen la pedicura. Se puede multitarea —rió.

—Nunca había pensado en exigir pedicuras. Seguro que los médicos jóvenes de privada y los directores de aseguradoras se morirían de ganas de meter los pies conmigo en el burbujeo de la bañera en vez de sentarse en un escenario a hacer preguntas del público.

—¿Y quién dice que no pueden hacer preguntas? Haces un Zoom desde los sillones de la pedicura. Ellos mandan las preguntas por el chat —remató.

—Tú tienes las respuestas. A lo mejor, si necesito una nueva asistente para organizar mis charlas, te llamo a ti, a ver si me negocias mejores condiciones.

—Créeme, Doc, no podrías pagar mis servicios como secretaria —rió.

—Seguro que tienes razón. Si la provisión es una indicación —dije, irónico.

—Exacto. Solo piensa lo que tendrías que pagarme si quisieras mi atención plena en vez de ser un cliente más. Solo mi adicción a las bailarinas de Tory Burch necesita al menos tres clientes para financiarse.

—¿Tory Burch?

—Prácticas pero pijas, el cuero es una maravilla y me encantan. Como te digo, no pienso llevar zapatos de plástico cutre y fingir que soy pobre. Me juego algo a que tú tampoco llevas zapatos del bazar.

—No, me gustan los buenos zapatos. Me gusta todo lo bueno, de hecho. Especialmente las sábanas. Una vez duermes en lino italiano ya no hay vuelta atrás.

—¿Lino? ¿Tienes servicio que te los planche?

—Tengo servicio de lavandería. Tampoco voy a lavar mis propias sábanas para mantenerme humilde. Deberíamos planear un día tú y yo después de que acabe el caso, cuando lo ganes, claro —dije impulsivamente—, viviendo nuestra mejor vida, sin disculpas. Salir a hacer consumo ostentoso con nuestros zapatos caros.

Sonrió ampliamente.

—Suena fabuloso. Nunca me han presentado las alegrías de las sábanas de lino italiano.

Al darse cuenta, creo que un segundo tarde, de lo que había dicho o insinuado, se le sonrojaron las mejillas y abrió la boca. Holly negó con la cabeza, horrorizada.

—No quería decir que tú…

—Fueras a recomendarme más textiles de gama alta? A mí también me gustan las toallas buenas. No cunda el pánico. El que te está invitando a un día salvaje de compras de lujo, alta gastronomía y cualquier otra experiencia top que se nos ocurra soy yo. Tengo un amigo que puede meternos en el mejor bar de martinis que hayas visto nunca. Uno de mis pacientes tiene un equipo de globos aerostáticos de carreras y un coche de Fórmula Uno, por si te apetece montar en cualquiera de los dos…

—¿Globo aerostático? Eso tiene que ser precioso. ¿Dónde?

—En Napa. El hangar está en un terreno al lado de su viñedo.

—¿Viñedo? Me gusta el vino. Debería hacerlo, ¿sabes? Ir un fin de semana a Napa, visitar bodegas, hacer picnic y montar en globo. Tengo el dinero. Probablemente podría sacar el tiempo. Me has hecho pensar que no me he ido de vacaciones desde que me cogí treinta y seis horas para la baby shower de mi mejor amiga en casa de sus padres en Santa Barbara.

—¿Y eso fue hace poco?

—El crío tiene cuatro años ya —rió.

—A lo mejor va siendo hora. Antes de que tus próximas vacaciones sean la graduación del instituto del niño.

—Creo que tienes razón.

Sonreí para mis adentros y pensé que eso era lo que se sentía como conexión. La emoción del entendimiento mutuo, del vaivén de gustos e intereses compartidos que se encadenan cuando conoces a alguien y simplemente encajáis. No había sentido eso en muchísimo tiempo, no desde que mis amigos y yo nos conocimos en la facultad de Medicina y supimos al instante que estaríamos en la vida de los otros para siempre, cubriéndonos las espaldas, metiéndonos caña por nuestras decisiones estúpidas, todo eso. Los de siempre, pase lo que pase.

Holly había tenido razón al decirme que mantuviera las manos quietas, que no hiciera ni un comentario de coqueteo. Porque las implicaciones de desearla, de verla no solo en una capacidad profesional sino como alguien en quien podía confiar, con quien podía bromear y a quien podía confiarle cosas, alguien a quien quería besar, desnudar y con quien quería despertarme… esas implicaciones eran complicadas, espinosas, y hacían que las acusaciones falsas parecieran más creíbles si yo estaba dispuesto a cruzar líneas éticas con alguien con quien trabajaba. Había una sensación de que no estaba bien, el riesgo de dar la impresión de que no podía mantener una conversación profesional con una mujer, ni como médico ni como cliente de servicios legales, sin intentar tirármela. Las apariencias eran nefastas. Solo un idiota arriesgaría su reputación, ya en entredicho, intentando ligarse a su abogada en un momento así.

Solo tenía que asegurarme de no convertirme en un idiota de esos. Lo cual era más fácil decirlo que hacerlo.

CAPÍTULO 17

HOLLY



—Oye, ya sé que estás liada, pero Bevins quiere que vayas a su despacho en cuanto tengas un momento —dijo Rena por el interfono.

—Código de socio para «trae tu culo aquí ahora mismo» —dije con una sonrisa—. ¿Qué le voy a hacer? Mis consejos son indispensables. No puede esperar.

—Como vuelva a ser lo de qué asientos de cuero ponerle al barco… —dijo Rena, y casi podía verla poner los ojos en blanco.

—No, yo tampoco tengo ni idea de cómo un hombre que no es capaz de tomar una decisión tan simple ha llegado a la cúpula de uno de los bufetes más importantes de la Costa Oeste —le dije mientras guardaba el archivo y cerraba la aplicación—. Estaré en su despacho. Si pasa algo urgente, me lo pasas allí.

—Treinta minutos, ¿verdad? —dijo Rena.

—Ajá.

Mi fiel asistente tenía instrucciones claras y permanentes de hacerme una señal para cortarme y que no me quedara atrapada escuchando uno de los largos y repetitivos relatos de pesca de Roger. Si era una reunión sobre un caso o algo relacionado con el negocio, no me llamaba allí, pero si era una de estas cosas de «ven a mi despacho», significaba que estaba aburrido. Perdí tantísimo tiempo en mi primer año en el bufete sentada educadamente, aguantándolos, que luego acababa trabajando un montón de noches hasta tarde para ponerme al día. Eso, sin embargo, solo sirvió para

alimentar aún más mi ambición. Si un socio tenía tiempo para sentarse a contar batallitas interminables, yo quería ese trabajo.

Crucé el despacho de Bevins con paso decidido, asintiendo a su secretaria, una especie de bulldog llamada Linda, que me hizo un gesto para que pasara. Cuando entré, Roger me indicó que tomara asiento. Obedecí y me senté, expectante, mientras se aclaraba la garganta.

—Me alegra verte, Holly. Solo quería hacer un hueco en mi apretada agenda —dijo.

Intenté no sonreír con sorna, sabiendo que probablemente acababa de despertarse de la siesta.

—Para decirte lo satisfechos que estamos en Bevins Sinclair con tu rendimiento en nuestro equipo. Has avanzado mucho desde que empezaste.

Parecía encantado consigo mismo tras aquel discursito.

—Gracias —dije—. Ha sido un placer aprender de ti y también de Edward.

—Ed y yo estuvimos hablando ayer —se rió entre dientes— y sacó a colación el acuerdo Winters-Harlow.

—Era nueva —dije con una sonrisa sarcástica hacia mí misma—. No quería llegar a un acuerdo extrajudicial. Quería patear culos. Hacer llorar al demandante delante del juez, si era posible.

—Esa es mi chica —dijo con cariño—. Estabas convencida de que llegar a un acuerdo era lo mismo que perder un caso. No estaba seguro de que creyeras que podrías volver a asomar la cara por aquí si no llevabas todos los asuntos a juicio y los ganabas.

—Sigue sin gustarme —confesé en tono juguetón—. Llegar a un acuerdo es como admitir que quizá no tienes un caso lo bastante sólido o la habilidad suficiente para ganar ante un juez.

—Vamos a ver, Holly, sabes que la vía contenciosa es cara y consume muchísimo tiempo. La mayoría de los clientes prefieren quitarse de encima cosas así. Llegar a un acuerdo —que tiene que redactar, negociar y encauzar un abogado competente— es precisamente donde entras tú, ahí es donde está la gloria. Que mantuvieras los nombres fuera de los titulares y cerraras el asunto discretamente minimizó las consecuencias para las familias y las

carreras implicadas. Aunque Winters no hubiera hecho nada malo, le ahorraste cientos de miles de dólares en honorarios legales, además de meses de angustiosas fechas de juicio, recursos y resoluciones, de la vergüenza y la ansiedad que conlleva que la parte contraria te interrogue en audiencia pública, dejándote como un mentiroso y un charlatán… —se venía arriba con el tema.

Aquello era peor que escuchar una vez más lo enorme que, según él, era el pez que había pescado hacía treinta años. Era una de esas batallitas incómodas en las que yo había cedido a la insistencia de mis jefes y había cerrado con un acuerdo un caso que sabía que podíamos ganar. Tuve que convencer al cliente aun cuando iba contra mi propio mejor juicio. Y eso me dejaba mal sabor de boca incluso años después.

—Winters no hizo nada malo —señalé, incapaz de contenerme—. Pero estoy segura de que tienes razón y en ese caso fue beneficioso para todas las partes llegar a un acuerdo.

—Aprendiste una lección valiosa en el proceso: que un acuerdo también es una victoria en sí misma. Puede que no te permita lucirte tanto, pero hace el trabajo. El ejercicio privado de la abogacía, como cualquier negocio, se basa en la eficiencia, en cómo prestar el mejor servicio al mayor número posible de clientes. Si malgastas meses o incluso años persiguiendo un juicio en un asunto que podrías haber resuelto con un acuerdo en seis semanas, estás abusando de los recursos del despacho y del talento de tu equipo solo por puro ego.

Sentí la reprimenda escondida en sus palabras y me mordí una réplica defensiva. No tenía nada que contestar a eso. Yo no desperdiciaba recursos ni tiempo por pura vanidad. Era competitiva y me encantaba ganar, y era jodidamente buena en mi trabajo. Le había hecho ganar millones al despacho y había elevado aún más nuestro perfil con mi victoria en el caso de Jade. No tenía ningún motivo para reprocharme nada. Decidí que lo mejor era esperar y ver por dónde iba a torcerse aquella conversación que yo había esperado que fuera agradable pero tediosa con mi jefe.

—¿Cómo va el caso Branson? —preguntó, cambiando de tema con demasiada ligereza.

Por lo general, aquel hombre no mostraba el menor interés por los asuntos que llevaba el despacho salvo que estuviera directamente implicado. Siendo más precisa, a estas alturas apenas se interesaba siquiera por sus propios casos. Así que la pregunta me encendió todas las alarmas.

—Sigo en la fase de obtención de pruebas. Estoy buscando declaraciones formales de un par de personas del entorno de la demandante.

—Parece que se está alargando —musitó.

Sabía que con eso quería llegar a alguna parte; se le notaba. Mantuve la expresión y la voz tranquilas y amables.

—Tienes razón —dije con una pequeña sonrisa—. Pero, si recuerdas, en el caso de Jade tardamos meses en reunir y corroborar las declaraciones de todas las partes implicadas, además de las de los testigos sobre su reputación.

—Eran artistas, algunos de ellos de gira internacional, ¿no? —preguntó.

Había estado prestando más atención de lo que pensaba. Me reproché haberlo subestimado siquiera un poco.

—En algunos casos, sí. En otros, lo que había era reticencia a verse implicados en un conflicto entre dos partes poderosas. A menor escala, esa misma cerrazón está en juego en el caso Branson. O en el caso Striker, si prefieres llamarlo así, ya que las acusaciones vienen de su bando.

—Daría igual cómo lo llamáramos si ya estuviera arreglado —soltó, sin rodeos.

Me sorprendió, sobre todo teniendo en cuenta que él y Edward me habían puesto al frente del equipo en la defensa de Ford por mala praxis. Si hubieran querido a una rellenapapeles que prefiriera burocracia a abrir la boca en sala, podrían haber asignado el caso a otra persona.

—Tenía entendido que el cliente quería combatir enérgicamente los cargos porque no tienen ningún fundamento —dije con tono uniforme, procurando centrarme en el servicio al cliente y no en mis ganas de hundir a Yvonne Striker.

—Eso lo dicen todos al principio. Luego la cosa se vuelve abrumadora y horrible y lo único que quieren es que se acabe. Ahí es cuando cambias de rumbo y empiezas a buscar un acuerdo con la parte demandante, Holly. En esta ciudad hay pesos pesados cuyos nombres no llegarías a oír nunca, gente que no sale en las galas de premios ni aparece en las noticias. Pero cuando ellos hablan, se les escucha a la primera. Eso se llama saber cuándo estás metida en algo que te supera. Por lo visto, todavía hay cosas que tenemos que enseñarte.

—Tengo muchísimo que aprender de Edward y de ti, Roger. Lo sé y te lo agradezco. ¿Te ha contactado el cliente para hablar de un cambio de objetivos en el caso? —pregunté, rezando para que dijera que no.

Si Ford había llamado a mi jefe para quejarse de lo que estaba tardando el proceso, me iba a poner a gritar.

—No. Simplemente sé leer el ambiente. Por mis años de experiencia levantando este despacho hasta convertirlo en el titán que es hoy, puedo asegurarte de que Ford Branson quiere acabar con esto. Que desaparezca —dijo Roger con un tono seco, muy distinto de su habitual forma locuaz y anecdótica de hablar.

—Un acuerdo en este asunto haría que Ford pareciera culpable y destrozaría su reputación profesional para siempre —protesté, con un mal presentimiento que me encogía el estómago.

Roger hizo un gesto con la mano, como si mi objeción fuera una mosca molesta.

—Limítate a hacer lo que tengas que hacer para que esto desaparezca con el menor ruido posible. Es la única manera de servir al cliente a estas alturas —dijo, con un tono firme y casi de advertencia.

Lo miré fijamente, notando cómo mi expresión pasaba de la incredulidad a la resistencia sin que yo pronunciara una sola palabra. No pensaba dejar que un socio que en los últimos cinco años había pasado más tiempo echando la siesta en su lancha de pesca que en una sala de vistas me diera lecciones sobre cómo llevar un caso.

Una oleada de desconfianza hacia su criterio me invadió. Por mucho crédito y deferencia que me gustara conceder a mis jefes, en

esto no iba a ceder. Puede que Roger quisiera un acuerdo por los chismes o por las repercusiones sociales. Yvonne podía tener agarrados por el cuello a todos sus conocidos y empleados a base de miedo, pero había otros, gente a la que podía interrogar si me daban tiempo. No estaba preparada para rendirme en esto, ni con Ford ni con su reputación.

Él mismo había dicho que para él significaba muchísimo tener a una abogada que creyera en su inocencia y estuviera dispuesta a pelear. No pensaba agachar la cabeza y pactar si eso iba contra mi código moral. No había manera de que Striker aceptara un acuerdo sin una admisión de culpabilidad, y eso arruinaría para siempre el buen nombre de un médico. Este era mi caso. Yo era el pitbull, la mejor en el negocio. Y no arrojaba a mis clientes a una fosa de víboras.

CAPÍTULO 18

FORD



Mi sesión de entrenamiento me llevó más tiempo de lo normal porque estaba distraído. El estrés de las acusaciones de mala conducta me estaba pasando factura: dormía peor y me costaba concentrarme. Aumenté la cantidad de agua que bebía y empecé a tomar melatonina algunas noches, pero tuve que resignarme a que estaba atravesando una época complicada de mi vida. Pasaría, y era mi trabajo salir de esta sin demasiados daños, usar mis conocimientos y habilidades para ayudarme a mí mismo igual que ayudaba a mis pacientes. Pegarme borracheras o saltarme entrenamientos me dañaría a la larga. Puede que arrastrara los pies cuando entré en la consulta, pero ver a Ashley rondando por la puerta de mi despacho en el pasillo mientras me acercaba no mejoró mi humor. Para empezar, parecía alterada. Y además, ella nunca se quedaba allí plantada esperándome cuando podía estar haciendo cualquier otra cosa.

—Buenos días —dije con estudiada despreocupación.

—Hola —respondió, y su voz sonó rara.

Abrí la puerta y la dejé pasar delante de mí.

—¿Qué pasa?

—Hemos tenido unas cuantas cancelaciones de pacientes. Todos han mencionado las acusaciones contra ti —dijo.

Asentí con gesto grave. Había esperado otra cosa: más confianza y fe por parte de mis pacientes, pero no los culpaba. La acusación contra mí era terrible y, si existía siquiera la posibilidad de que fuera

cierta, nadie con dos dedos de frente se arriesgaría a ir a un médico así.

—¿Cuántas?

—Todos los de hoy —dijo—. Además, han cancelado la revisión de la infección de oído del bebé de Jessica Mortimer de mañana por la mañana. Y el lunes tampoco pinta bien.

Me apoyé en el borde del escritorio y me obligué a no suspirar. No le ayudaría a mi enfermera preocupada ver hasta qué punto me angustiaban las cancelaciones.

—De acuerdo —dije—. Consideradlo un fin de semana largo, entonces. Tú y Penny os podéis ir a casa por hoy.

—Gracias. Se lo digo a Penny. Espero que mejore. Ahora la gente estará cotilleando, pero cuando se les pase el shock, tus pacientes se darán cuenta de que… —empezó, intentando animarme.

—Va a salir bien, Ashley —dije—. Intenta no preocuparte. Que tengas buen fin de semana.

La despaché así sobre todo porque no soportaba oír la lástima en su voz: le daba pena que me hubieran acusado de algo horrible y que estuviera perdiendo pacientes porque nadie creía en mi inocencia salvo Ashley, que estaba en la finca de los Striker ese día, y Holly. Inspiré hondo mientras oía al personal marcharse para el fin de semana. Hice algo de aritmética mental para determinar cuánto tiempo tenía sentido mantener la consulta abierta si esa tendencia continuaba.

Cuanto más le daba vueltas, más notaba la furia bombeándome por las venas. Yo siempre había invertido bien, y estaría bien. Mi equipo, en cambio —las enfermeras y la recepcionista, el personal de limpieza y la mujer que nos traía el *catering* tres días a la semana —, eran personas y pequeños negocios que luchaban por salir adelante y que dependían de mí. Del éxito constante de mi consulta. Esta demanda asquerosa estaba poniendo en peligro el bienestar de gente que contaba conmigo, y estaba harto. Esa tal Striker no tenía ningún derecho a amenazar a la gente buena y trabajadora que estaba conmigo. Lo que yo pudiera tolerar para mí mismo con la esperanza de una buena resolución me resultaba imposible de aceptar cuando se trataba de hacer daño a mis empleados.

Después de echar un vistazo a mis mensajes y correos electrónicos, decidí seguir mi propio consejo y volver a casa para el fin de semana. Antes de intentar nada de eso de desconectar y el autocuidado, tenía que hablar con mi abogada.

Llamé a su número directo, aunque normalmente dejaba un recado con Rena para que ella me devolviera la llamada. Las cancelaciones me habían sacudido lo bastante como para necesitar hablar con ella ya.

—Holly Jones —dijo, con voz apresurada, envuelta en los ruidos de la calle, tráfico y viento.

—Soy Ford Branson. Hay un problema del que necesito hablar contigo, si tienes tiempo hoy.

—Acabo de salir del juzgado. Tengo un rato. ¿Quieres que nos veamos en mi despacho o en otro sitio? Tardaría unos cuarenta, cuarenta y cinco minutos en llegar —dijo—. Si es urgente…

—Si te mando la dirección por mensaje, ¿puedes venir a mi casa? Te queda más cerca que Bevins Sinclair.

—Claro, nos vemos allí —dijo, y colgó.

El trayecto a casa fue un borrón. Apenas había cruzado la puerta de entrada cuando llegó Holly. Le abrí y ella soltó un silbido bajo.

—Este sitio es precioso. O sea, yo tengo un piso bonito, pero me imaginaba que vivías en una versión más grande y mejor de la casa adosada que tengo yo. Aparte de los clientes y de los socios del despacho, no conozco a nadie más que haya pegado el salto de ingresos hasta "chalet espectacular con piscina".

—Gracias —dije distraído—. ¿Quieres algo de beber?

—Son las once de la mañana —replicó con una media sonrisa—. ¿Qué pasa?

—Siéntate —dije, y me uní a ella en el sofá—. Tenía un día entero de citas programadas, de hecho, pensaba estar viendo pacientes hasta eso de las siete de esta noche. Ahora mi personal tiene un fin de semana largo libre. Porque se ha corrido la voz sobre las acusaciones de conducta indebida de Yvonne Striker contra mí. Los pacientes están cancelando sus citas a diestro y siniestro. Mi enfermera, que por cierto suele tener la cabeza muy fría, estaba prácticamente al borde de las lágrimas por esto. Y no la culpo.

Nunca les he dado a mis empleados motivos para pensar que no podían contar conmigo para proporcionarles trabajo constante.

Escupí las últimas palabras y miré mis manos, que se habían cerrado en puños.

—Al principio, simplemente estaba estupefacto de que alguien pudiera hacer unas acusaciones así contra mí. Ahora el shock se me ha pasado y, Holly, estoy tan jodidamente furioso. No creo haber estado tan cabreado con nadie en toda mi vida. A ella le da completamente igual destrozar la reputación de la gente, el sustento de mi equipo, y es desesperante.

—Tienes razón. Lo es. Yo siempre pienso que la rabia puede ser muy constructiva en situaciones así. Si puedes aprovechar ese nivel de pasión, a veces consigues que un testigo declare oficialmente y le das la vuelta a todo.

—¿De verdad crees que puedo canalizar esta rabia de prenderle fuego a un coche para convencer a la excriada de los Striker de que haga una declaración imparcial?

—Es posible, Ford. Sabes qué pinta tienes —alzó un hombro en un leve encogimiento de hombros.

Hasta levantó los ojos hacia los míos y el chispazo que sentí, ese crujido de electricidad, pareció reanimarme, devolverme a algún tipo de vida más allá de la ira quebradiza que me consumía. Me gustaría decir que la chispa entre nosotros me inspiró esperanza. En vez de eso, se parecía más al puro deseo, que ardía más que la rabia. Con un suspiro pesado empecé a recitar en mi cabeza los huesos del cuerpo humano uno por uno para no hacer lo que me pedía el cuerpo: el impulso de agarrarla y aplastar mi boca contra la suya, forzar mi lengua entre sus labios y saborearla, hundiéndome dentro hasta que se aferrara a mí y gimiera de placer.

—Es muy amable por tu parte —dije, demasiado tieso—, pero no tengo el mismo poder de persuasión que usa un tío megarrico con conexiones peligrosas para inclinar esta situación a su favor. No quiero sonar paranoico, pero sospecho que el marido de Yvonne Striker está metiendo presión a todo el mundo en su círculo social y posiblemente más allá. Sé que dijiste que era posible que intentaran comprar a un juez, pero esto es… Yo puedo darle a mis enfermeras

y al personal de oficina una indemnización por despido generosa, pero no se trata de eso. Se merecen algo mejor que ser daños colaterales en una batalla librada por una mujer vanidosa que no consiguió lo que quería.

—Que era polla. Quería polla. Por si quedaba alguna duda —dijo Holly, y luego soltó una risita por la nariz—. Lo siento muchísimo. No debería haber dicho eso, es completamente infantil. Ella es tan ridícula y toda esta situación no es más que una pataleta descomunal de alguien con demasiado poder.

La miré, vi lo mortificada que estaba por haber soltado eso, y empecé a reírme.

—Lo es. Está teniendo una rabieta porque le dije que no.

—Te pido disculpas otra vez —dijo.

Puede que yo estuviera partiéndome de risa, soltando así parte de esa ira, pero Holly estaba sentada ahí, la espalda recta como una vara, las manos entrelazadas en el regazo como si estuviera en la oficina del director esperando que la regañaran.

—A veces hago bromas cuando estoy nerviosa, pero eso no es excusa para que una abogada le hable así a un cliente. Si quieres otro abogado…

—¿Estás de broma? —dije, incrédulo—. Te quiero a ti.

Ahí estaba, lo había dicho. Puede que lo hubiera dicho como un maldito cobarde: de una forma en la que ella podía pensar que solo quería que fuera mi abogada y no que la quería a ella, cada centímetro de su piel, cada pensamiento que pasaba por su mente, cada gemido que pudiera arrancarle.

—Aprecio que confíes en mí. No volveré a decir nada inapropiado. Creo que me he permitido estar demasiado cómoda contigo. Admito que no te he tratado como a los demás clientes. He dejado que se desdibujara la distancia profesional. Hemos comido comida para llevar juntos cuando yo a los clientes solo los veo en un restaurante o en un despacho con un asistente jurídico presente. Nos hemos estado picando, y he caído en la costumbre de tratarte como a un amigo. Lo cual no es un único desliz nervioso, sino un patrón de malas decisiones por mi parte. A lo mejor estoy sobrecargada de trabajo y necesito unas vacaciones, como Susie me

dice siempre. O quizá simplemente caí en la trampa de pensar en ti de la forma equivocada, de difuminar líneas que deberían estar muy claras.

Estaba tan tensa, tan dura consigo misma. Quería cogerle la cara entre las manos y besarle la cabeza y decirle que era perfecta tal y como era. Lo cual, hablando de cosas inapropiadas en una relación abogada–cliente, no era algo que pudiera decirle.

—Creo que Striker ha llegado hasta mi jefe —dijo.

Me quedé mirándola, sin palabras.

—Bevins me llamó a su despacho, y yo esperaba una de sus estúpidas historias de pesca, pero me pilló desprevenida. Me dijo que llegara a un acuerdo en tu caso. Que no fuéramos a juicio. Que lo estaba alargando y que no era un uso eficiente del tiempo, que solo servía para alimentar mi ego.

—¿Tu ego? Creo que aquí de quien se trata es del ego de Yvonne Striker, no del tuyo. Es una barbaridad que te dijera eso —dije, indignado al instante no tanto por la sugerencia de que el despacho de mi abogada había sido infiltrado o influido por mi enemiga, sino asqueado de que su jefe hubiera insinuado que ella era egocéntrica y vanidosa. No quería pararme a pensar en lo jodido que estaba ese orden de prioridades.

—No ha amenazado con mi puesto ni con mi ascenso ni nada por el estilo. No directamente, al menos, todavía. Pero dejó caer que si no cerraba esto rápido, tenía "más que aprender" de él y de Edward. Lo que implicaba que no estaba preparada para liderar y ser socia. Ha sido la conversación más rara y surrealista que he tenido con Roger, si es que se puede llamar conversación, porque básicamente es una máquina de monólogos; era como si se hubiera preparado lo que iba a decir. Lo cual no pega nada con él. No estoy revelando secretos de Estado cuando te digo que el tío ha llegado a pedirle a Linda que le pase las llamadas para echarse una siesta. Así que, para que se meta hasta la cocina en este caso, tiene que estar pasando algo que le afecta directamente. A lo mejor le tienen su barca de pesca como rehén o amenazan con quitarle la membresía de algún club.

Lo dijo con ironía, pero pude ver que estaba dolida. Y con razón, teniendo en cuenta que su jefe y mentor estaba esencialmente presionándola para dejarme vendido en favor de los Striker.

—¿Vas a presionar para llegar a un acuerdo? —pregunté, con la tensión dejándome en suspenso como una cuerda tensa. Tendría que empezar de cero con otro despacho, y Striker podría llegar también hasta ellos. Si mi abogada quería cerrar el caso para salvar su propio pellejo, si Holly ya no creía en la verdad del caso o no era capaz de sostenerla bajo presión, no quería pensar en qué haría después. Parecía que el golpe a mi caso y a mi confianza no era la orden del jefe de mi abogada de llegar a un acuerdo. Era la posibilidad de que Holly me vendiera. Contuve la respiración esperando su respuesta.

—¡Jamás! —dijo con vehemencia—. ¿Cómo puedes pensar que te haría eso? El hecho de que Roger lo crea solo demuestra que ya no presta mucha atención en el trabajo. Yo no me echo atrás en una pelea, y aunque lo hiciera, nunca te haría eso *a ti*.

La manera en que dijo «a ti» me cortó la respiración. Como si pudiera plantearse agachar la cabeza con otra persona y redactar un cheque para evitar el juicio, pero no hacer algo que la beneficiara si me hacía quedar como culpable a mí. Intenté decir gracias o gracias a Dios. Intenté decir cualquier cosa.

En vez de eso, no dije ni una palabra. No podía, porque el nudo en el pecho me apretaba tanto que solo me quedaba esto. La única acción que sabía que no debía tomar. Lo único que quedaba por decir entre nosotros.

El desafío en sus ojos, la indomable inclinación de la barbilla y la firmeza de sus hombros. Holly estaba lista para entrar en combate por mí. El valor y la determinación que tenía dentro, esa mente afilada y esa lealtad feroz me daban la vuelta del revés. Ya ni siquiera era una elección. Era el siguiente paso evidente. Tan natural como el amanecer, tan devastador como un huracán.

No hubo vacilación, ni un movimiento tímido. Puse la palma en la nuca y cubrí su boca con la mía. Sus labios abrasaron los míos al chocar. Incliné la cabeza cuando sus labios se abrieron para mí, succionando mi lengua como si se hubiera estado muriendo de

ganas. No estaba soportando aquello con educación hasta encontrar el momento de soltarse, estaba entregada por completo. Sus manos se deslizaron por mis bíceps de una manera que me hizo alegrarme de haber seguido entrenando, mientras los acariciaba y los apretaba a modo de prueba. Flexioné. No pude evitarlo.

Solo era un beso, intenté decirme. Como si pudiera decirme nada en medio de ese torrente de sensaciones. Mi mano, que solo había pretendido sujetarle la cabeza con suavidad, ahora le enredaba los dedos en el pelo largo mientras ella se alzaba sobre mí, montándose a horcajadas en mi muslo derecho. Solté entonces su pelo y puse las manos en su cuerpo. Y qué cuerpo: todo curvas generosas y carne caliente, dulce. De alguna manera tenía las dos manos rodeando su muslo desnudo bajo la falda que se le había subido. Piel cálida y sedosa que se sentía tan jodidamente bien. Me quedé quieto, saboreando la sensación de agarrar ese muslo fuerte y dulce, sabiendo que sus reacciones contaban la verdadera historia: que Holly también me deseaba.

Entonces arranqué mi boca de la suya, y ella apoyó la frente en la mía.

—No podemos —dije, ronco.

—Lo sé… tienes razón… —jadeaba un poco—, pero si vas en serio, vas a tener que soltarme la pierna.

—No quiero soltarte —dije.

La miré directamente a la cara. No era momento de apartar la vista. Pero ella cerró los ojos, sus labios atraparon el labio inferior por un instante como si se librara una batalla dentro de ella.

—Entonces no pares, Ford. Porque no quiero que pares.

Recibí el impacto de sus palabras como un hombre hambriento que acaba de ganar la lotería, todos los botes del mundo. Porque Holly Jones, abogada implacable, no quería que la soltara. Porque era mía.

CAPÍTULO 19

HOLLY



«Tenemos que parar», insistía una voz en mi cabeza. Igual era el sentido común dando sus últimos coletazos. Igual eran mis principios profesionales que, seamos sinceras, se sostenían ya por los pelos.

Tenía las manos en mi muslo desnudo. Manos grandes, dedos largos, sujetándome la pierna, apretando un poco de una forma que debería haberme hecho entrar en pánico por la celulitis, pero estaba demasiado perdida como para preocuparme por eso. Ardía, era solo una criatura hecha de sensaciones y de éxtasis, hirviendo por dentro. Lo que de verdad me remató fue cómo se sentía su pelo cuando deslicé los dedos entre sus mechones. Porque era como seda, y olía a lima y pimienta negra, sin duda algún gel de ducha carísimo. Pero ese pelo sedoso, deslizándose entre mis dedos ansiosos, me ancló a la realidad de una forma muy poco deseada.

Estaba encaramada en el sofá de mi cliente, con sus manos metidas bajo mi falda, y mi respuesta había sido tocarle el pelo. No apartarme e insistir en que se transfiriera su caso a otro abogado. No echarme atrás, decir que había sido un error, levantarme de un salto y no volver a verlo jamás. Los expedientes se podían enviar por correo electrónico y así podía ahorrarme más humillaciones. Porque si no estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por escuchar esa voz de alarma en mi cabeza por encima del martilleo de mi sangre y de estas ganas brutales, ya estaría tumbada boca arriba. Estaba usando toda mi fuerza de voluntad, toda mi cabezonería para

despegar mi boca de la suya. Y aun así, aunque lo hice, aunque me aparté, sentí la pérdida de su calor, de su lengua, de su sabor y de lo *correcto* que se sentía estar en sus brazos.

Quise echarme a llorar, y por un segundo casi lo hice, a la mierda la dignidad. Me obligué a recomponerme y me aparté del sofá, rescatando mi pierna y negándome a dejar que me pusiera tonta o tímida. Me levanté y alisé todo lo que se había subido o arrugado mientras nos magreábamos en el sofá. Ya sabía que él me deseaba, o al menos que quería consuelo cuando estaba hecho polvo porque sus pacientes le cancelaban. Podía perfectamente ser una distracción que tenía a mano, me dije; eso era lo que parecía desde fuera. Él estaba mal y yo estaba allí. En algún nivel elemental, Ford notaba que podía volcarlo todo, todo lo que sentía, y tener ese momento catártico en el que te quedas tirado, sudado, sobre las sábanas revueltas y te invade una especie de bienestar esquivo.

Me quedé allí de pie un segundo, con el dorso de la mano apretado contra la boca mientras recuperaba el aliento. No iba a montar una escena, ni un drama de salir huyendo de él.

—Voy a echarme agua en la cara —dije, y fui a buscar el baño.

Si mi caminata era un poco tambaleante sobre unas piernas casi de gelatina, esperaba que no se notara. Llevaba el pintalabios corrido y tenía manchas de eyeliner bajo los ojos. Parecía la clásica vuelta a casa del paseo de la vergüenza cuando lo único que habíamos hecho era unos magreos bastante aptos para todos los públicos. Pero se me notaba en la cara.

El desorden de la ropa no era nada comparado con el aspecto arrasado de mi cara y el maquillaje emborronado. Me tiré agua fría a la cara y luego tuve que coger pañuelos para secarme, porque aún llevaba el maquillaje del juicio de esa mañana. Usé medio paquete de pañuelos y algo de un limpiador pijo para dejarme medio decente y, cuando terminé, seguía sin tener ni un solo plan sobre cómo manejar esta situación.

Ford Branson era mi cliente. Aquello era una violación seria de la ética profesional. Daba igual que él me hiciera sentir viva. Me quedé mirando mi reflejo en el espejo y me negué a apartar la vista. Desnuda, con todo el maquillaje borrado y toda mi armadura

desmontada. Era la verdad, al fin y al cabo. Que me sentía viva y despierta y *bien* cuando estaba con él.

Reírnos con comida china a domicilio con Ford había sido más divertido y más íntimo que cualquier cita que hubiera tenido nunca. Se había sentido como se supone que te tienes que sentir en una canción de amor. Si toda la presión y la ansiedad que sentía sobre mi futuro, sobre las relaciones, encontrar pareja y tener una familia, me habían ido aplastando hasta que me enamoré del tío equivocado en el momento equivocado, pues allí estaba. Mirando mi cara de treintaypocos años al desnudo en el espejo de un baño, sin fijarme en el principio de las patas de gallo ni en las líneas finas que algún día enmarcarían las comisuras de mi boca. El paso del tiempo, las elecciones de mi carrera, mi mortalidad, nada de eso explicaba por qué estaba ahí intentando encontrar una buena razón para decirle que no a ese hombre. Porque una gran parte de mí ni siquiera se preocupaba por *por qué* me deseaba, si era solo porque estaba enfadado y dolido o porque de verdad le importaba. Esa parte de mí le ansiaba igual, pasara lo que pasara.

Toda mi vida adulta se había centrado en ser la mejor abogada posible, en no perder un juicio, en tener éxito y subir peldaños. Tener integridad y valor. Me iban a hacer falta las dos cosas para obligarme a alejarme de Ford. Me endurecí por dentro, me puse recta y agarré el pomo de la puerta. Iba a plantarme en el salón donde lo había dejado, decirle con toda naturalidad que ya no podía representarle en este caso porque me había involucrado personalmente y después me iría. Podría desearle lo mejor si me sentía lo bastante fuerte como para decir más de dos palabras sin volver a caer en su regazo. Lo decidiría en el momento. Lo de desearle suerte, no lo de caer en su regazo, que estaba completamente descartado.

Decidida, con la mandíbula apretada, abrí la puerta de golpe y salí al pasillo. Donde Ford me estaba esperando. Había cincuenta cosas que podría haber dicho, cien incluso. Ninguna me vino a la cabeza. Porque la mirada que me lanzó quemó cualquier otra cosa.

Se acercó más, invadiendo mi espacio hasta arrinconarme contra la pared del pasillo estrecho. Su mano se posó en mi cara, su aliento

en mis labios, que aún estaban sensibles por sus besos.

—No te vayas —susurró contra mi boca—. Quédate conmigo.

Enjaulada por su cuerpo grande y musculoso, con la espalda pegada a la pared, lo miré hacia arriba, la forma en que se quedó completamente inmóvil, sus ojos fijos en los míos, nuestros labios entreabiertos rozándose pero sin besarse, todavía. «¿A qué está esperando?», pensé, reducida por completo a hambre y necesidad exigente.

—Di que sí —dijo.

Asentí despacio, como si algo me obligara, y exhalé un sí contra su boca justo cuando me besó.

Las manos que antes se habían enroscado en mi muslo estaban ahora por todo mi cuerpo. El calor de su palma me abrasaba la piel a través de la seda fina de la blusa. Ford encontró mi pezón y tiró de él, haciéndolo endurecerse, apretado y necesitado. Me dolían los pechos, presionando contra los aros del sujetador. Le había abierto la camisa y mis manos codiciosas recorrían su pecho esculpido arriba y abajo, todos esos músculos lisos solo para mí. Quería hincarle los dientes en el hombro, frotarme contra él entera y marcarlo como mío. Era la visión más excitante que había tenido jamás, y pegué la boca a la base de su garganta. Emitió un ruido ahogado y noté sus dedos en la cremallera de mi falda. Un momento de forcejeo y la tela se rasgó, cayendo a mis pies. Luego sus manos estaban sobre mí, calientes y seguras, sus dedos colándose en mis bragas y deslizándose por toda mi humedad.

Ford me tocó, me acarició, y me elevé de puntillas por las sensaciones brillantes que crecían en mi interior. Puso el pulgar justo en el punto que volvía todo vaporoso y borroso. Mientras frotaba fuerte allí, presionando y acariciando y haciendo que gimiera, que suplicara y me clavara en su brazo, jadeaba, intentaba apartarme de la oleada de placer que me recorría tan deprisa que amenazaba con consumirme por completo. Me retorcía e intentaba escaparme, aterrada por la explosión de éxtasis que estaba a punto de romper sobre mí, una ola que lo anegaba todo. Temblaba atrapada en su agarre, le supliqué que no parara, que no parara nunca. Me susurró

cosas al oído, palabras dulces y otras sucias mientras me deshacía en sus brazos.

Cuando el orgasmo remitió, me sorprendió seguir en pie, aunque él me sujetaba. Esperé a que me encontraran la vergüenza o el arrepentimiento, pero no había espacio para nada de eso. Estaba tan cerca de Ford que podía ver cada matiz de verde de sus ojos, desde el verde oscuro casi negro de un bosque de pinos hasta un verde más claro, con toques dorados, que me recordaba a tigres, a criaturas salvajes e indómitas que nunca se dejan domar. No podía desperdiciar ese momento apartando la vista o poniéndome tímida, no cuando nunca volvería a estar tan cerca de él. Tenía que beberme el instante entero, cada sensación. Y no arrepentirme de nada.

Ford ya me estaba besando otra vez, chupando mis labios y posando besos pequeños y muy sexis en la comisura de mi boca, en mi mejilla y en mi barbilla. Me levantó en brazos sin previo aviso, me sacó del pasillo donde mis gritos de placer habían resonado contra las paredes y subió por la escalera enorme. Arriba, se detuvo para volver a besarme, como si no pudiera soportar un segundo más sin probar mi boca. Un aleteo amenazador comenzó en mi pecho, diciéndome lo emocionada que me tenía, que existía un lugar, al parecer, en el que el sexo podía ser tierno e íntimo y aun así arrasarlo todo con pasión. Yo nunca había tenido realmente ni una cosa ni la otra, desde luego jamás me había imaginado ambas a la vez. No así.

Mis pensamientos blanditos se esfumaron cuando el hombre más increíblemente atractivo que había visto nunca me tumbó en su cama. Ford me apartó el pelo de la frente y plantó un beso suave allí. Joder. No había manera de que mi corazón sobreviviera a este hombre.

Se puso a quitarme los zapatos, las bragas, la blusa desabotonada y luego el sujetador. Cuando mis pechos se derramaron en sus manos, emitió un sonido de aprobación que me hizo sentir tan bien. Inclinó la cabeza y empezó a adorar mis pezones, primero uno y luego el otro. No había otra palabra para la adoración, la atención que dedicó a mis pechos pesados y sensibles.

Le llenaban las manos, los pezones se erizaban y endurecían en puntas tensas bajo sus caricias. Los chupó y mordisqueó, obligándome a aferrarme a su pelo negro y a arquear la espalda sobre la cama. Mi cabeza se agitaba de un lado a otro; con la mano libre estrujaba las sábanas. Mientras oleadas de escalofríos me atravesaban, picos de placer despiadado, me pregunté si podría correrme solo con Ford chupándome los pezones. No llegué a averiguarlo, porque fue besando mi pecho y mi vientre hasta que hundió la cara entre mis muslos. Chillé y le empujé la cabeza, cerrando las piernas con fuerza. Me miró, confundido. Negué con la cabeza.

—¿No te gusta? —preguntó.

—No lo… sé. Nunca… —No quería admitirle que ningún amante había puesto nunca la boca ahí abajo. Me sonrojé.

—Déjame —dijo.

Esperó hasta que encontré sus ojos y asentí; entonces dejó que otra vez me abriera los muslos con la palma.

—Confía en mí, Holly. Yo te tengo —dijo.

Puede que dijera algo más. Yo ya no me enteré, porque Ford me agarró del culo para acercarme más y poder comerme. La primera caricia de su lengua alrededor de mi clítoris hizo que los ojos se me pusieran en blanco. Solté una maldición y él se rió y lo repitió, una y otra vez. Me deshice, un placer lujoso enroscándose en mi vientre y arrasándome por dentro como un incendio forestal. Las piernas me dieron sacudidas, me restregué contra su cara mientras me corría y él solo me chupó con más fuerza, obligándome a cabalgar esa ferocidad de placer que parecía partirme en dos. Grité su nombre en la cima de mi dicha y me clavó los dedos en las caderas, posesivo, cuando lo hice.

Ford subió por la gran cama y me atrajo a sus brazos. Me sostuvo, me dejó acurrucarme contra su pecho y esconder la cara mientras el corazón volvía poco a poco a la normalidad. Me besó el pelo revuelto, la cara encendida, y me dijo lo guapa, lo perfecta que era.

Le toqué la cara, adorando la sombra de barba en su mandíbula y la ligera arruga de su ceño cuando lo acaricié.

—¿Qué?

Me cogió la mano y la besó, su boca caliente en mi palma. Luego besó mi muñeca y la parte interior del antebrazo, donde me hacía cosquillas. Estaba completamente saciada, pero aun así era capaz de hacer que le deseara más. Alargué los brazos hacia él, instándole a que se pusiera encima de mí, a que me aplastara contra el colchón. Me encantaba su tamaño, su peso. Había algo primario en lo bien que se sentía estar completamente cubierta por él, hundida en el colchón bajo su cuerpo. Tenía los brazos enroscados a su cuello y me besaba, lento y caliente, las embestidas de su lengua avivando aún más el deseo que sentía por él. Mi mano se anudó en la tela de su camisa y, con consternación, me di cuenta de que seguía llevándola puesta. Tiré de ella hasta que me ayudó a quitársela y pude poner las manos sobre toda su piel caliente y tersa. Esos músculos flexionándose y estirándose bajo mis dedos, la forma en que respondía a mi contacto. Noté cómo se ponía más duro, más pesado contra mi pierna mientras nos besábamos y nos acariciábamos.

Rodamos hasta quedar de lado, y bajé la mano para liberarle la erección. No estaba preparada para su tamaño descomunal. Cuando mi mano se deslizó dentro de sus pantalones, encontré la cabeza húmeda y resbaladiza de su polla y la recorrí hacia abajo hasta la base. Tuve que seguir y seguir, su polla era más larga y más gruesa que cualquier otra que hubiera tenido.

Ford me ayudó a empujar sus pantalones y sus boxers hacia abajo y los apartó de una patada. Por un instante, cuando por fin estuvimos piel con piel, me sacudió el poder de esa sensación, estar tan vulnerable, tan desnuda y conectada a él. Metí la mano entre los dos y, aún juntando las dos manos, no podía abarcar todo aquel tamaño intimidante. Se me hizo la boca agua.

Debí de poner una cara de alucinada, porque sonrió y me besó. Yo le recompensé acariciándole toda la longitud. Gimió y soltó una maldición. Yo me sentía como una diosa entonces, sabiendo que tenía tanto poder sobre él, que podía hacer que se sintiera así de bien. Seguí bombeando su polla con los puños, extendiendo la humedad de la punta por todo su grosor hasta que apartó mis

manos. Estaba tan excitada para entonces que lo único que quería era que Ford me follara durante horas con ese pollón. Estaba lista para suplicárselo.

Pero él tenía otros planes, y yo sabía que diría que sí. Me arrastró hacia él, hacia arriba en la cama hasta sentarse con la espalda apoyada en el cabecero de cuero. Me colocó en su regazo, a horcajadas sobre él.

—Ven a mí, Holly —dijo, y fue sin duda el sonido más sexy que había escuchado nunca.

Me mordí el labio, pero no me dio tiempo a dudar más. Me estaba besando, besos rápidos y hambrientos, chupándome el labio inferior, frotando mis pezones con las manos abiertas. Luego me levantó y me colocó justo donde me quería, me empaló con su polla.

Cuando llevaba dentro apenas un par de centímetros, jadeé por la sensación de llenarme, el hecho de que fuera tan grueso, tan mucho más grande que cualquiera que hubiera tenido antes. Enrosqué los brazos en torno a su cuello y dejé que me besara mientras mi cuerpo se iba aflojando, derritiéndose para él. Fue abriéndome con embestidas cortas, solo lo justo para que pudiera ir aceptando más y más de él. Jadeaba, una película de sudor cubriéndome la piel mientras él me besaba el cuello y me sujetaba contra su pecho. Se retiraba y volvía a hundirse solo un poco cada vez hasta que, al fin, jadeando por el esfuerzo, me hizo bajar entera por su polla, llenándome hasta el fondo, hasta donde ya no cabía nada más dentro de mí. Dejé caer la cabeza hacia atrás, el pecho subiendo y bajando con el esfuerzo mientras me balanceaba sobre él, saboreando la pesada plenitud de aquella invasión.

—Sí. Sí —grité mientras guiaba mis caderas.

Reboté y me restregué contra él mientras embestía hacia arriba con golpes poderosos. La fricción no se parecía a nada que hubiera experimentado antes, elevándome más y más hasta que estaba gritando y gimiendo. Cada vez que se salía aunque fuera un poco, me aferraba a sus hombros y sollozaba, queriendo retenerlo entero, solo sintiéndome bien y completa y plenamente viva con su polla dentro de mí. Cada embestida, cada roce contra mi clítoris hinchado era como una estocada de perfección incendiaria. La fusión de

nuestros cuerpos, la lujuria y la cercanía y la sensación increíble de que Ford me daba hasta el último centímetro de ese pollón y lo usaba para anclarme a él mientras se mecía dentro de mí, sellándome a su cuerpo, frotando con fuerza mi clítoris hasta que volví a chillar una y otra vez, mis músculos internos apretándole y exprimiéndole mientras me cabalgaba, rugiendo mi nombre al correrse dentro de mí con chorros de corrida caliente.

«¿Cómo voy a vivir sin esto?», pensé mientras temblaba, desplomada sobre su ancho pecho, con su polla ablandándose aún dentro de mí. Sus brazos me rodeaban y me besó el pelo.

—No tienes por qué —dijo.

Lo había dicho en voz alta.

No sé cuánto tiempo pasó antes de volver en mí. Me quedé dormida un rato sobre su pecho, despertando para encontrarme desnuda en sus brazos, pegajosa y sudada y sin querer moverme jamás. Con cuidado, para no despertarlo, me moví despacio. Primero un brazo y luego el otro, después eché la pierna hacia atrás para dejar de estar a horcajadas sobre él. Rodé sobre la espalda y me deslicé por el otro lado de la cama. Recogí mi ropa del suelo y bajé deprisa al baño que había usado antes. Me lavé y me volví a poner las cosas, envolviéndome la falda rota alrededor y metiendo los extremos por la cinturilla de las bragas el tiempo justo para coger el bolso y llegar al coche. Conduje a casa completamente desconcertada por mis propias acciones. No era nada propio de mí. Me odiaba por haberme acostado con un cliente. Estaba mal, y no tenía excusa.

No debería haber pasado. Yo sabía más que de sobra. Y no podía volver a pasar. Daba igual que hubiera sido el mejor sexo que había tenido y, sin duda, el mejor sexo que tendría jamás. Antes de Ford, pensaba que el tío con el que salí dos meses en la facultad de Derecho había sido el mejor amante de mi vida: el tío que aguantaba como mucho cuatro minutos y nunca hacía cosas como apartarme el pelo de la frente o emitir sonidos de aprobación por mis tetas o comportarse como si se fuera a morir si no le dejaba bajarme a la entrepierna. No, Ford era el no va más de los amantes. Una pena que tuviera que ser un error de una sola vez. Uno que no

iba a permitir que destrozara mi carrera ni su reputación. Aunque debería derivarlo a otro abogado del despacho, sabía en el fondo de mi corazón que yo era la mejor y que él solo tenía una oportunidad de ganar este caso: yo.

Podría asignar a otro miembro del equipo para defenderlo, pero le debía a él, y me lo debía a mí misma, limpiar su nombre. Podíamos ser adultos, dejar esto en el pasado y trabajar juntos el tiempo suficiente para demostrar que era inocente y devolverle su buen nombre. Eso significaba nada de situaciones incómodas ni dramas, nada de reproches. Y ningún comentario—por muy cierto que fuera—sobre cómo no era de extrañar que a una mujer se le fuera la olla hasta el punto de demandarle por haberla dejado sin su polla. Si ella tuviera la más mínima idea de lo grande que la tiene o de lo bueno que es usándola, se habría vuelto completamente loca. Si sonreí para mis adentros todo el camino de vuelta a casa, nadie lo supo salvo yo.

CAPÍTULO 20

FORD



El sábado por la mañana me desperté temprano, desnudo en mi cama y solo. Podía oler su perfume de Dior en las sábanas y en mi piel. Dios, había sido perfecta.

Gruñí. No debería haber pasado nunca. Era mi abogada, y ese tipo de implicación estaba prohibido. Aunque no fuera poco ético, seguía siendo una mala idea. Para empezar, yo era un hombre ocupado que no se tomaba tiempo para tener relaciones. Nunca había tenido ni la tentación de sentar la cabeza con una sola mujer. Y luego me acosté con Holly. Había algo en ella que era adictivo para mí. Me volvía loco que se hubiera ido, que se hubiera escabullido mientras yo dormía. Que la deseara otra vez con tanta ferocidad después de haberla tenido solo unas horas antes.

Necesitaba encontrar una forma de ayudar a restaurar mi reputación y demostrar que Yvonne Striker mentía. Más que eso, necesitaba que Holly se centrara en ganar mi caso. Decidir acostarme con ella no había sido mi mejor momento, en términos de buen juicio. Desde la primera vez que la vi, había sabido que era inevitable que la tuviera. Una parte de mí estaba asqueada de mi falta de autocontrol cuando sabía que era poco ético y poco prudente. La otra parte quería aullar de desesperación porque se había ido y no podía recuperarla.

Había tantas cosas que quería hacer con ella. Despertarme a su lado y hacerle el desayuno. Meterme en la ducha con ella, apoyarle las manos en la pared y tomarla por detrás. Hacerle el amor cara a

cara durante horas, viendo cada aleteo de sus pestañas o cada curva de sus labios para leer sus respuestas a mis caricias. Quería provocarla y convencerla hasta que aceptara sentarse en mi cara. La sangre me rugía de necesidad, y si cerraba los ojos para intentar borrar el recuerdo de Holly sentada en mi regazo, sus muslos sobre mis hombros mientras lamía sus lugares más secretos, me volvía de golpe el sabor de ella, su olor y el calor líquido y abrasador de su centro cuando por fin me hundí entero en su interior. Ese apretón feroz por dentro, la dulzura resbaladiza de su sexo… La necesitaba como un yonqui. Tenía que parar.

Mi carrera. Ese tenía que ser mi foco. Me froté la cara con las manos y me incorporé, cogí el móvil y le mandé un mensaje para preguntarle si podíamos hablar luego de la estrategia del caso. Dejé claro en el mensaje que solo le estaba hablando de trabajo. A partir de ahora, todo tenía que ser limpio y estrictamente profesional. Cuando no respondió, arrastré mi culo, supuestamente profesional, hasta el baño para darme una ducha larga y fría. Después miré y seguía sin haber ningún mensaje suyo. Fui a la cocina, preparé café y llamé a James.

—Eh, estás despierto pronto para ser sábado —dijo.

—Lo sé. Noche larga —respondí.

—Suenas fatal. ¿Estás de resaca?

—Peor.

—Te has follado a tu abogada —dijo.

—¿Cómo coño sabes eso? —pregunté.

—Fácil, he oído cómo hablabas de ella.

—¿Cómo hablaba de ella? Te dije que hice el ridículo cuando nos conocimos, que fui un arrogante y toda esa mierda. Eso es todo lo que te conté.

—No es que sea vidente, Ford. Me dijiste como diez veces lo guapa que era. De hecho, dijiste que era «jodidamente guapa» y estabas tan rallado porque se había llevado una mala impresión de ti… Actuabas como si fueras capaz de quitarte diez años de vida por tener la oportunidad de hacer que gritara tu nombre.

—Vale, eso es inquietantemente específico.

—¿Me equivoco?

—No, no te equivocas, cabrón adivino —bufé—. ¿Y ahora qué hago?

—¿Te estás enamorando de ella?

—¿Qué? —espeté—. ¿De dónde sale eso?

—Yo qué sé. Me ha parecido el tipo de cosa que importa cuando haces una pregunta como esa.

—Por supuesto que no —dije. Sentí que le estaba mintiendo a mi mejor amigo. Se me cerró la garganta y me picaban las manos. No me gustaba mi respuesta, pero la otra posible respuesta tampoco me gustaba más.

—Vale, de acuerdo. Entonces te olvidas del tema. A no ser que fuera algo fuera de lo normal, en cuyo caso le cuentas a tu viejo amigo James todos los detalles antes de que se te borren.

—Ayer un montón de pacientes cancelaron. Mi consulta está en peligro y todo mi personal… Estaba tan cabreado. Le pedí a Holly que viniera a mi casa para hablar de lo que había pasado. Una cosa llevó a la otra.

—Ford, tío, yo tengo abogado. Me he reunido con él montones de veces. Y en los siete años que lleva a sueldo nunca, ni una sola vez, una cosa ha llevado a la otra entre nosotros. Vas a tener que ser más específico. ¿Qué llevó a qué? —se rió.

—Nos besamos, ella lo cortó y se fue al baño y yo me quedé esperándola fuera de la puerta.

—¿Esperando fuera del baño? ¿Eso no es un poco turbio?

—Solo en un bar. Si es tu propia casa se permite —le aseguré.

—Lo que tú digas, a mí me sigue pareciendo raro.

—La arrinconé un poco contra la pared y empecé a besarla y a partir de ahí todo fue rodado.

—¿Ahí como en justo fuera del baño? ¿Te la follaste en el pasillo?

—Sí. Y en la cama. Lo habría hecho en todas las superficies de este sitio, pero se largó mientras yo dormía.

—Por eso no las dejas que se queden a dormir, Ford —dijo—. Vas a su casa, te largas cuando terminas. Funciona de puta madre.

—Seguro que sí —dije con ironía—. Cada parte de ella parecía mía, hecha para mí, como si estuviéramos hechos para encajar.

—Claro que sí. ¿No leíste el libro desplegable en el instituto? —se burló—. Eso es anatomía básica. Eres médico. ¿Cómo puedes dejarte impresionar por algo tan simple?

—No tuvo nada de simple, James. Ella era…

—Déjame adivinar: ¿luminosas como una estrella? ¿Impresionante y totalmente irresistible? ¿Como esa rubia buenísima de Black Widow?

—Era perfecta, James. Todo en ella, hasta la forma en que se quedó tumbada sobre mi pecho después. Nunca me había sentido tan bien ni tan completo en mi vida. Sé que es mi abogada y que yo soy su cliente, y que tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que de si es posible volverse adicto al sexo con una sola mujer para siempre.

—Creo que a eso se le llama matrimonio y, hablando como hombre de mundo, no se lo recomiendo a nadie.

—James, no lo entiendes.

—Si me dices que ella es distinta, que no es como las demás, voy a tener que comprarme otro móvil porque este lo voy a tirar a tomar por culo al océano. Has tenido una sequía y luego te has liado con ella. Es buena en la cama. Eso no significa nada más que te gusta follar con ella, y que fue una idea pésima hacerlo para empezar. Escúchame, Ford. No sigas acostándote con esa tía. No la cabrees. Puede ponerle tus huevos en bandeja de plata a Yvonne Striker. La necesitas con la cabeza en el caso, no metida entre tus piernas.

—Guau, deberías ser coach motivacional, tío. Se te da de puta madre —dije sarcástico.

—Estás rabioso porque tengo razón y porque te he dicho que no puedes volver a acostarte con ella.

—Lo sé, ¿vale? Me doy cuenta de que, por haber cabreado a la socialité equivocada negándome a darle servicio, automáticamente me he descalificado de por vida para poder follarme a la mujer de mis sueños nunca más. Porque es mi abogada.

—¿La mujer de tus sueños? ¿Seguro que no vas borracho?

—Olvida que he dicho eso —solté, irritado.

—Mantén la cabeza alta, y te ayudaré en todo lo que pueda.

—¿Ofreces otros servicios aparte de machacarme los huevos cuando tengo un dilema? —pregunté, sabiendo que sonaba como un capullo—. Perdona. Hay algo que sí podrías hacer que ayudaría mucho. Averigua si hay alguien en tu club que haya tenido tratos con los Striker y esté dispuesto a declarar.

—Mi club es sobre todo deportistas y entrenadores retirados.

—Seguro que alguno ha tenido algún mal rollo con esa mujer o con su marido turbio.

—Veré qué puedo averiguar. Si hay algo que te sirva, lo encontraré. Mientras tanto, ten cuidado. Vigila tus espaldas, ¿vale?

—Lo haré. Gracias.

—De nada. Supongo que tienes mis condolencias por haber tenido un sexo tan increíble, de esos que te vuelan la cabeza, con una mujer prohibida. Seguro que Hallmark tiene una tarjeta para eso, pero no tengo tiempo de ir a buscarla.

—Eres un puto listillo, James —gemí.

—Yo también te quiero, tío —dijo y, riéndose, colgó.

Preparé el desayuno, hice ejercicio, miré el móvil como diez veces. Seguía sin haber ningún mensaje de Holly. Pasé de estar tenso a estar directamente alterado en un momento. Racionalmente, sabía que había sido un error, pero podía haber jodido las cosas de verdad al llevármela a la cama. Podía estar enfadada y dolida, sentir que la había utilizado. Podía pasar mi caso a otra persona. Obviamente, eso sería más sencillo y seguramente la opción más práctica, pero no podía evitarlo. Yo quería a la mejor, y Holly era la mejor.

Que ella me representara se sentía bien. Confiaba en ella. Además sería una excusa para seguir viéndola con regularidad. Si alguna vez había un lado positivo en una situación de mierda, era el hecho de que la demanda me daba la oportunidad de conocer a Holly Jones, de hablar con ella e inhalar su perfume y estar cerca de ella mientras trabajaba, escuchando cómo su mente brillante era capaz de aclarar la situación espinosa y explicármela de vuelta de una forma elegante, certera e imposible de resistir.

Llevármela a la cama había sido la peor idea que había tenido desde ir a casa de Yvonne Striker a hacer una visita a domicilio. La

había cagado por completo con Holly. Estaba obviamente cabreada conmigo y evitándome. Tenía que dejar de mirar el móvil o me volvería loco. No es que tuviera un montón de historiales de pacientes atrasados por actualizar ni nada, dado que a lo mejor ni siquiera me quedaban pacientes.

Pasé el dedo por la pantalla del móvil, mirando con rabia las publicaciones de las redes sociales de los demás sobre sus cenas románticas, las fiestas a las que iban y las excursiones preciosas que hacían. Por fin marqué el número que la asistente de Holly me había dado de un publicista con el que ya habían trabajado. Alguien que me ayudara a gestionar la imagen de que me demandaran injustamente y a darle la vuelta al titular para que sonara menos condenatorio. Escribí a mi asesor financiero por correo electrónico, le di las líneas generales de mi situación y le dije que esperaría sus recomendaciones.

No quería deshacerme de mi consulta concierge. No sería justo para mi equipo, y fichar a otro médico no encajaba porque, con el momento en que estaba pasando todo, nadie con buena reputación se arriesgaría a unirse a mi consulta recién desacreditada. Ojalá pudiera retroceder y cambiar las cosas. Para empezar, no habría aceptado a la señora Striker como paciente. Y también habría contratado a otro médico y lo habría formado para que la consulta pudiera seguir sin mí si hubiera sido necesario. Por lo menos así mi personal tendría asegurada la continuidad en su empleo y yo habría podido mantener mi nombre fuera de la LLC. Si hubiera previsto que acabaría recibiendo una demanda inventada por mala conducta, habría tomado tantas decisiones de otra manera.

La verdad era que aun así habría contratado a Holly. No me cabía duda de que habría mirado igual a Holly, aunque hubiera estado mejor preparado para esta demanda. Ni siquiera podía imaginar un mundo en el que no me sintiera atraído por ella, y no solo por consuelo y comprensión mientras yo estaba con la soga al cuello. Esto no era algo situacional. Conectaba con algo en ella, y no habría importado que la conociera comprando suavizante en un súper de descuento. La chispa habría sido la misma. Eso sí me parecía verdad.

Cuando por fin recibí una alerta de mensaje suyo, ponía: *Hablamos el lunes. Rena se pondrá en contacto para concretar hora.*

Fue como un puñetazo en toda la cara, siendo sinceros. Me sorprendió que no me dejara moratón, que no tuviera que ponerme hielo para la hinchazón. Porque era el mensaje más claro posible: «hablaremos de tu caso en horario laboral, te llamará mi asistente». Tenía todo el tono de un «vete a la mierda» con guarnición de «solo eres un cliente». Lo leí como seis veces y luego bebí un vaso de agua, deseando que fuera algo más fuerte.

La parte buena era que no había drama, ni reproches ni gritos que afrontar. Ella obviamente estaba de acuerdo en que había sido un error. Bien. Si daba la impresión de que un mensaje tan abrupto y tan tardío era un poco rencoroso o airado, siempre podía achacarse a que yo estaba interpretando cosas, tratando de leer subtexto en una frase directa. Pero dolió como un puñetazo inesperado en el estómago que me dejó sin aire.

Con un poco de suerte, podría demostrarle mi intención de ser tan profesional y distante como ella, y Holly no soltaría mi caso como si quemara para depositarlo en las manos de algún abogadillo de segunda del bufete solo para evitarme. Sería espectacularmente sencillo, no le daría ningún problema. No mencionaría lo que había pasado y ni siquiera intentaría abrazarla. Aunque básicamente era en lo único en lo que pensaba. Mi único foco debía ser este caso con el potencial de demoler mi carrera y mi buen nombre.

CAPÍTULO 21

HOLLY



Siempre había pensado que había un límite al número de episodios de *Real Housewives* que podías ver sin que se te derritiera el cerebro del todo. Si lo había, ese número era más de seis seguidos. Llevaba en modo maratón desde que me había levantado esa mañana y solo había hecho una pausa para poner una lavadora y, de todos modos, luego se me olvidó pasarla a la secadora.

Se encendió la pantalla del móvil. Lo tenía en modo «no molestar», pero vi el nombre de Susie y contesté.

—¿Sí? —dije, medio atontada por mi maratón de telerrealidad.

—¿Estabas dormida o qué?

—¡No! —dije, incorporándome de un salto del sofá y dejando caer la mantita mullida al suelo—. ¿Por qué?

—No has aparecido para comer. Sé que pasa algo.

—¡Mierda! —dije—. Se me ha olvidado. Lo siento.

—Estaré ahí en unos minutos. Así que ni se te ocurra fingir que estabas ocupada. Tú llevas la agenda como si fuera una ciencia exacta y yo he sufrido las odiosas alertas de tu móvil. Esto no es propio de ti.

Mierda. Me puse a toda prisa a recoger cosas; tiré un envase vacío de yogur, un bote de Pringles y unas botellas de agua y de zumo a medio beber. Doblé la manta y apagué la tele. Cuando me miré en el espejo supe que no había forma de arreglarme lo suficiente como para que ella no se diera cuenta de que algo iba mal. Me eché agua en la cara, me recogí el pelo en una coleta

brutalmente tirante y me obligué a meterme en unas mallas de deporte y una camiseta de tirantes cuando lo único que quería era el pijama ancho y calentito que llevaba puesto. Saqué mi rodillo de jade del congelador y solté una maldición al ver que los ojos no se me deshinchaban tan rápido como necesitaba. O me embadurnaba de maquillaje y quedaba demasiado cantoso, o tiraba de descaro y dejaba que viera que estaba medio hecha polvo.

Llamó a la puerta mucho antes de que yo estuviera preparada para enfrentarme a ella. Cuando abrí, esperaba encontrarla con su Expresión de Terapeuta Compasiva puesta y un bote de helado en la mano. Me equivocaba. Estaba seca, sin tonterías e imposible de engañar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con la voz sombría.

No pude mirarla, así que fui a servirme un poco de zumo y le ofrecí un vaso.

—Nada. Estoy reventada. Ha sido una semana larga.

—Te lo digo con todo el amor, pero eso es una mierda, cariño —dijo—. Suelta. Sabes que al final te lo voy a sacar, así que ahórranos el trabajo a las dos.

—¿Vas a usar tus trucos mentales de psicóloga conmigo? —pregunté, intentando meterle algo de ligereza a un intercambio mortalmente serio.

—Holly.

Su voz era plana, casi impaciente conmigo.

Me dejé caer desplomada en una silla de la cocina y me bebí el zumo que me había servido.

—Dios, ¡qué asco! ¿He comprado esto sin azúcar o qué? —murmuré, fulminando con la mirada el vaso vacío.

Susie se sentó frente a mí y esperó, las manos cruzadas sobre la mesa. El gesto se sentía como un careo: mi mejor amiga pillándome en plena trola y luego sentándose allí, paciente, esperando a que le contara la verdad. Suspiré.

—Vale. Me acosté con Ford Branson.

—¿Y cómo te sientes con eso? —preguntó con su voz más neutra, totalmente de consejera.

—¿Cómo me siento? ¡Como una mierda! —solté—. Fue un error enorme y llevaba tiempo gestándose. Las cosas han ido de mal en peor. El otro día Bevins me llamó a su despacho, y yo pensé que solo quería…

—¿Contarte sus viajes de pesca en alta mar?

—Ya —dije—. Pero empezó a presionarme para que cerrara el caso con un acuerdo extrajudicial. Que no lo llevara a juicio. Me acusó de estar más interesada en mi propio ego que en el bienestar de la clienta. Fue súper insultante, pero lo principal fue que me encendió todas las alarmas. Algo pasa si mi jefe está prestando suficiente atención como para saber siquiera que existe un *Striker v. Branson* y, encima, para decirme cuál es el curso de acción correcto para una futura socia.

—Muy sutil ahí, Rog —dijo—, amenazando directamente tu promoción. ¿Por qué querría que se llegara a un acuerdo? ¿Cree que vas a perder y que quedará mal el despacho?

—Creo que da por hecho que voy a ganar. Y eso podría ser un problema, porque aparentemente esa zorra está casada, en plan Don Corleone o algo así.

—¿Crees que el marido está moviendo hilos para que se llegue a un acuerdo? ¿Por qué no iba simplemente a amenazar a un juez y conseguir una resolución a su favor?

—No he dicho que tenga muchísimo sentido, pero alguien está presionando a Roger o él no se metería en nada que no fuera una siesta.

—Suena sospechoso.

—Ahora Ford está perdiendo pacientes y ha tenido que mandar a su personal a casa. Por eso me llamó y me pidió que nos viéramos. Así que fui a su casa.

—¿Fuiste a su casa? ¿Eso no es un error de novata?

—Sí. Tomé una decisión muy mala y no pensé para nada en las repercusiones.

—Eso no va nada contigo.

—Me gustaría pensar que no, pero mírame, ¡Suze! He pasado de tu comida porque se me ha olvidado. He ido a casa de un cliente. He dejado que una reunión de trabajo se volviera personal, me he

comportado de forma poco ética, me he metido en la cama con mi cliente. Es muy fuerte. Podría perder mi trabajo y mi licencia para ejercer la abogacía. Por no hablar del respeto de toda la comunidad jurídica.

—Cuéntame qué pasó —dijo, volviendo a un tono clínico y llevándome otra vez al principio para poder entender del todo cómo había empezado este puto desastre.

—Estaba saliendo del juzgado cuando me llamó Ford. Estaba histérico porque los pacientes estaban cancelando sus citas a diestro y siniestro. Le dije que podía verlo enseguida y que lo hablaríamos, y le comenté dónde estaba yo. Su casa estaba mucho más cerca que la oficina, así que quedé con él allí. Hablamos del caso en sí y de los posibles resultados a estas alturas. Me dijo que su principal preocupación eran las personas que trabajaban para él, empleados y autónomos, hasta la gente de la limpieza y el *food truck* de comida india al que van todos, y cómo tantísima gente podía salir perjudicada por la mera insinuación de que él había hecho algo indebido. Parecía muy arrepentido pese a no haber hecho nada malo. Dice que decidió aceptar a esa paciente y que no supo cómo manejarlo cuando ella se le desnudó. Como si se estuviera culpando de todo lo malo que le está pasando. Él tiene claramente la razón, es la víctima, pero no sé si es capaz de verlo así.

—¿Intentaste convencerle? ¿Subirle el ego? ¿Hacerle sentir más hombre o qué? —dijo, asintiendo, un poco exasperada conmigo, si soy sincera.

—¿Estás enfadada por lo de la comida?

—No, estoy enfadada porque estás pasando por algo chungo y no se te ha ocurrido contármelo y dejar que te ayude.

—¿Qué habrías podido hacer? —pregunté.

—¡Traer una pizza o algo! Podría haber estado aquí contigo. Esto no es nada fácil para ti, y sé, con solo mirarte, que estás mal, que has estado llorando. ¿Ha amenazado él con contarle algo de esto a Bevins o a Sinclair?

—No, no me está chantajeando ni nada de eso. Es solo que estoy como… hecha polvo y no sé ni por qué —dije, con la voz elevándose hasta casi un chillido.

—¿Puedes pasárselo a otro abogado? ¿Apartarte sin más del caso?

—¡No! O sea, podría, pero no quiero. No sería justo para él, porque yo ya entiendo la mecánica de todo esto y tengo una estrategia. No quiero pasárselo a nadie y que acabe en manos de algún abogado junior que le arruine la defensa y lo deje atado de pies y manos por algún acuerdo de confidencialidad que le impida declarar públicamente su inocencia o algo por el estilo. Yo le conozco y sé lo que quiere que pase, lo que necesita resolver. No va a querer un acuerdo sin admisión de culpa en el que les dé dinero que no necesitan para que dejen de hacer ruido por algo que no ha pasado. Quieren castigarlo, humillarlo, dejar su consulta y su reputación en ruinas. Es un poco pasado de rosca.

—Suena así. ¿Cómo vas de testigos?

—Estoy en serios apuros. En plan, la enfermera y la recepcionista van a declarar, pero nadie más en su consulta tuvo contacto con la demandante. Y nadie más se plantea siquiera llamarla mentirosa. Es como si se quedaran mudos en cuanto surge la más mínima sugerencia de que puedan declarar en una deposición. No te puedes imaginar cuántos socios de su club de campo, antiguos empleados suyos y peluqueros y manicuristas y masajistas me han dicho: «Lo siento, pero no puedo ayudarte». Gente que la conoce, incluso los que claramente no la soportan, no quieren decir ni una sola palabra sobre su comportamiento o su reputación de forma oficial.

—Eso no suena muy prometedor. Independientemente de los hechos del caso o de lo difícil que sea reclutar testigos de carácter, ¿no crees que, teniendo en cuenta que has estado jugando a los médicos con el buen doctor, ha llegado el momento de derivarlo a otro abogado?

—¿Cuánto tiempo has pasado pensando en cómo meter lo de «jugar a los médicos»?

—Por lo menos los últimos diez minutos —sonrió de medio lado —. Perdona, no he podido resistirme. El caso es que te quiero y no creo que sea bueno para ti tener que trabajar con él y representarlo ahora. Su voz era tan suave que me pregunté por enésima vez si no

tendría a todos sus pacientes llorando a todas horas de lo compasiva que era con ellos.

—Me encanta que te preocupes por mí, Suze —empecé—, pero ya te lo he dicho, y de verdad lo creo: soy la mejor persona para defender este caso si llega a juicio. No hay nadie en mi bufete ni fuera de él en quien confiara de verdad para representarlo en esta demanda.

—¿Es posible que pienses eso porque estás demasiado implicada a nivel personal? ¿Que hayas perdido tu objetividad y estés tomando decisiones desde la emoción?

Negué con la cabeza, aunque sabía que tenía razón. Ni siquiera podía acceder a la parte racional de mi cerebro, la que normalmente mandaba y funcionaba a toda máquina. La idea de entregarle el caso de Ford a otra persona se sentía mal, triste, como si lo estuviera abandonando. Llegar a un acuerdo me parecía una traición, y no había absolutamente nada sencillo ni directo en toda la situación. Si ese trasfondo amenazante de la posible influencia del señor Striker ya me tenía estresada a mí, desde luego era mejor seguir en el caso y verlo hasta el final que meter a alguien que quizá ni siquiera reconociera que existía una amenaza. La lógica de todo eso era… como poco, muy cogida con pinzas. No quería abandonar el caso. Esa era la verdad del asunto, con pataleta incluida y la barbilla bien sacada en gesto desafiante.

Lo único que no tenía nada claro era qué coño se suponía que tenía que hacer con lo que sentía por Ford.

CAPÍTULO 22

FORD



Cada día me despertaba con la alarma y pensaba que todo había sido una pesadilla. Que no había ninguna posibilidad de que estuviera acusado de conducta sexual inapropiada por una paciente cuando había sido ella la que me había acosado a mí. En los diez segundos entre el momento en que sonaba la alarma y el instante en que abría los ojos para alargar la mano, coger el móvil y apagarla, había un instante brevísimo en el que todavía me sentía yo mismo. Luego, en cuanto abría del todo los ojos y recordaba todo lo que había pasado, se me iba todo a la mierda.

Al principio pensé que existía la posibilidad de que todo se desinflara, que la campaña de Yvonne Striker para hundirme se quedara en nada en cuanto otra cosa llamara su atención: un socorrista nuevo en la piscina o algún universitario trabajando de *caddie* en el club. De verdad creí que quizá retirarían la demanda antes de que llegara a ningún sitio. Eso, por mi parte, era pensar con el deseo. Igual que también había creído que, tarde o temprano, Holly volvería a hablar conmigo con normalidad. En vez de eso, llevábamos tres semanas de mensajes de texto y correos escuetos. Toda comunicación era sobre el caso y *solo* sobre el caso.

Nuestra cercanía, las bromas privadas y la intimidad de esa amistad incipiente habían desaparecido de un plumazo, víctimas de la decisión impulsiva que tomé al buscar consuelo en ella, de aprovecharme de ella. La echaba de menos más de lo que jamás habría imaginado. Pero ahí estábamos, casi un mes después y sin

estar ni un ápice más cerca de tener una conversación productiva sobre lo que había pasado y por qué fue un error, por qué era tan importante dejarlo en el pasado y seguir adelante como abogada y cliente y como amigos. Porque la peor parte de todo aquel desastre era que me había hecho perder a Holly: la facilidad y la familiaridad de estar con ella, el tonteo, las pullas y la curva de su mejilla, la forma en que se subía las gafas por el puente de la nariz cuando se le empezaban a resbalar.

Sin llegar a negarse del todo a verme, Holly me había hecho saber a través de su asistente que no había ninguna posibilidad de una cita en persona en las semanas siguientes. Tenía la agenda a reventar. No dudaba de lo solicitada que estaba y entendía que, si tenía un rato libre en la oficina, lo mejor para mí era que lo dedicara a trabajar en la defensa de mi caso en vez de reunirse conmigo.

Aun así, no conseguía quitarme de encima la sensación de que me evitaba a propósito. En circunstancias normales tendría a mis pacientes para mantenerme ocupado, pero, tal y como estaban las cosas, tenía todo el tiempo del mundo para obsesionarme con Holly. Me quedaban cinco o seis irreductibles, pacientes a los que llevaba viendo varios años y que aún confiaban en mí, pero el resto habían descubierto de pronto que tenían un conflicto de horarios y no podían mantener sus citas y que «ya llamarían para reprogramar en otro momento». Supongo que era mejor que decir: «Eh, que ya no quiero ver a tu médico pervertido, ni ahora ni nunca». Me dolía y me cabreaba, y no tenía dónde meter esos sentimientos salvo el gimnasio. Empecé a entrenar dos veces al día en vez de una. Atosigué a mis amigos con mensajes, llamadas y vídeos que encontraba en *TikTok* y que quizá les parecieran graciosos o interesantes o absurdos. No podía fingir que esos intentos fueran otra cosa que un reclamo de atención, un anuncio de que estaba solo y no sabía qué hacer con mi vida.

Después de repasar la agenda y los números, le dije a mi equipo que me tomaba un año sabático. En vez de dedicarme a la investigación, estaba usando la expresión como eufemismo para cerrar la consulta con la esperanza de que fuera algo temporal. Les dije que eran libres de aceptar otro trabajo mientras tanto y pagué

los sueldos de Ashley y Penny con fondos personales por adelantado para los tres meses siguientes.

—¿Esto es un finiquito? —preguntó Ashley después de la reunión.

—No es esa la intención —dije—. Pero si el fallo va en mi contra, no habrá motivo para reabrir mi consulta *concierge*.

—No creas que tienes que hacerlo —dijo, y vi lástima en sus ojos —. Dos semanas de sueldo ya sería generoso. Esto es demasiado.

—Es menos de lo que vales y es lo mínimo que puedo hacer. Yo me he buscado esto.

—Escúchame —dijo—. Eso es una mierda. Nada de esto es culpa tuya.

—No esperabas que se te pusiera en pelotas delante de la cara, ni que te magreara, ni que te tratara como a un trozo de carne en vez de como a una persona. Yo supe, en cuanto me mandó a ese cuarto de baño, que era una idea horrible, pero tú asentiste. Supongo que no tenías más idea que yo de qué hacer. Y ella estaba tan… despreocupada, dándome órdenes como si yo fuera su criada… El caso es que estabas en una situación en la que alguien se aprovechó de tu educación y tu discreción y luego te dio la vuelta a la tortilla y te demandó. Eso no es culpa tuya. Tú no eres el malo. Privilegiado, sí. Despistado, también. Pero no hiciste nada mal.

—Gracias —dije—. Aunque estoy casi seguro de que me acabas de llamar imbécil.

—No, imbécil, solo que no te enteras de nada —dijo, y luego inspiró hondo—. Quiero que sepas que volveré a trabajar contigo cuando se aclare todo esto. He hablado con Layla y opina lo mismo. Será tu enfermera de guardia o de fin de semana cuando quieras.

—Gracias, de verdad —dije.

—Dime cómo vas. Sé que esto te está machacando.

—Te mandaré un mensaje dentro de una semana o así.

—Vas a empezar a mandarme esos *TikToks* de comida, ¿a que sí? —dijo con picardía.

—¿Quién se ha quejado, tú?

—James. Me ha preguntado si no podía inventarme unos cuantos pacientes falsos para que consultaras con ellos por *email* solo para tenerte ocupado.

—Qué detalle por su parte —dije con amargura—. Cuídate, ¿vale?

—Tú también.

Cuando se fue, me quedé solo en el espacio de oficina que había alquilado para otros veinte meses más, los necesitara o no. Me resistía a vender el equipo y subarrendar el piso, porque eso me parecía tirar la toalla. Todo aquello olía a desesperanza. Por mucho que quisiera creer que volvería a estar en marcha en nada de tiempo, por mucho que supiera que Holly era la mejor abogada que conocía, no lograba creerme del todo que todo fuera a ir bien. Existía la posibilidad de que Ashley y Layla no quisieran volver a trabajar conmigo con mi reputación manchada aunque el caso se resolviera a mi favor. ¿Quién iba a querer asociarse con un médico al que habían acusado públicamente de conducta sexual inapropiada y demandado por lo mismo?

Todo lo que rodeaba a las conexiones de Walt Striker daba un serio tufo a crimen organizado, y el hecho de que el mundo en general tuviera demasiado miedo para ir a los medios y contar las locuras de su mujer no ayudaba. Incluso James había vuelto con las manos vacías de su club; ninguno de los exatletas ni de los dueños de equipos decía ni una sola palabra en contra de Yvonne Striker.

Y eso a pesar de que el deporte profesional tenía que quedar fuera de su esfera de influencia, y a pesar de que James me había repetido mil veces que no había cotillas peores que los tíos de un equipo. Todos se callaban en redondo cuando él sacaba el tema en conversación, se ponían incómodos y cambiaban de asunto. Uno incluso dijo: «Tío, yo no quiero líos», como si James se le acercara con una barra de hierro en un aparcamiento vacío o algo así. Estaban todos demasiado cagados para compartir lo que sabían.

Notaba cómo empezaba a entrar en barrena. Me iba a pasar toda la noche dándole vueltas a escenarios catastróficos y convencido de que había una conspiración montada si no salía un rato de mi propia cabeza. Mandé un mensaje al grupo de amigos y, por una milagrosa coincidencia, todos estaban libres para tomar algo. No quería plantearme la posibilidad de que estuvieran preocupados por mí y hubieran hecho hueco en sus planes para verme. Me resultaría

demasiado humillante. Así que simplemente decidí creerles cuando, uno tras otro, dijeron que no tenían nada más que hacer.

En vez del bar de martinis al que solíamos ir, Jack pidió que quedáramos en un sitio más cercano a su casa. Sabiendo que era padre soltero y que necesitaba buscar canguro para salir a tomar una copa, todos aceptamos enseguida. Y así acabé en un bar pijo en el que nunca había estado. El sitio estaba decorado en azules oscuros apagados, y todo, desde las sillas hasta las lámparas, tenía pinta de gama alta. A diferencia del bar de martinis, este parecía atraer también a mujeres. Estaba bastante lleno cuando llegué y encontré a mis amigos en una mesa del rincón.

Me senté y esperé a que se agotara la conversación en la que Zachary le enseñaba a Cody, el pediatra, una foto de la picadura de un bicho de su hija y le preguntaba si parecía un sarpullido. La dinámica del grupo había cambiado un poco desde que Zachary y Mia se casaron. Él y Jack hablaban de cosas de padres, a Cody le pedían opinión sobre cólicos y conjuntivitis. No diría que me sentía excluido, solo un poco descolocado. O quizá era la demanda hablando. Iba ya por mi segundo trago para cuando Cody consiguió convencer a Zachary de que la cría probablemente no tenía impétigo, ni tiña ni el virus del Nilo Occidental, sino una simple picadura de mosquito que, por desgracia, le había salido en la frente.

—No es como si tuviera pelo para tapársela —refunfuñó Zachary.

—Eh, señor *Plastics* —dije—. No tienes que arreglarle todos los defectos. Es un bebé.

—Se nota lo que sabes, listillo. Es perfecta en todos los sentidos. La idea de que algo la haya picado en la cara me da ganas de… —hizo una pausa—. Me siento irracionalmente cabreado con el tema.

—Eso parece —dije—. Hablando de cabreos irracionales, hoy he tenido que despedir a mi personal y decir que me tomaba un año sabático. Porque, curiosamente, nadie quiere que el médico raro que acosa a sus pacientes vaya a su casa.

—Odio decírtelo, porque parece que te estás regodeando en tu miseria, pero tienes que pensar en otra cosa. Sé que es una mierda, tío, pero venga ya. Estamos fuera, hay buen alcohol y buena

conversación. He pedido *antipasto*; debería llegar en nada —dijo Jack. Yo asentí y apuré mi copa.

Cuando llegó la bandeja, piqué un poco de *prosciutto* cortado casi transparente y me bebí la tercera copa. Por mucho que intentara interesarme por lo que estaban hablando, no me salía. En realidad, no me interesaba nada excepto beber todo lo que pudiera lo más rápido posible. La gracia de salir era ver a mis amigos, ponernos al día y reírnos. Pero esa noche lo único que conseguía era darme un entorno socialmente aceptable para tragarme lo que probablemente era media botella de ginebra *Beefeater* con el estómago vacío mientras me compadecía de mí mismo. Beber solo, al fin y al cabo, era algo que solo hacía la gente con problemas.

—Ya —dije, en respuesta a una pregunta a la que no había prestado atención y que había hecho Zachary.

—Eso no es una respuesta —dijo—. Vas cocidísimo.

—Ya —repetí con una risita seca—. Sé cuál es la respuesta correcta a esa.

—Te he preguntado qué crees que debería hacer con el congreso de Singapur —dijo.

—Ah. Ya veo cómo «ya» no ayuda mucho. ¿Puedes llevarte a Mia y a la niña?

—Podría, pero estaría todo el rato liado con ponencias y cosas, y no podría pasar tiempo con ellas. Y si hay una edad a la que a un crío le da igual estar encerrado en una habitación de hotel…

—No la hay —se rió Jack—. Hazme caso. A no ser que sea un recién nacido, no la hay.

—Vale, bueno, o dejo a mi familia en California, lo que me parece horrible porque me voy a perder un montón de cosas…

—Pues ahí tienes tu respuesta —dije—. Si te parece horrible dejarlas, no lo hagas. No hay nada en Singapur que valga eso. Ya has ido a congresos antes y volverás a ir. Ahora mismo, estate donde quieres estar.

—Esa ha sido una respuesta muchísimo mejor que la primera —dijo—. Tienes razón. He estado intentando convencerme de que era mi responsabilidad ir porque me han pedido que presente, pero es

que ni siquiera me apetece. Das buenos consejos cuando vas borracho perdido.

—Gracias —dije.

—Esto te está destrozando, ¿verdad? —preguntó.

—¿Eso es siquiera una pregunta? —sonreí de lado, bebiendo mi cuarto cóctel—. He trabajado todos estos años para estar en la cima de mi campo, poner mis propios horarios, dar una atención personalizada, en casa del paciente, yendo a contracorriente de los cupos y los límites de tiempo de la sanidad gestionada y de todo lo que odiábamos en la facultad. Y ahora, gracias a una vieja asquerosa y a su marido mafioso de mierda del que todo el mundo tiene miedo, todo por lo que he trabajado en mi vida se ha ido a la mierda *así* —intenté chasquear los dedos, pero necesité tres intentos, lo que me pareció de repente divertidísimo y me eché a reír.

—¿Mafioso de mierda? —repitió Zachary, visiblemente desconcertado por mi elección de palabras.

—Tiene que estar metido en la mafia o en alguna mierda de esas. Nadie habla. ¡Pero nadie! —dije.

—Baja la voz, tío —advirtió Cody, mirando a su alrededor.

—¿Crees que hay espías? —dije, dándome cuenta de que seguía hablando bastante alto—. Yo no creo que haya espías vigilándonos, así que, ¿quién de los dos va más borracho?

—No creo que nadie nos esté escuchando a escondidas, si es eso lo que quieres decir —respondió Cody con paciencia—. Aunque, si quisieran, podrían quedarse en el aparcamiento y seguirían oyéndote igual. —Puso los ojos en blanco.

Era consciente de que los tíos de mi mesa estaban hablando. Probablemente estarían diciendo algo sobre mí, sobre el circo en que se había convertido mi vida o sobre el hecho de que iba tan ciego que tenía que concentrarme para no caerme de la silla.

—Que alguien le traiga agua a este hombre —dijo Jack, molesto.

—No tengo sed —protesté, intentando recomponerme.

—Ya, no jodas, si te has bebido hasta el agua de los floreros —dijo Cody—. Cómete una galleta o algo, a ver si se te empapa un poco la ginebra.

—Estoy bien. Mi carrera se ha acabado y todo es una puta mierda. Voy al baño.

—Sí, se le ve estupendo —oí que decía Jack mientras me levantaba.

Me dirigí al fondo, donde parecían estar los baños. Si iba dando algún bandazo tenía que ser porque nunca había estado allí antes y no porque mi sentido del equilibrio estuviera nadando en demasiada ginebra y muy poca tónica. Fui abriéndome paso entre la gente de las mesas y recorrí con la mirada la barra por puro aburrimiento. Durante un buen rato no vi a nadie conocido. Luego, de pronto, una cara me resultó familiar.

Nunca lo había visto en persona, pero había visto su foto las suficientes veces como para conocer su cara casi tan bien como la mía. Walt Striker. El marido quizá relacionado con la mafia y desde luego peligroso de la mujer que había decidido destrozarme la vida empezando por la consulta médica que llevaba una década construyendo. Toda la furia que tenía dentro pareció volverse líquida y luego solidificarse, convertirse en algo con lo que podía golpearlo, llamar la atención de ese cabrón rico y pagado de sí mismo. Me abrí paso entre los grupos de gente y avancé hacia él, con los ojos puestos en el premio. O tan enfocados como podía tenerlos en mi estado actual.

Que estuviera obviamente borracho no me hizo dudar ni un segundo. Sabía que, a la fría luz del día, sobrio como la muerte, seguiría odiándolo a él y todo lo que representaba. El Yo Sobrio aplaudiría. El Yo Sobrio podría lidiar con las consecuencias porque iba a merecer la pena, pensé, tomando la decisión. Me desvié de mi camino al baño y cambié de rumbo hacia donde él estaba sentado en un extremo de la barra, riendo y hablando con otro hombre. Probablemente otro rico gilipollas borracho de poder que se dedicaba a destrozar vidas ajenas por entretenimiento.

Alguien me siseaba, eso era lo que parecía. ¿Había serpientes en aquel bar? Si había serpientes, yo *no* volvía allí en la vida. Sacudí la cabeza como para despejarme. Gran error. Tuve que extender las manos para mantener el equilibrio, como si estuviera andando por un alambre en vez de intentando cruzar un bar diáfano. La cabeza

me daba vueltas y sentí una oleada de náuseas. ¿Estaba tan borracho? No era ningún flojo. No iba así desde mis tiempos de *premed*. El siseo volvió y empecé a preguntarme si sería un efecto secundario de pasarse con la ginebra a partir de los treinta y cinco.

—*Ford* —el siseo se volvió específico.

La serpiente alucinatoria borracha de mi cerebro sabía mi nombre. Aquello ya era movida nivel Harry Potter y me dio un poco de yuyu. Cuando miré a mi alrededor, me acordé de Walt Striker y, sobre todo, recordé que quería estamparle el puño en la cara. Espoleado por ese impulso, me rehíce y empecé de nuevo a avanzar hacia él. Volví a oír mi nombre, pero lo ignoré. Luego, unas manos se cerraron sobre mi brazo, me agarraron del bíceps y tiraron con insistencia. Las serpientes no tenían manos; hasta ahí llegaba mi lógica. Me giré para ver quién interrumpía mi misión de venganza.

La jodida Holly estaba allí mismo, agarrada a mi brazo.

—Ni. Se. Te. Ocurra. —Me escupió las palabras entre dientes.

Abrí la boca para discutir con ella, para decirle que llevaba semanas evitándome y que se mantuviera al margen de mis asuntos. Pero miré hacia abajo y vi que ya no tenía las manos cerradas en puños. Mi postura se había relajado, había perdido toda la tensión de macho alfa que me llevaba directo a plantarme delante de Walt Striker. Fue su contacto lo que me calmó. Holly siguió sujeta a mi brazo y me guió hacia fuera. Yo la dejé. Me alegraba dejar que lo hiciera.

Una vez fuera, la brisa me despejó un poco y aclaró mi mente. Dejé de andar y ella se volvió hacia mí.

—¿Qué ha *pashado*? —pregunté.

—¿Además de que acabas de decir «pashado» en vez de «pasado»? He evitado que mi cliente hiciera el ridículo mientras iba borracho perdido en público. Ya me lo agradecerás cuando se te pase la resaca. Que, me imagino, va a ser de campeonato.

—¡Eso dijo ella! —solté, y casi me doblé de risa con mi propia broma estúpida.

Ante eso, soltó mi brazo y se apartó. Cuando por fin dejé de reírme —lo que me llevó un rato—, encontré a Holly a un lado, con los brazos cruzados. Era la imagen misma del desprecio y el cabreo.

—Perdona —dije—. Voy a pedir un coche.

—Ni hablar. Te llevo yo a casa.

—Tú no querías saber nada de mí. No consigo una cita para hablar contigo, y no me vengash con que Rena no te ha dicho que estaba intentando verte.

—Eh, cálmate y métete en el coche. Te llevo a casa para asegurarme de que llegas, en vez de que vuelvas dentro a repartir hostias. No es que ahora mismo seas capaz de hacer mucho más que caerte de culo. En serio, ¿cómo hacéis los tíos esto? ¿Cómo puede ser esta la solución a estar jodidos por el curro o lo que sea? ¿Ponerse hasta el culo en público?

—Parecía una buena ideash en su momento —dije.

—¿*Ideash*? —dijo, y pude oír que intentaba no reírse, manteniendo el tono severo a duras penas.

—No estoy aquí bebiendo solo. Mis amigos me mantendrán fuera de líos y me llevarán a casa —propuse.

—Ya, lo están bordando por ahora, dejándote deambular por ahí tropezando con todo y yéndote a ponerle el pecho por delante a Walt Striker. No creo que necesites *ese* tipo de ayuda.

Tenía algo de razón, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Volvimos dentro y fuimos a la mesa donde estaban mis amigos. Creo que intenté presentarla, pero metí la pata con su nombre. Vi a Zachary y Cody intercambiar una mirada. Luego empezaron a ofrecerse para llevarme a casa.

—Mirad, lo he pillado intentando ir a por Walt Striker en la barra. Me alegro de haber estado aquí antes de que se metiera en un lío serio. Así que, si no os importa, prefiero llevarme yo a *Slugger* a casa y asegurarme de que no hace nada más estúpido, como intentar ducharse con la tostadora.

Se rieron. Les estaba haciendo reír a costa mía. ¡Les caía bien! Yo iba un poco por detrás porque la luz que colgaba sobre la mesa no dejaba de moverse y me tenía hipnotizado, pero estaba bastante seguro de que ella estaba rajando de mí porque iba borracho. Y, estando lo bastante pedo como para intentar empezar una pelea de bar, en ese momento casi nada me molestaba. James me llevó

aparte y me preguntó si me parecía bien que Holly me llevara a casa.

—Claro que me parece bien. Ojalá creyera que vamos a hacer algo más que hablar de lo hecho una mierda que estoy ahora mismo.

—Te estás poniendo ruidoso, *Slugger*. Vámonos —dijo Holly, pero estaba sonriendo. No solo una media sonrisa irónica, sino una sonrisa completa, deslumbrante, que me impresionó más que la dichosa luz oscilante encima de la mesa.

—¿Qué pasaba con la luz de ahí atrás? —murmuré mientras salíamos por la puerta.

—Que no parabas de jugar con ella, empujarla y hacer que se balanceara. ¿Por qué?

—Eh, por nada —dije, pensando que debía de ser por eso por lo que la luz parecía moverse tanto. Tenía la vaga sensación de que me iba a dar mucha vergüenza a la mañana siguiente si recordaba algo de aquello.

Fijé la vista en la curva de sus caderas, metidas en unos vaqueros que le quedaban tan de infarto que deberían estar regulados como un arma. La seguí hasta el coche deportivo que me señaló y me abroché el cinturón con su ayuda. Debería haber sido humillante necesitar que me ayudara a ponerme el cinturón, pero a esas alturas ya me había rendido a lo que quería. Quería irme con ella, quería que me cuidara o que me echara la bronca por emborracharme o lo que fuera. Me daba igual lo que dijera. Había estado tan solo, dándole vueltas en mi cabeza a todos mis pensamientos más pesimistas, que ansiaba su compañía más que nada. Solo quería tenerla cerca y oír su voz, y pasar tiempo hablando con ella.

CAPÍTULO 23

HOLLY



¿Todo aquel propósito de mantenerme alejada de Ford? A tomar por culo.

Bastó verlo cruzar el bar como un pistolero de un *western* para tener que contenerme y no bajarme las bragas ahí mismo. Dios, qué bueno estaba. O sea, en realidad tenía muy mala pinta, como si no hubiera dormido, demacrado y más delgado que cuando lo conocí. Las líneas que le enmarcaban la boca eran severas y tristes. Mi primer pensamiento fue que tenía que largarme de allí antes de que me viera, porque no me fiaba de mí misma como para no seguirlo al baño de hombres y follármelo contra la pared. Lo deseaba tanto que se me hacía la boca agua.

Entonces lo vi desviarse hacia la barra y mi mirada se clavó en la silueta inconfundible y carísima de un hombre fondón de casi setenta años, con un reloj que costaba más que mi coche. Y yo tenía un buen coche. Ya estaba de pie antes incluso de que me diera tiempo a registrar lo que Ford pretendía hacer y, cuando llamar su atención no funcionó, le agarré del brazo. Su brazo se sentía increíble, fuerte y poderoso bajo mis manos. Recordé cómo le sujetaba los bíceps mientras se hundía dentro de mí. Un fogonazo de memoria: el sabor salado de su piel mientras le chupaba el cuello al correrse, y el corazón se me desbocó, las mejillas ardiéndome.

Habría sido un desastre monumental si hubiera llegado a acercarse a Walt Striker. Eso fue lo que me repetí mientras salía del

aparcamiento con mi criptonita personal abrochada en el asiento del copiloto. Tamborileé los dedos en el volante, nerviosa.

—¿Qué creías que estabas haciendo ahí dentro? ¿Querías sumar unos cuantos cargos penales a tu situación actual? ¿Estabas pensando en agresión con lesiones? ¿O ibas directamente a por un intento de asesinato, Ford? —pregunté, sonando más enfadada de lo que pretendía.

Quería salvarlo de sí mismo, y me cabreaba que se jugara el resultado de nuestro caso —su caso— solo porque iba borracho. Sobre todo se me revolvía el estómago solo de pensar que pudiera pasarle algo a Ford. No es que yo tuviera sentimientos por él, obviamente, pero era mi cliente. Y quedaría fatal para mí, de cara a hacerme socia en un futuro cercano, que mi caso de mayor perfil se archivara porque mi cliente era un cadáver.

—Solo quería recuperar mi vida, mi nombre y mi reputación —dijo.

—Dios, lo sé. Lo siento. Te voy a ayudar a recuperarlo todo. Solo quédate conmigo en esto, confía en mí. No hagas nada que pueda meterte en más líos. Te dije al principio que ni se te ocurriera hacerle un cumplido a una mujer hasta que esto acabara. Se me olvidó mencionar que también estaba prohibido cometer delitos violentos. Así que tampoco hagas eso, ¿vale? —dije con una media sonrisa amarga.

Cuando llegamos a su casa, me sorprendió que pudiera andar hasta la puerta y abrirla sin caerse en los arbustos ni desviarse hacia el césped de ningún vecino. Quizá la cabeza empezaba a despejársele un poco. Se iba a acordar de la resaca por la mañana, pensé, haciendo una mueca de simpatía. Una vez dentro, se volvió hacia mí y me cogió la mano. La sostuvo un momento y luego la besó. Todas las palabras que conocía y todos los pensamientos que tenía se deshicieron en cuanto rozó con los labios el dorso de mi mano.

—Lo siento muchísimo, Holly. Eres increíble y la he jodido. Siento haberlo complicado todo.

Aparté la mano, incómoda.

—No, no te preocupes. Te saqué de allí antes de que pasara nada. Striker ni siquiera te ha visto esta noche —lo tranquilicé.

—No me refería a ese lío, Holly —dijo, alzando los ojos hacia los míos. Tan guapo que me dejó sin aliento.

El calor me recorrió el cuerpo aun mientras negaba con la cabeza.

—De eso es de lo único de lo que podemos hablar tú y yo. Es mejor que dejemos esa indiscreción en el pasado y nos centremos en el caso. Tenemos que seguir adelante.

Tenía un aspecto miserable. A lo mejor tenía náuseas por todo el alcohol y no tenía nada que ver con el hecho de que acababa de cortarle cuando intentó hablar de nuestro polvo de una noche. Eso era lo que me repetía, en cualquier caso.

—Gracias por llevarme a casa —dijo, y se dio la vuelta para irse a la cama.

Me quité los zapatos de una patada, eché el cerrojo a la puerta principal y me dejé caer en su sofá. No tenía nada claro que fuera a irse a dormir sin hacer nada más autodestructivo o estúpido con la borrachera que llevaba encima. También estaba un poco preocupada por él, pero eso no se lo habría admitido a nadie.

Era tarde y yo estaba reventada después de un día larguísimo. En nada estaba dormida. Pero en mis sueños no estaba sola. *Ford me echa hacia atrás contra los cojines, me abre las piernas y me presiona hacia abajo, su boca sobre la mía. Sus manos recorren mi cuerpo, su caricia me prende la piel. Me retuerzo y me muevo contra él, buscando fricción, queriendo más de todo mientras su lengua se abre paso en mi boca. Me agarra de los muslos y me abre del todo, encajando su polla contra mi sexo. Me estremezco de golpe cuando la punta de su polla, húmeda, ardiente y sedosa, roza los labios de mi coño. Aprieto con fuerza en lo más hondo y gimoteo por él, empujando, hundiéndome, dejando que solo la punta entre en mí. Cada nervio de mi cuerpo se enciende y me froto contra él, dejándole entrar más. Noto la plenitud, el estiramiento y el leve escozor de su invasión cuando esa polla grande empieza a llenarme. Jadeo, rogándole que vaya más rápido para mí—*

Me desperté sobresaltada, parpadeando en la penumbra, de repente dolorosamente consciente de dos cosas. Estaba frotando mi clítoris con mi propia mano, con dos dedos metidos hasta los nudillos en mi coño. Y Ford estaba de pie sobre mí, con los ojos oscuros, cargados de intención.

CAPÍTULO 24

FORD



Estaba diciendo mi nombre. Fui a comprobar que la puerta principal estaba cerrada con llave y a buscar el cargador del móvil. Vi que Holly estaba dormida en mi sofá, quedándose a pasar la noche para vigilarme. Demostrando que cada día que no me cogía la llamada y cada vez que no tenía tiempo para verme—todo eso era mentira. Sus actos hablaban más alto que nuestros patéticos intentos de mantenernos alejados el uno del otro. ¿Por qué había estado en ese bar para empezar? Daba igual. No había dudado en meterse en medio del lío y salvarme de mí mismo. Iba a dormir en mi sofá toda la noche después de haberme llevado a casa en coche. Quería mantenerme a salvo, cuidarme. La soledad dentro de mí quedó ahogada por un deseo atronador. El aire chisporroteaba con ello, con el placer que estaba por venir. Como ese picor entre los omóplatos justo antes de que caiga un rayo. Era inevitable.

Mis dedos se enroscaron alrededor de su muñeca y le saqué la mano de las bragas. El pecho se le alzaba y bajaba, respiraba con dificultad. Tenía que haber estado a punto de correrse cuando la encontré, cuando la pillé. Caí de rodillas junto al sofá, le llevé la mano a la cara y me metí esos dos dedos en la boca, chupando su sabor de las yemas. Gemí ante la sacudida de éxtasis y anhelo que me atravesó.

—¿Estás mojada? —dije, con la voz baja y mandona.

Sus ojos se abrieron de par en par, culpables, en la penumbra del salón. Asintió despacio. Luego tomó mi mano grande entre las suyas

y la posó sobre su vientre. Sentí cómo le afectaba mi contacto, el calor de su carne, la tensión de los músculos bajo mi palma. Deslicé la mano sobre su monte, dentro de sus bragas, que ya estaban empapadas. En cuestión de segundos, antes de poder contenerme, la rellené con dos dedos gruesos, hundiéndolos más allá del nudillo, abriéndola para mí.

—Oh, Dios, Ford… —jadeó, con la palma en mi pecho. No me apartó. Me agarró un puñado de la camisa y se aferró—. No podemos, no—oh, sí, más, Ford, necesito más—ite necesito a *ti*!

Lo dijo así, a trompicones, rota, mordiéndose ese «ti» con énfasis desesperado mientras movía las caderas para que mis dedos se hundieran más, restregándose contra mi palma, empapándome entera la mano con su excitación. Lo único más sexy que su voz suplicándome era el sonido obsceno y húmedo de mis dedos trabajándola, obligándola a rendirse. Cada embestida de mi lengua en su boca la acercaba más al borde, el placer cantando a través de su cuerpo; una oleada gemela me sacudía a mí en respuesta a la intensidad de sentir esa estrechez suya apretándose alrededor de mis dedos, su cuerpo tan receptivo a cada una de mis caricias. Separé la boca de la suya a regañadientes y le chupé el cuello, el hombro, llevándola todavía más alto, estirándola, haciéndola gemir en una mezcla de asombro y frustración mientras la alejaba del borde del orgasmo una y otra vez, provocándola, obligándola a esperar y a soportarlo, casi volviéndola loca de necesidad.

—No puedo, Ford. Es demasiado, no lo aguanto, yo… oh, Dios, Ford… —balbuceó.

Mi nombre en su boca era una tentación en sí mismo. Cambié el ángulo de los dedos y la hice arquearse contra mi mano. Alargué su placer, haciéndolo durar con mi caricia experta, la presión de mi palma sobre su botón hinchado. Se levantó de los cojines del sofá, echó la cabeza hacia atrás y aulló cuando el placer la tomó. Su orgasmo fue tan brutal que esa fuerza por dentro acabó expulsando mis dedos. Eché de menos el calor fundido de su interior tragándose mis dedos, pero lamí sus jugos de mi mano y luego deslicé la palma resbaladiza por debajo de su camiseta y sobre su pezón. Su pecho era grande y blando en mi mano y, por mucho que me encantara

sobarla, tuve que levantarle la camiseta a tirones para poder devorar ese brote duro. Un latigazo de calor me fue directo a la polla cuando le chupé el pezón y ella gimoteó, indefensa y queriendo más de mí ya otra vez.

Estaba hecha para mí. Eso era lo único en lo que podía pensar. No podía detenerme. No hice ninguna de las cosas con las que había fantaseado durante semanas. No la doblo sobre la mesa para tomarla por detrás. No la coloco en mi regazo ni la hago deslizarse por toda la longitud de mi polla, tan despacio que se queda sin palabras. Ni siquiera la empotro contra la pared para volverla loca. Sin una sola vacilación, la giré hasta dejarla debajo de mí, su cuerpo alineado a la perfección con el mío mientras la apretaba contra los cojines. La besé en la frente y luego en los labios. La excitación atronadora que me tensaba como un cable no me impidió suavizar el tacto, hacer que cada caricia fuera lenta y ardiente.

El deslizamiento de mi palma por su muslo la hizo estremecerse, y mi propio cuerpo lo reflejó, copiando aquel escalofrío erótico de anticipación. Ya estábamos conectados, en todos los sentidos, piel con piel, dejándome borracho de deseo. Ya la había tenido, pero quería más. No había experimentado nunca antes esa intensidad de atracción.

—Toda mía —dije, la codicia volviéndome la voz áspera. Ella asintió. Era mía.

Le besé el cuello, la sentí moverse bajo mí y restregar sus pezones desnudos contra mí mientras subía aún más su excitación. Tuve que parar para quitarme la camiseta porque no quería nada entre nosotros. Ni ropa, ni secretos, ni siquiera un triste trozo de látex. La idea de poner una barrera en medio de la unión cruda que habíamos compartido me parecía una aberración.

Sus manos estaban en mi espalda y luego más abajo, empujando mis shorts hacia abajo hasta que mi polla ansiosa saltó libre. Pasé la cabeza de la polla por su raja y me recreé en el gemido profundo que soltó al retorcer las caderas, intentando conseguir algo más que el simple beso húmedo de la punta de mi polla. Gritó, dijo mi nombre, soltó palabrotas, intentó sujetarme de las caderas y arrastrarme dentro de su cuerpo. Podía sentir lo tensa que estaba,

cómo debía latirle el botón y palpitarle el coño con ese vacío frustrado, deseando que mi polla grande la llenara hasta el fondo. Se lo daría, pero a mis condiciones. Le toqué la mejilla con ternura, incliné su boca hacia la mía para un beso lento, explorador. El erotismo de su lengua acariciando la mía me sacudió. Casi cedo. Hice lo único que pude, usando lo último de mi autocontrol para ir hundiéndome en ella con la gracia deliberada de un depredador, acechando su orgasmo, sin embestir, sin clavarla hondo y duro de golpe.

Le recorrí el labio inferior con la lengua y me hundí más, marcando un ritmo que la tuvo gimiendo agudo de placer antes de lo que habría imaginado. Se aferró a mí, las manos en mi pelo, el cuerpo arqueándose sobre el sofá para mantenerse pegada al mío, como si no pudiera soportar ni un solo milímetro de distancia entre los dos.

La calidez resbaladiza de su interior se aferraba a mi polla y hacía que fuera difícil moverme, tan jodidamente satisfactorio cuando conseguía embestir dentro de ese agarre feroz de su estrechez por dentro y llevarla más arriba en busca de su placer. Lo perseguí por ella, sin aflojar nunca, dándole un pellizco en el pezón, un restregón de mi pelvis contra su botón, chupándole el cuello y rozando esa carne sensible con los dientes.

Se sacudió, se tensó hasta que las extremidades se le quedaron rígidas y un grito se le desgarró de la garganta. Me arañó la espalda con las uñas mientras su orgasmo exprimía el mío con la fuerza de un tren de mercancías. Los ojos de Holly se abrieron de golpe, la boca en una «oh» de sorpresa cuando la sentí correrse a chorros. Solté un gemido ahogado y me derramé dentro de ella, chorros calientes de leche que azotaban su coño apretado y la llenaban. Sentí la humedad filtrándose entre nosotros, cubriéndole los muslos, poniéndola perdida. Gemí de pura satisfacción porque se había entregado a mí, me había dejado follarla a pelo y hacer que se corriera a chorros. Fue la experiencia más jodidamente sexy de toda mi vida.

Holly temblaba en mis brazos. La besé, besos suaves, casi de adoración, en la mejilla, en los ojos, en los labios, en la mandíbula.

No había palabras para describir lo cerca que me sentía de ella, cuánto la apreciaba en esos momentos. Rodando sobre un costado, la atraje contra mi pecho y la acuné contra mí, abrazando a mi amante y besándole el pelo.

Se adormiló, o eso pareció, y yo me fui quedando dormido, contento solo con tenerla entre mis brazos. Todo lo que iba mal en mi vida simplemente se desvanecía cuando la abrazaba y la besaba, cuando me dormía con el brazo de Holly rodeándome.

CAPÍTULO 25

HOLLY



«No. No, no, no. No puede ser que haya vuelto a ceder. No hay manera de que sea tan gilipollas como para seguir tropezando con la misma piedra. Solo porque está buenísimo. Solo porque le deseo más de lo que deseo un historial impecable de juicios ganados, una cintura de veintiséis pulgadas y una casa en los Hamptons para cuando Los Ángeles esté demasiado húmedo y demasiado superficial como para soportarlo.»

Hace seis meses, lo único que quería era hacerme socia. Y luego, más adelante, quizá conseguir una plaza de jueza. No me habría importado ponerme la toga y presidir juicios que se convertirían en jurisprudencia, dictando sentencias que cambiaran la forma en que se trataba a la gente, haciendo que todo fuera más justo durante generaciones.

Toda esa ambición se derritió como cera vieja en cuanto se expuso al calor particular de Ford Branson. Su mirada ardiente y silenciosa había sido más satisfactoria que cualquier otro amante que hubiera tenido nunca. No era algo de lo que presumir. Había estado demasiado ocupada estudiando y trabajando como para tener tiempo para un novio serio, y los tíos con los que sí me había acostado iban de mediocres a directamente gracias-pero-no.

Me desperté e intenté escabullirme lejos de él. Se removió, se despertó y sonrió, la sonrisa perezosa y satisfecha de un hombre que no tiene ni idea de que están a punto de dejarle.

—Oye, será mejor que me vaya —dije con la voz más dulce que me salió.

—¿No quieres ducharte?

—Claro —dije, y prácticamente salí corriendo de la habitación.

Fui al coche y cogí las mallas y la camiseta que siempre llevaba encima para el gimnasio o por si me quedaba tirada en casa de Susie. Fui corriendo a su baño para achicharrarme bajo el agua caliente. Me restregué entera con su gel de ducha espumoso. Pero eso no se iba ni con estropajo: era la marca de una mujer que acababa de romper una promesa hecha a sí misma y había vuelto con el hombre al que sabía que tenía que dejar en paz. Sentía su tirón, el deseo feroz de estar ahí para él, defenderle, encontrar a cualquiera que alguna vez le hubiera hecho daño y darle una patada en los huevos tan fuerte que todos los hombres de su árbol genealógico se quedaran estériles al instante. Él no necesitaba que yo librara sus batallas. Era más que lo bastante fuerte para enfrentarse a lo que fuera. Eso no hacía que se me quitaran las ganas de abrazarle, de mantenerle a salvo.

Ese sentimiento seguía ahí: que Ford era mío para protegerle, igual que yo era suya.

«Ford es mi cliente. Ford es un médico caído en desgracia en plena batalla legal por su carrera. Yo soy su mejor defensa. No puedo seguir liándome con este hombre. Si alguna vez saliera a la luz que su presunta conducta sexual impropia llegaba hasta follarse a su propia abogada, destrozaría su reputación para siempre. Ford es solo mi cliente. Yo soy su abogada.»

Yo era un puto desastre. Los sentimientos que tenía por él eran tan enormes e innegables que lo que más quería en el mundo era meterlos de nuevo en el fondo de algún sitio donde no tuviera que pensar en ellos nunca. No podía permitirme perder el foco, y desde luego no podía permitirme enamorarme aún más de ese hombre.

Me peiné y me recogí el pelo antes de ir a buscar a Ford. Lo encontré en la cocina preparando una tortilla enorme de champiñones y pimientos.

—Toma, zumo. Sé que a mí se me ha abierto el apetito y supuse que a ti te pasaría lo mismo.

—Exacto. Piensa en mí como en otro tío de treinta y cinco años igualito que tú —bromeé.

—No es eso lo que quería decir. Tenemos muchas cosas en común. Solo estaba…

Le corté, riéndome.

—Te estoy vacilando, Ford. Relájate. El desayuno tiene una pinta increíble. ¿Quieres que haga algo?

—Creo que la grasa ya está lo bastante caliente para echar el beicon —observó, señalando la sartén con la barbilla—. Puedes encargarte tú de esto.

Me coloqué en su sitio, junto a la tortilla, y le vi poner una tira de beicon en la grasa chisporroteante. El olor me golpeó en la garganta y me entraron arcadas. El estómago se me rebeló. Con la mano sobre la boca, me giré y salí corriendo de vuelta al baño. Me di un golpe brutal en la rodilla contra el váter al dejarme caer al suelo, y levanté la tapa a tiempo de potar. Estuve vomitando a lo bestia, haciendo un ruido espantoso, durante lo que pareció una eternidad en su baño. Cada vez que intentaba coger aire y comprobar si ya se me había pasado, me volvían las arcadas solo de pensar en el olor a beicon.

Cuando por fin fui capaz de enjuagarme la boca sin volver a echar nada, usé un enjuague bucal que encontré sobre el lavabo y me obligué a volver a la cocina. Me ofreció un plato, pero lo rechacé con toda la educación de la que fui capaz. Le dije que no me encontraba bien, lo cual no era ninguna mentira. Insistí en que tenía que irme. Fue tan atento que preguntó si podía hacer algo para que me encontrara mejor. Ford me apoyó la mano en la espalda, en un gesto de consuelo, y tuve que morderme las lágrimas. Probablemente solo estaba avergonzada por haber echado la papilla, pero había algo en su preocupación y su ternura que me daba ganas de echarme a llorar. Negué con la cabeza. Solo necesitaba salir de allí, volver a mi casa para poder aclararme.

—Esto ha sido una mala idea —dije—. Quizá sería mejor que otra persona se hiciera cargo de tu caso a partir de ahora.

—Lo entiendo. Incluso intentaré aceptar eso. Solo escúchame un segundo.

Asentí y él continuó.

—En quien confío es en ti, Holly. Tú conoces este caso y me conoces *a mí*. ¿Y si solo me pusiera en contacto contigo por correo electrónico? Incluso puedo escribir a tu asistente. Rena puede leer los correos y responderme ella. Tú prácticamente no tendrías comunicación directa conmigo. Yo seguiría beneficiándome de tu pericia, pero tú no tendrías que lidiar conmigo si es algo que te preocupa tanto.

No me podía creer que hiciera eso, que tuviera tan en cuenta cómo me sentía y estuviera dispuesto a dejar que Rena hiciera de intermediaria para cualquier contacto necesario. Quería decir que sí y luego ponerme a llorar y después besarle. Pero solo carraspeé y dije que me lo pensaría.

No necesitaba pensar en él en absoluto, ni en su caso, ni en sus manos talentosas ni en su culo perfecto. Me había alterado tanto al darme cuenta de que estaba enamorada de él que, básicamente, me había puesto mala yo sola. Era como la feria de ciencias de cuarto de primaria otra vez, aquella vez que me puse tan nerviosa que vomité en el gimnasio. Quizá el pánico que sentía por sentir algo por un cliente era la versión adulta de ese tipo de reacción ansiosa totalmente desproporcionada. Conduje de vuelta a casa repitiéndome todas las mentiras que se me ocurrieron para tapar el hecho de que estaba enamorada de Ford.

CAPÍTULO 26

FORD



Relajarme en la terraza de atrás ya no era exactamente el paraíso que me había imaginado. Cuando estaba siempre hasta arriba de trabajo, pensaba en lo bien que estaría tirarme allí con una cerveza fría y limitarme a contemplar las vistas, que casi nunca tenía tiempo de apreciar. Y sí, aquello era tranquilo, sobre todo porque estaba en casa en mitad del día. No estaba acostumbrado a eso, a estar sin nada que hacer, a la deriva.

No podía mandar mensajes ni llamar a mis amigos. Eran médicos en activo y estaban demasiado ocupados como para coger el teléfono o contestar un mensaje a esa hora. Había jurado que no contactaría con Holly salvo a través de su asistente. Rena era inusualmente protectora incluso para un buen filtro. No había ni la más mínima posibilidad de que dejara pasar ni siquiera un simple mensaje de voz hacia su jefa. Sabía que debía considerarme afortunado de que Holly hubiera aceptado seguir representándome después del par de «indiscreciones», como ella las llamaba. Lo único de lo que me arrepentía era de la demanda en sí y del pésimo juicio que había tenido al ponerme en este lío. No creía que ni un solo minuto pasado en compañía de la brillante y preciosa Holly Jones hubiera sido un error. Por desgracia, ella no opinaba lo mismo.

Así que me mantuve a distancia. También fui a la sucursal más cercana de la biblioteca pública y saqué tres libros en préstamo. Uno era la autobiografía de un jugador de fútbol americano, el segundo una novela negra superventas, y el tercero una especie de novela

gótica sureña, muy divagante, que abandoné en cuanto el narrador empezó a imaginar lo que pensaba un caimán. Resultó que yo no era el tipo de hombre que podía pasarse el día leyendo libros de la biblioteca y disfrutando de la paz y el silencio de su propia terraza de atrás. Necesitaba estar ocupado, hacer algo útil. El ocio no iba conmigo en absoluto.

Tras fracasar en mi intento de bajar el ritmo y apreciar el momento presente, fui a por el móvil, que estaba en el cargador. Tenía una notificación de correo. Cuando abrí el mensaje, se cargó una foto. Era una foto robada de la otra noche, cuando yo iba borracho y Holly me llevó a casa. La imagen nos mostraba a los dos entrando por la puerta de mi casa. Yo tenía la mano muy baja en su espalda, justo por encima de la cintura de sus vaqueros.

Había más fotos. Fui deslizando hacia abajo, viendo cómo las imágenes se cargaban centímetro a centímetro. Los dos caminando desde el coche hasta mi puerta, entrando en casa, y luego fotos de la mañana siguiente, Holly saliendo sola de mi casa con ropa distinta.

Una rabia blanca, abrasadora, me recorrió por dentro. Alguien nos había espiado e invadido nuestra intimidad; había hecho fotos de Holly sin su permiso, dentro de mi casa. Dejé el móvil sobre la encimera y me aparté de él, porque mi instinto era estamparlo contra el suelo. Quería destruir las fotos, y lo más parecido era destrozar el móvil. Pero necesitaba el teléfono y ese correo. Bebí un poco de agua, me obligué a pensar durante un minuto. Luego llamé a Holly. No a su despacho, a su número personal. Esperaba que lo cogiera. Si no, le dejaría un mensaje de voz y luego llamaría a Rena. Era urgente.

Por algún milagro, contestó. Oír su voz casi hizo descarrilar la urgencia de contarle lo del correo. Cuando dijo «hola», algo se agitó en mi pecho, justo detrás de las costillas, y las palabras se me atragantaron en la garganta.

—¿Hola? —repitió.

—Holly, voy a mandarte un correo y necesito que lo abras ahora mismo. Quédate al teléfono conmigo —dije. No podía limitarme a explicarle la situación. Tenía que ver cuál era el problema y,

egoístamente, quería que siguiera al teléfono conmigo para ser yo quien la consolara cuando reaccionara. Envié el mensaje y me quedé allí en silencio, sintiendo que me asfixiaba en el suyo mientras esperaba.

Si hubiera sido hace un mes, habría bromeado diciendo que más valía que no la estuviera interrumpiendo por una fotopolla, y los dos nos habríamos reído.

Esa facilidad y esa complicidad entre nosotros eran lo que la distancia había robado. No eran solo las reuniones legales en persona a las que había acabado aficionándome; lo que más echaba de menos era a Holly, toda la fuerza de su personalidad, su humor y su energía. La manera en que habíamos sido juntos: a tumba abierta y sin concesiones, pura conexión y alegría y una atracción ardiente. No debí de esperar más de un minuto, pero en ese tiempo me cayó encima todo de golpe, todo lo que había perdido. Tuve que sentarme, dejándome caer en un taburete de la barra de la cocina como si mis piernas ya no pudieran sostener el peso de todo lo que había salido mal.

Supe el momento exacto en que vio el correo por el silbido ahogado de su respiración al cortarse en seco. Conociéndola, había esperado una ristra de tacos bien pintorescos, pero aquello la golpeó más fuerte que un simple cabreo. Quería ponerle la mano en la espalda para sujetarla. Quería que dijera algo, lo que fuera.

—Siento meterte en esto —dije para romper el silencio.

—No es culpa tuya —respondió con voz hueca—, pero tienes que venir a mi despacho ahora mismo. Cancela lo que tengas para el resto del día.

Su voz sonaba mandona y decidida, y fue un alivio. Sonaba a ella misma, como si las fotos intrusivas fueran solo un problema más que podía resolver. Odié lo sorprendida y rota que había sonado aquella bocanada de aire cuando vio el correo.

—No tengo nada que cancelar —dije, sonando lastimero y detestándome por ello—. Puedo traerte algo de comer de camino. ¿Qué te apetece?

—Tengo el estómago revuelto. No quiero nada. Solo ven.

Eso fue todo el empujón que necesitaba. Cogí las llaves y salí disparado. Si conduje demasiado rápido, si fui haciendo eses entre el tráfico y más de un conductor me sacó el dedo o me pitó, era la rabia, era el asco que sentía por la persona que había hecho esas fotos. Tenía que impedir que aquello fuera a más, y ese impulso protector, casi frenético, me abrió paso entre el tráfico hasta el despacho de Holly en tiempo récord.

Rena asintió al verme, con la boca apretada en una línea de desaprobación, y yo empujé la puerta del despacho de Holly.

Estaba descalza. Fue lo primero que noté. Se había quitado los zapatos y estaba al otro lado del despacho, junto a la ventana, con el móvil en la mano. Todo en su postura estaba en tensión, los hombros algo encogidos, las líneas de su cara bonita marcadas y sombrías. Fui hacia ella para consolarla. Alzó la cabeza de golpe para mirarme, y me quedé clavado ante la fuerza del odio puro que emanaba de ella cuando sus ojos entornados se fijaron en mí.

—¡Esto es una *puta mierda*! —dijo y lanzó el móvil contra la pared.

Su ira superaba cualquier cosa que hubiera visto en ella, pero el hecho de que sus gestos reflejaran tan exactamente lo que yo había querido hacer al ver ese correo me dio ganas de sonreír. Reprimí el impulso porque podría tomárselo como un insulto.

—Oh, no pongas esa cara, llevo una funda protectora —dijo y fue a recoger el teléfono—. No me digas que tú no has tenido ganas de lanzar algo. Es que eres demasiado reservado.

—He querido hacer exactamente lo mismo que tú —admití—, pero no estaba muy seguro de que mi teléfono sobreviviera al berrinche.

—Necesitas una funda mejor. Te paso la marca de la mía —dijo. Incluso enfadada, lo dijo con tanta naturalidad, tan generosa y atenta, que me entraron ganas de cogerle la cara entre las manos y besarla. Quería abrazarla y decirle que descansara porque, además, se la veía pálida, demacrada, como si hubiera adelgazado. Decía que tenía el estómago hecho polvo, pero uno o dos días de un virus no dejan a una persona sana con ojeras y las mejillas hundidas ni siquiera con todo el maquillaje puesto.

—Ya estoy aquí —solté como un idiota, porque, claro, ya estaba.

—¿Has venido en helicóptero? Ha sido rápido.

—No, pero probablemente he infringido unas cuantas normas de tráfico. Sé que me dijiste que no me metiera en más líos, pero estas son circunstancias atenuantes. Por lo que puedo deducir, las fotos están hechas desde un coche aparcado al otro lado de la calle de mi casa, así que no estaban en una propiedad privada.

—Es lo que me imaginaba. Hijo de puta. No es ilegal. Han hecho fotos de algo fácilmente visible desde un espacio público. Es una forma de expresión amparada por la ley. No vulnera el Código Civil de California a no ser que usen la imagen para vender, yo qué sé, condones o salsa para tacos o algo así —dijo, paseándose por el despacho. Estaba magnífica en su furia, una leona, y me encantaba oír cómo su cerebro le daba vueltas al problema—. A menos que intenten extorsionarte o intimidarte de forma explícita, no hay nada que podamos hacer para luchar contra esto en los tribunales.

—No quiero que luches contra ello —dije, sorprendiéndome a mí mismo, pero sabiendo que era verdad—. Quiero que nos ocupemos de esto juntos. Estas fotos son personales, y dan miedo, y es como si te hubieran… violentado.

Se me atragantó la palabra; apreté los puños hasta ponerme los nudillos blancos solo de pensarlo.

Ella se acercó a mí, descalza, y me puso la mano en el brazo.

—Esto no va de mí —dijo—. Yo sabía lo que hacía, sabía que estaba mal y, aun así, lo hice. Puede costarme la licencia para ejercer la abogacía en este estado, pero no voy a dejar que estos cabrones te obliguen a llegar a un acuerdo en esta demanda.

Me quedé allí, con su mano en mi brazo, con su fe inquebrantable en mí, su devoción absoluta a limpiar mi nombre… y me quedé sin palabras.

CAPÍTULO 27

HOLLY



Me gustaría decir que en cuanto Ford se quedó sin palabras mi trabajo estaba hecho, pero ni de lejos era así. La realidad era que aquello era un ataque calculado contra los dos. El calor de la rabia y algo más grande, como un instinto de protección o… o de posesión, me espoleó. Ford no era mío, pero por lo visto no había manera de convencerme de lo contrario. Tenía el instinto feroz de que los Striker iban a por todo lo que era mío, mi *familia*. Lo que ellos no sabían era que yo no era la víctima de nadie.

Él estaba ahí plantado, destrozado porque me habían hecho esas fotos contra mi voluntad, y yo veía el panorama completo: esos megalómanos se creían que podían quitárnoslo todo y salir indemnes. La consulta de Ford y su reputación como médico. Mi licencia para ejercer y mi trabajo. Todo se iría a la mierda si esas fotos salían a la luz. Había cometido una infracción grave de la ética profesional al acostarme con un cliente —por no hablar de haber mandado a la mierda el sentido común más básico—. ¿Qué tenía él que me desarmaba y me hacía actuar sin pensar en todas las posibles consecuencias? ¿Y por qué coño le estaba sobando los putos bíceps en un momento como este?

—Son los Striker —dije, diciendo lo obvio—. Me mandaron seguir y algún pajillero hizo estas fotos. Es una táctica muy viejuna y muy demoledora. No hay una explicación de esas fotos que nadie vaya a creerse. ¿Que te llevé a casa porque ibas borracho y luego me quedé allí toda la noche haciendo yoga?

Negué con la cabeza, asqueada.

—Este cabrón está intentando destrozar mi carrera, además de la tuya. No sé por qué su detective privado es tan pésimo investigador; con el dinero que tienen, cualquiera diría que podrían haber contratado a alguien decente.

—¿Investigar?

—Al principio de mi carrera alguien intentó chantajearme, y lo desenmascaré y conseguí cien mil dólares en daños y perjuicios, además de hacerme con todos los archivos. No soy alguien a quien puedas extorsionar. Saqué el asunto a la puta luz, conté mi versión antes de que pudieran abrir la boca y luego les metí una demanda.

—¿Ese es el plan?

—¿Perder mi licencia, mi trabajo y tu reputación en mitad de una demanda por conducta sexual inapropiada es el plan? No, no es el plan. Joder. No jugaría así con tu vida. Tengo que encontrar otro enfoque. Aquí no va a haber ni la más mínima infracción de ninguna norma civil, así que se acabaron los guantes; esto va a ir fuera de los juzgados. Quieren hacernos pagar. A ti por rechazar a Yvonne y a mí por atreverme a plantarles cara y luchar por ti. Por tu buen nombre. Como médico —rectifiqué, tartamudeando un poco.

Mierda. Estaba totalmente enamorada de él. Yo era una abogada de primera y no tartamudeaba. Nada me descolocaba. Siempre había sido articulada y contundente, y acababa de trabarme al decirle a Ford que estaba luchando por él. Yo luchaba por todos mis clientes y nunca tenía problemas en decirlo. Era él quien me ponía nerviosa, quien hacía que no quisiera que pareciera que tenía sentimientos personales hacia él. Sentimientos personales del tipo despertarme en mitad de la noche y necesitar tener su polla dentro de mí con la fuerza de un antojo. Me daban ganas de aullar de lo mucho que le echaba de menos en mi vida, de lo mucho que le echaba de menos en mi cama, dentro de mi cuerpo. Era mi cliente, y no podía tenerlo. Incluso salir con un excliente era, como poco, éticamente cuestionable, por no hablar de que tampoco había muchas probabilidades de que me invitara a salir después de que yo dijera que acostarme con él había sido un error enorme. Quería tirar más cosas. Quería evitar saber lo que sabía: que mis sentimientos

por Ford eran mucho más profundos de lo que jamás había querido que él supiera.

No estaba solo enfadada porque intentaran chantajearle para obligarle a llegar a un acuerdo extrajudicial. Estaba furiosa porque los Striker le estaban atacando a él. No a mi cliente: a mi *persona*. Solo de pensarlo, sentí una mezcla de excitación y de náusea. Como todo lo demás en el caso Striker, era jodidamente inoportuno.

—Métete en el coche. Vamos al *country club*. No podemos ir a su casa porque es propiedad privada, pero ella se pasa el día en el club intentando meter mano a los profes de tenis y a los caddies. Así que probablemente la encontremos allí, afilándose las garras. Quiero finiquitar esto —dije.

En parte esperaba que discutiera, pero debería haber sabido que no. Ford tenía cojones. Eso nunca había estado en duda. Cuando salimos de la oficina a zancadas, Bevins nos estaba esperando. Carraspeó, fingiendo con todo el teatro del mundo que se sorprendía al vernos.

—¿Habéis reconsiderado la posibilidad de un acuerdo? —preguntó, dirigiéndose a ambos.

—Ni de coña, Bevins, yo no he hecho nada malo —dijo Ford con chulería.

—Estoy seguro de que os habéis dado cuenta de lo difícil que va a ser conseguir colaboración en el caso cuando nadie quiere ir contra los Striker.

Sonaba satisfecho de sí mismo.

—También ha sido difícil conseguir colaboración del bufete que contraté para que me defendiera —dijo Ford—. Estoy harto de que me presionen para que llegue a un acuerdo. No parecéis dispuestos a dejar que Holly lleve esto a juicio y demuestre que las acusaciones son falsas. Y la verdad es que me da igual por qué. He terminado con vosotros. A partir de ahora, estáis despedidos.

No pude evitar sonreír. Era exactamente lo que Roger se merecía después de haber intentado descarrilar el caso varias veces, tratando de convencerme de que lo arreglara con un acuerdo extrajudicial.

Seguimos hacia la salida y Bevins me gritó por la espalda:

—¿Adónde crees que vas, Jones? ¿No le has oído? Branson acaba de despedirte.

—No, ha despedido a tu bufete —le solté—. Yo dimito. He querido ser socia aquí durante tanto tiempo, y por fin he visto la luz, Roger. Eres un cobarde y un corrupto y no eres distinto de los demás.

Crucé la puerta casi flotando, sintiéndome más ligera, libre. Me giré para mirar a Ford y vi la sorpresa en su cara. Me dieron ganas de reír. Un segundo después también me di cuenta de que me tenía cogida de la mano, apoyándome en silencio.

CAPÍTULO 28

FORD



Nunca en mi vida había estado tan cachondo.

Holly estaba radiante, luminosa y poderosa; había dejado su trabajo para ponerse de mi parte. Un trabajo que hasta ahora lo era todo para ella. Quería agarrarla con las dos manos y gritar a los cuatro vientos: «mía», que todo el mundo supiera que esa criatura magnífica me pertenecía solo a mí.

—No tenías que hacer eso —apenas acerté a decir mientras íbamos de camino al coche.

—Sí, tenía que hacerlo. Si no, acabaría trabajando para un bufete que prefiere dejar que ganen los malos antes que llevar un caso difícil, uno complicado de probar. Esa no soy yo. No voy a echarme atrás ante una pelea.

—Por Dios, es que *eres* un pitbull —dije con orgullo. Ella sonrió, con esa sonrisa deslumbrante y preciosa que casi hacía olvidar lo pálida y cansada que estaba.

—Gracias. Me alegro de que por fin te hayas dado cuenta —dijo.

Condujimos hasta el club en un silencio relativo. Sentaba tan bien tenerla a mi lado, saber que estábamos en esto juntos, que me cubría las espaldas y que no íbamos a escabullirnos de allí con la cola entre las piernas.

Metí el coche en el aparcamiento y luego caminamos hacia el club, todo susurros, música de arpa y decoración refinada. Solo el leve tintineo de la cubertería y el murmullo de conversaciones educadas rompían el silencio caro. Varias cabezas se giraron cuando

atravesamos el comedor, y sentí un orgullo imposible de expresar cuando Holly simplemente alzó aún más la cabeza. Juntos nos acercamos a la barra reluciente.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo él, con un tono helado imposible de pasar por alto.

—Necesito hablar con el gerente inmediatamente —dijo ella.

—¿Y quién le digo que solicita su presencia? —preguntó.

—Ya sabe quién soy, y puede decirle que a Holly Jones no le gusta que la hagan esperar —soltó, con todo el morro del mundo.

En cuestión de minutos, se acercó el gerente. No nos condujo a un despacho ni ofreció ninguna privacidad para la conversación. Estaba claro que quería que nos marcháramos.

—Señor Branson —dijo, dirigiéndose a mí.

—*Doctor Branson* —corregí—. Me conoce lo bastante como para saber que soy un médico especialista con todas las de la ley, y estoy seguro de que a usted le han enseñado bien a tratar a los socios con el respeto que se debe a su posición —añadí, altivo, tan estirado como Holly siempre había supuesto que podía llegar a ser.

—Como usted diga —respondió, con una media sonrisa—, pero su condición de socio ha sido revocada. Creo que ya conoce el camino a la salida.

Como sospechaba, el impresionante intento de Holly de plantar cara al gerente del local no iba a servir de mucho. Me sentí desanimado. Pero no pensaba salir de allí como un ladrón solo porque ese tipo lo dijera.

—Charles… —empecé. Holly me interrumpió, posando de nuevo la mano en mi brazo.

—Nos iremos encantados y sin montar escándalo —dijo en voz baja, pero el brillo de sus ojos me dejó claro que tramaba algo—. En cuanto me cuente *oficialmente* todo lo que sabe sobre Yvonne Striker y cómo ha intentado tirarse a todos los hombres de este club, usted incluido.

Él la fulminó con la mirada, atónito.

—De verdad que no sé de qué me está hablando.

Yo estaba a punto de decirle que no pasaba nada, que mejor nos íbamos. No quería que este tío llamara a seguridad y que nos

escoltaran hasta la puerta del club para que alguien pudiera hacernos más fotos y usarlas como material de chantaje.

—Perfecto, quizá lo piense mientras voy al juzgado del centro a conseguir una citación judicial para los registros financieros del club y las grabaciones de seguridad —dijo ella con sequedad—. Entonces podrá explicarle al juez cómo ha permitido que Walt Striker lleve a cabo negocios ilegales en este establecimiento desde hace años. Estoy segurísima de que tendremos pruebas de sobra de que usted sabe *exactamente* de qué estoy hablando.

Nunca había visto a nadie perder el color de la cara tan deprisa. Quería cogerla en brazos y hacerla girar, reír a carcajadas de triunfo. Lo tenía pillado. Los tres lo sabíamos. Si era un farol, era magistral. Puede que no hubiera manera legal de atacar lo de las fotos, pero desde luego la había para obligar a directivos muy bien situados a hablar oficialmente para salvar su propio culo.

Me encontré con su mirada, chispeante y victoriosa, mientras seguíamos al gerente, boquiabierto, hasta un despacho privado para hablar más del asunto que nos ocupaba. Su intento de echarnos el cerrojo había fracasado y nosotros llevábamos ahora la voz cantante. Que yo estuviera metido hasta el cuello en una demanda sin representación legal, que me hubiera acostado con mi abogada y que ahora ella estuviera en el paro parecía poca cosa en comparación con el hecho de que teníamos la influencia que necesitábamos para obligar a esos cabrones con demasiado poder a enderezarse en la silla y escucharnos. Nunca esperaban que nadie les plantara cara, no cuando las reputaciones estaban en juego. No creía que estuvieran preparados para Holly Jones, dispuesta a arriesgarlo todo para hacer lo correcto. Una guerrera que no se echaba atrás, tan feroz como hermosa.

CAPÍTULO 29

HOLLY



Cuando el gerente nos ofreció algo de beber, supe que lo teníamos. Era una cortesía que, de forma muy deliberada, le habría negado a alguien a quien no respetara o no temiera. Sabía cómo funcionaban hombres como él. Así que acepté agua con gas con lima e intenté no arcadas cuando le di un sorbo. Jesús, ¿de verdad la lima tenía que oler *tanto*? Dejé la copa de cristal sobre la mesa y me acomodé en el amplio sillón de cuero del despacho. Ford estaba aturdido, y me encantaba ver el asombro en su expresión cada vez que me miraba. Nunca me había visto realmente en acción, y me resultaba bastante excitante impresionarle.

—No creas que no me doy cuenta de que has actuado siguiendo la voluntad de tus empleadores —empecé, jugando un poco al poli bueno con el gerente.

Charles carraspeó. Luego se dejó caer pesadamente detrás de su escritorio y empezó a hablar.

—Estoy dispuesto a hablar oficialmente sobre la señora Striker, siempre que se proteja mi identidad.

—¿Quiere que deje esa garantía por escrito antes de seguir? —le ofrecí. Negó con la cabeza.

—No puedo seguir así, señorita Jones. Ha sido un puesto muy lucrativo, obviamente, pero tiene otros costes.

—Ajá. Yo hace poco hice un análisis coste-beneficio similar sobre mi propio empleo y me fui de mi bufete. Lo entiendo —dije.

—Será difícil conseguir otro puesto con el mismo prestigio después de haberle revelado ciertos asuntos privados por el bien de este caso. No me malinterprete, sé que es lo correcto. Puede que piense que solo he aceptado cooperar bajo la amenaza a mis empleadores, a que cierren todo el club, pero cuando me llamaron al vestíbulo ya sabía que usted no se echaría atrás fácilmente. La conozco de oídas, por supuesto. Como ha deducido correctamente.

—Nada halagador, me imagino —sonreí de medio lado.

—Hace dos años, la señora Striker fue rechazada por un camarero de nuestro departamento de catering. Jorge Muñoz. Querrá ponerse en contacto con él. Sin duda le proporcionará información útil. Ella lo demandó por acoso sexual y consiguió que lo despidieran.

—Gracias —dije.

—No he terminado, señorita Jones —dijo, sorprendiéndome incluso a mí.

—Ya ha hecho más que suficiente dándome el nombre. Si prefiere mantenerse al margen de esto, conservar su trabajo, nos iremos sin más —le ofrecí.

—Hay más. Mucho más, me temo —dijo Charles. Iba a desahogarse conmigo. Lo notaba. Así que solo asentí y le dejé sacarlo como necesitara.

—Le agradecemos cualquier información que pueda darnos —dijo Ford—. Y estoy seguro de que podrá encontrarse otro trabajo que no le obligue a las clases de compromisos que ha tenido que hacer en el pasado. No le estoy ofreciendo un trabajo a cambio de información, por cierto… —se cortó. Charles soltó una risa seca.

—Doctor Branson, difícilmente podría decirse que eso ha sido un intento de soborno. Me han ofrecido decenas de miles de dólares por información y me he negado. Hablo porque siento que debo hacerlo.

—Gracias. Lo respeto. Continúe, por favor —dijo Ford. Yo le dediqué a Ford una mirada de aprobación.

—Ha sido el terror de este lugar desde que estoy aquí, estos quince años. Durante un tiempo intenté contratar empleadas siempre que fue posible solo para saber que el personal nuevo

estaría a salvo de las insinuaciones de la señora Striker. Parecía que, a medida que envejecía, empeoraba: se volvía más descarada y más agresiva cuando se encaprichaba de un hombre, socio o empleado, para que le diera la atención que ansiaba, para demostrarse que seguía siendo atractiva, todo ese tipo de cosas. Cuando vino a por mí hace dos años, intenté rechazarla, incluso llegué a recalcarle lo inapropiado que sería que se rebajara a tener una aventura con un empleado del club… fingiendo que no sabía cuántos empleados se había tirado ya…

—Siento que le pasara eso —dije—. Debió de ser muy duro.

—En parte fue culpa mía, la verdad. Antes venía más arreglado al trabajo, con trajes más entallados que ahora. Eso mandaba el mensaje equivocado sobre…

—No —lo interrumpí—. Usted no lo estaba *buscando*. Da igual cómo vistiera y da igual si era amable. Ella abusó de su posición de riqueza e influencia e intentó obligarle a hacer algo que usted no quería hacer.

—No solo lo intentó —dijo, con la cabeza entre las manos—. Mi trabajo estaba en juego; ella misma lo dijo. Había una situación económica.

—Tenía deudas —completé, intentando ocultar la rabia que sentía por él.

—No yo. Mi hija. Fui padre muy joven. Su madre y yo no seguimos juntos… estábamos en el instituto. La veía siempre que podía, pero cuando me casé a mi mujer no le gustó. Yo insistí y mantuve mi postura. Y me aseguré de que Sydney supiera que siempre era bienvenida en nuestra casa. Cuando empezó la universidad, la pagué yo. Pensé que era lo mínimo que podía hacer. Pero resultó que tenía otros gastos: no quería decirme cuando se le rompía el portátil, ese tipo de cosas. Cuando me enteré del problema con la tarjeta de crédito, supe que no podía ayudarla como había hecho antes. Mi mujer me habría hecho la vida imposible.

—Así que necesitaba dinero a espaldas de su mujer.

—Sabía que no estaba bien. Pero ya había cedido ante Yvonne para conservar mi puesto. Y cuando me ofreció dinero para que me

callara, yo ya sabía lo de la deuda de Sydney, así que dije una cifra. Para mi vergüenza, acepté el dinero.

Asentí, con la compasión y la rabia librando una batalla dentro de mí.

—No puedo decirle cuánto le agradecemos que esté dispuesto a dejar constancia de lo que ha vivido. Me aseguraré de que su nombre y el de su hija no salgan en nada. Le doy mi palabra.

Él asintió, con la cabeza todavía gacha, pesada de vergüenza.

—Nunca podré deshacer lo que hice.

Entonces habló Ford, sorprendiéndome.

—Charles, si me permite… voy a decirle lo mismo que le diría a un amigo que me contara algo así. Usted no hizo daño a nadie. Quien hizo daño fue Yvonne. Ella lo acosó y se aprovechó de usted. Si eso no le encaja, imagine que se enterara de que a su hija le hubiera pasado algo parecido, que tuviera una necesidad urgente de dinero y una persona mayor, rica y poderosa la hubiera manipulado para que mantuviera una relación sexual. ¿La culparía a ella?

—¡Jamás! —dijo al instante.

—Entonces trátese con la misma indulgencia con la que la trataría a ella. Usted no ha hecho daño a nadie y ahora está haciendo algo bueno, permitiendo que se conozca el verdadero carácter de su abusadora. No solo vamos a parar la demanda contra mí, Charles. Vamos a hacer públicos sus actos, para asegurarnos de que no vuelva a salirle gratis hacer daño a nadie más —le dijo Ford. El pecho me ardía de orgullo por él.

—Gracias otra vez —dije. Tras intercambiar datos de contacto con Charles, nos fuimos.

—No me puedo creer que sabías que Striker estaba haciendo movidas turbias en el club y no me lo dijeras —dijo Ford mientras caminábamos hacia el coche.

—No lo sabía. Estaba de farol.

—¿Estabas de farol? —preguntó, incrédulo.

—Sí, no ha estado mal, ¿eh?

—Eres increíble y lo sabes —dijo, sonriéndome.

Ford se inclinó para darme un abrazo. Sabía que no podía fiarme de mí misma para abrazarle y no empezar algo. Pero en sus brazos

me sentí cálida y feliz durante medio segundo antes de que me golpeara la náusea. Me aparté y me apoyé en el coche, aspirando bocanadas de aire y tratando de no vomitar.

Ford pasó por delante de mí, abrió la puerta y me ayudó a sentarme en el asiento del copiloto. Me estaba tomando el pulso, indicándome que me inclinara hacia delante y respirara despacio. Intenté decirle que estaba bien, pero él seguía comprobando cómo estaba.

—Tu frecuencia cardíaca está elevada, y esa respiración forzada no me gusta. Nos vamos a urgencias. ¿Desde cuándo te está dando guerra el estómago?

No podía responderle de verdad porque estaba intentando no desmayarme. Intenté aclarar la mente para responder desde cuándo me sentía mal. Me abrochó el cinturón de seguridad. Se me cerraron los ojos y él me sacudió del brazo.

—¡Holly, quédate conmigo! —dijo mientras arrancaba el coche.

Creo que emití un ruido y luego se me cerraron los ojos otra vez.

CAPÍTULO 30

FORD



Siempre se dice que los médicos somos pésimos pacientes. Y como acompañantes en un hospital, también damos pena. Estaba sentado en la sala de espera de Urgencias y casi no podía quedarme quieto en la silla. Estaba impaciente y sabía exactamente cuánto se tarda en hacerle una valoración completa a alguien. Un solo minuto más de lo estrictamente necesario me parecía inaceptable. ¿Es que no veían que ella necesitaba atención médica? Para eso habíamos venido a Urgencias. Entre cabreado y angustiado, no paraba de preguntarle a la administrativa de admisión si había alguna novedad.

Cuando por fin me llamaron para pasar a su box, estaba fuera de mí, a partes iguales por la preocupación por ella y por el cabreo que me provocaban la ineptitud y la lentitud de todo el proceso. La encontré incorporada en una camilla. Tenía mejor color y estaba despejada. Fui hacia ella de inmediato y le cogí la mano, incómodo con lo impotente que me había sentido cuando estaba tan enferma y débil. Me dedicó una sonrisa.

—Me han puesto esto —dijo, señalando la vía en la mano—. Solo estaba deshidratada. Los sueros me han ayudado mucho. Tendré más cuidado y beberé agua aunque no me apetezca nada.

—¿Cuánto tiempo llevas mala? Te pusiste enferma en mi casa durante el desayuno y de eso hace ya, ¿qué?, ¿dos semanas? A estas alturas no deberías seguir con síntomas de una intoxicación alimentaria o de un virus de estómago.

Antes de que pudiera contestarme, entró un médico con unos papeles en la mano.

—La enfermera ya se ha encargado de su alta, ¿verdad?

Holly asintió.

—Entonces haré que alguien le retire la vía y lo único que tiene que hacer ahora es acudir a la cita de la que hemos hablado.

—Sí, iré. Gracias.

Cuando se fue, la miré con curiosidad.

—¿Tienes que hacer un seguimiento con tu médico de cabecera por esto del estómago?

—Con mi ginecóloga, Ford. La cita es para el control del embarazo. Estoy embarazada.

—Estás embarazada —repetí, aturdido.

No se me había pasado por la cabeza que fuera esa la causa de sus mareos, de que no soportara los olores de la comida, de que vomitara por la mañana en mi casa. Negué con la cabeza, consciente de que debería haber reconocido las señales. Cansancio, náuseas, mareos… Podían ser cien cosas distintas, sí, pero la más obvia era el embarazo. No era lo que había planeado. Nada de esto lo era. Pero sabía, con una claridad absoluta, que era exactamente lo que quería.

—Sí, yo no lo planeé, Ford. He estado tan cansada que pensé que solo era por el caso y el estrés…

—Supongo que solo queda hacer una cosa —dije con un suspiro.

Vi cómo mi chica echaba los hombros hacia atrás y alzaba la barbilla, como si estuviera lista para pelear. Como si alguna vez fuera a tener que pelear conmigo por nada. Le sonreí.

—Deberíamos tener una cita de verdad, para empezar.

—¿Estás diciendo que quieres invitarme a salir porque voy a tener tu bebé? —preguntó con los ojos brillantes y una sonrisa imposible de contener.

—No, estoy diciendo que quiero invitarte a salir porque ya no eres mi abogada. He despedido al bufete.

—Sigo siendo tu abogada. ¿Quién si no va a sacarte de este marrón? —replicó sonriendo.

—¿Sigue siendo poco ético si ahora ejerces por tu cuenta?

—Por supuesto. Sigue siendo poco ético.

—Entonces olvídate de la ética. ¿Adónde quieres ir a cenar? Y antes de que protestes, también voy a hacerte el desayuno —dije.

—A lo mejor te lo tomas con calma con lo del desayuno. Ahora mismo por las mañanas soy más de galletitas saladas.

—Eso es lo que tú te crees. En nada te tendré perfectamente hidratada y devorando mis tostadas de canela que te mueres.

—¿Y esto es lo que me espera? ¿Que acepto tener una cita contigo y ya te crees que mandas?

—No lo dudes —dije, con una sonrisa.

Entonces, antes de que pudiera soltar otra réplica insolente, la besé como llevaba queriendo besarla desde antes de que se desmayara. La besé como si me perteneciera y siempre me fuera a pertenecer.

EPÍLOGO

FORD — UN AÑO DESPUÉS



Es por lo que vivo, el momento que espero cada día. Después de terminar las consultas, vuelvo a casa y cruzo la puerta. La casa es la misma, pero todo en ella es distinto. En la cocina, mi preciosa mujer, la mujer que lo cambió todo, está sentada a la mesa bebiendo café con hielo y leyéndole a Riley un libro de rimas. Él da pataditas en la hamaca de bebé, demostrando a su manera lo emocionado que está con el libro. Lo cojo en brazos y le lleno de besos su preciosa cabecita calva antes de apretarlo contra mi pecho. Soy, definitivamente, el cabrón más afortunado del mundo.

—¿Cómo ha ido tu día? —le pregunté a Holly. Ella deslizó un brazo alrededor de mi cuello mientras yo la sentaba en mi regazo.

—Ha ido bien. Este tío me ha llevado al parque. Le han gustado los pájaros y la gente en bici. Estoy deseando que pueda tirarse por el tobogán.

—Le va a encantar, pero para eso faltan todavía unos meses.

—Ya… ¿Qué tal tus consultas?

—Todo bien. Te he echado de menos. Y a este vaquerito también —la besé, metiendo la lengua en su boca, arrancándole el mismo suspiro suave que soltó la primera vez que nos besamos—. ¿Lista para volver al curro mañana?

—Sí. Lo estoy. Me ha encantado estar en casa con Riley, pero me apetece un montón estar ya en mi propio despacho y llevar los casos que yo quiera. Además, me encanta la sala de bebés que montamos en la oficina. Hemos pasado por allí después del parque para que Ry

pudiera investigar el columpio de bebé que Emma eligió para nosotros. O sea, sí, Susie y Aaron fueron los que lo compraron y lo montaron, pero si le preguntas a Emma, es suyo y solo suyo. Me alegro tanto de que esté loca por Riley… Tenía un poco de miedo de que tuviera celos.

—¿Y quién no estaría loco por él? —pregunté, maravillándome una vez más de nuestro precioso niño y de nuestra preciosa vida.

—Ni me lo creo —dijo, besándome la mejilla—. No me creo nada de esto, Ford. Quiero decir, esto es todo lo que pensé que nunca podría tener. Iba a ser trabajo o familia, nunca las dos cosas. Siempre tirando para conseguir un ascenso, sin parar nunca.

—Y ahora tu madre va a cuidar de Riley en tu despacho para que puedas estar cerca de él todo el día. Puedes tenerlo todo. Te lo mereces todo, cariño —dije.

—Te quiero —dijo—. Gracias por hacer realidad todos mis sueños.

—Sigue soñando cosas nuevas. Lo haremos todo —dije, besándola de lleno en los labios.

Fin

ENAMORÁNDOME DE HAILEY (VISTA PREVIA)



CAPÍTULO 1

HAILEY



Dieciocho créditos este semestre, más un trabajo a tiempo completo. Iba a ser duro. Pero podía hacerlo. Había sobrevivido a cosas peores: me hice cargo de mi madre nada más salir del instituto, cuando le diagnosticaron cáncer, y la llevé yo misma a todas sus citas y tratamientos. Si pude con aquello, aterrada pensando que podía perderla, también podía con una sobrecarga de asignaturas mientras servía mesas.

Encajé mis clases en cuatro días a la semana; así me quedaban tres días completos para trabajar, más un par de turnos de noche.

—¡Hala! Eso parece la tabla periódica o alguna mierda del insti. ¿Qué estás escribiendo? —preguntó mi mejor amiga, María.

—Este es mi horario de clases del semestre que empieza mañana, y aquí estoy yo, cuadrando qué turnos puedo cubrir para pagar el alquiler y la luz.

—Te vas a quemar con esas horas. Joder. ¿Dieciocho? Pensaba que el máximo era dieciséis.

—Quince para los de grado, pero conseguí que mi tutor académico me autorizara la sobrecarga. Voy muy atrasada, María. Acabo de terminar mi primer año. La mayoría de la gente en mi campo tiene un máster y dos o tres años de experiencia a mi edad.

—Pues quizá ellas no se tomaron un tiempo para mantener con vida a sus madres, Hailey —dijo—. Deberías estar orgullosa de eso y no agobiarte por lo que "se supone" que deberías estar haciendo a los veintiocho. Joder, yo tengo veintiocho y curro aquí. Estoy

ahorrando para un viaje. Hasta ahí me gusta planear —añadió con una sonrisa.

—Quiero pisar el acelerador y terminar el grado y pagarlo sobre la marcha para no pasarme la próxima década destinando mi sueldo a los préstamos estudiantiles. Por eso trabajé y ahorré muchísimo para poder pagar clases, libros y esas cosas. Menos mal que no estoy en *STEM*. Las tasas de laboratorio son mortales.

—Siempre puedes vender un riñón —bromeó—. Tu madre lleva en remisión tres o cuatro años. Te pasaste tres años enteros ahorrando para la uni y ni siquiera te vas a permitir disfrutarla. Por estas cosas odio el capitalismo.

—Si no fuera por el capitalismo, las dos estaríamos sin trabajo —bromeé, y ella se echó a reír, chocando su cadera con la mía.

—Parece que estás en la clase de mi hermano —dijo—. Si se pone demasiado duro contigo, te contaré la historia de cuando se meó en la cama en el campamento de verano.

Bajé la vista al horario. Había estado tan ocupada mirando las franjas horarias que no presté mucha atención a qué profesor impartía cada una de las asignaturas en las que estaba matriculada. El nombre de Ricardo Esperanza aparecía justo al lado de una de mis clases. Sentí un aleteo. Tragué, sin querer delatar el pequeño escalofrío que me recorría cuando pensaba en él. Conocía a Rick desde hacía siglos. Llevaba enamorada de Rick desde hacía siglos.

Allí mismo decidí que escogería un asiento en la última fila de su clase. Así podría centrarme en la materia y no me pasaría la hora mirándolo como una acosadora. Por muy en serio que me tomara terminar la carrera lo más rápido posible y sacar buenas notas, ni siquiera yo era inmune a un hombre así. Un sitio en las primeras filas, con una vista despejada de su atractivo moreno, podía distraer de verdad a una chica. Había trabajado demasiado tiempo y demasiado duro para dejar que una distracción descarrilara todos mis planes.

CAPÍTULO 2

RICK



—¿Por qué elegimos este sitio otra vez? —preguntó Hamilton, señalando el gentío apretujado.

—Estaba cerca del campus —le recordé.

—Las alitas son imbatibles —añadió Aaron.

—Hay un ruido de la hostia —comentó Drake.

—Y tú estás viejísimo —replicó Aaron—. El ruido no te molestaba antes de casarte y largarte del club.

—O igual estás lleno de mierda, o igual tener esposa y bebé en casa hace que esta movida resulte bastante menos atractiva —dijo Drake—. Igual es la madurez.

—Asegúrate de que llevas bien puesta la dentadura, abuelo —bromeé—. Creo que Luke monta tanto jaleo como toda esta gente.

—Lo dice el tío que le regaló un tambor por su primer cumpleaños. Gracias por eso, por cierto —Drake puso los ojos en blanco—. Tendrías que verlo. Se cree el más grande cuando aporrea el tambor.

—Porque soy un padrino maravilloso —presumí.

—Me acordaré de esa mierda cuando tengas una criatura —amenazó Drake.

—Preston tiene un juguete de CocoMelon que toca la misma canción en bucle. Te lo cambio por el tambor —ofreció Hamilton.

Drake negó con la cabeza.

—Dios, echo de menos CocoMelon. Ahora es Blippi, y Blippi es jodidamente cargante —intervino Kyle—. Intento que los mellizos

vean Bluey —tiene mensajes cojonudos y los roles de género están más equilibrados—, pero es Blippi 24/7.

—¿Qué cojones les ha pasado? —preguntó Aaron, girándose hacia mí.

—Somos los últimos de una especie en extinción, tío. Estos pringaos eligieron la soga al cuello y ahora tienen dibujos favoritos. Y el bar ahora les parece demasiado ruidoso.

—Lo siguiente será decir que necesitan Almax porque las alitas les han dado ardor —negó con la cabeza Aaron.

—Triste panorama —coincidí—. Me sorprende que hayan aguantado más allá de las siete y media. Antes nos lo pasábamos de puta madre, hasta que los veteranos del grupo decidieron casarse y volverse calzonazos.

—Rick —me advirtió Kyle.

Miré de reojo a Aaron como diciendo: «ya está, me va a soltar una charla de estudios de género».

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no lo sois? —piqué.

—Te voy a decir que no seas un capullo —dijo Kyle. Siempre había sido directo, casi tanto como yo.

—En cuanto lo dije, supe que no te iba a hacer gracia. Lo llamo de otra manera a partir de ahora.

—Eres de marketing, dale una vuelta —dijo Hamilton.

—¿Enajenados por vuestras esposas, qué tal? —solté con sorna.

—Mejor. Y más exacto —dijo Drake—. Pero te aconsejo que no vuelvas a referirte a ninguna parte de la anatomía de mi mujer.

Bajé la barbilla, dándome cuenta de que los tíos que antes rajaban conmigo ahora se ofendían con lo mismo. El tiempo, la edad, los cambios y todo eso, supongo.

—Invito yo a la siguiente ronda a modo de disculpa.

—Yo me piro —dijo Kyle—. Que tengáis buen semestre, seguro que hablaremos o nos mandaremos mensajes.

Drake se puso en pie.

—Yo también —dijo, mirando la hora en el móvil.

Hamilton apuró un trago más de su cerveza y los siguió con un simple:

—Buenas noches, chicos. No os quedéis hasta tarde.

Los vimos salir a toda prisa por la puerta para volver a casa con sus esposas. Negué con la cabeza, incrédulo.

—Quién los ha visto y quién los ve —dije—. La felicidad es una cosa. Estar tan encadenado que ni puedes tomarte una copa con tus amigos sin salir pitando es otra muy distinta.

—Antes quedábamos todo el tiempo. Ahora estamos solo tú y yo. ¿Para qué los invitamos a estas alturas? —protestó Aaron.

Estábamos en la veintena —hace doce, quince años— y parecía la vida ideal. Vivir en Berkeley, dar nuestras clases, tomar una cerveza con los colegas y hablar de con quién salíamos o de quién nos había tocado los cojones en el curro.

—¿Los viejos buenos tiempos? —dijo.

—Exacto.

—¿Alguna vez te preguntas cómo será? Tener a alguien esperándote en casa —preguntó Aaron.

—¿Te me estás ablandando? —repliqué.

—Nah, solo me lo preguntaba —dijo.

—A veces, pero las últimas mujeres con las que salí solo iban a por mi dinero. Me costó demasiado ganarlo como para regalárselo a una cazafortunas que quiere gastárselo en pijadas que vio en TikTok —dije.

—Joder —silbó Aaron—. ¿Un poco amargado? No quiero tocarte los cojones, pero si solo vienen por tu pasta, igual la pasta no es el problema —se rió.

—¿Estás diciendo que mi arrolladora personalidad no es suficiente? —me reí—. No tengo filtro, lo sé. Mi Papi solía lavarme la boca con jabón por eso mismo —dije—, así que digo lo que pienso. Supongo que no usó suficiente jabón.

—Supongo que no —dijo Aaron—. Pero hay que madurar alguna vez con las tías, o eso me han dicho. Yo aún prefiero pillarlas cuando están en su punto. Y por "en su punto" quiero decir veinticinco, morenas de playa y nada de ganas de sentar la cabeza.

—Por favor, te ruego que eso no lo digas delante de Kyle. Le da un ictus y luego nos toca tragarnos un PowerPoint sobre misoginia. No hay suficiente cerveza en este antro para aguantarlo.

—No lo haré —dijo—. Solo digo que pienso estirar la buena vida todo lo que pueda.

Choqué mi botella de cuello largo con la suya.

—Eso es —dije—. No te líes con ninguna alumna. Eso fue el último clavo en su ataúd.

—Si ves a una mujer atractiva en una de tus clases, imagínate que tiene barba y que colecciona gnomos raros de cerámica —aconsejó Aaron—. Y no hagas contacto visual. Si no, serás la próxima baja.

—Yo no, tío —dije—. Llevo años esquivando esa soga. No tengo tiempo para sentar la cabeza.

—Amén, hermano. Tenemos que cuidarnos entre nosotros ahora, que ya solo quedamos dos —dijo.

Terminamos otra ronda y nos fuimos. Yo regresé a mi piso vacío y me recordé que me gustaba. Paz y silencio y no tener que darle cuentas a nadie. Tenía todo lo que necesitaba. Éxito profesional, la oportunidad de devolver algo a la comunidad dando clases en Berkeley, buenos amigos, y el orgullo de haber podido jubilar a mis padres inmigrantes, trabajadores hasta la médula, cuando yo tenía veintidós y mantenerlos con holgura. ¿Qué más podía querer?

CAPÍTULO 3

HAILEY



Mi seminario de marketing estaba a reventar. El salón de actos era enorme y, aunque aún faltaban diez minutos para que empezara la clase, apenas quedaban asientos libres. Conseguí deslizarme hasta el centro de una fila, más o menos a media altura de la sala, cómoda en el anonimato relativo. No era exactamente la última fila, como había planeado, pero había suficiente gente como para sentirme segura de que Rick no me reconocería.

Obviamente, mi mejor amiga no sabía que su hermano mayor me pone desde que tengo uso de razón. Se volvería loca y me tomaría el pelo para siempre. No me la quitaría de encima en la vida.

Cuando entró y encendió el proyector, mis planes de mantener la mirada en los apuntes se fueron al carajo. Estaba aún más bueno que la última vez que lo vi. Llevaba una camisa negra abotonada, con las mangas remangadas, dejando a la vista unos antebrazos morenos. La corbata, de un estampado abstracto, artístico, iba floja, y el cuello de la camisa desabrochado. Llevaba el pelo más corto y parecía aún más ancho de hombros que antes, si es que eso era posible. Debía pasar tanto tiempo en el gimnasio como en el trabajo y en la uni.

Me obligué a parpadear y empecé a tomar apuntes furiosamente. Aunque me habían enviado por correo una copia del programa de la asignatura que estaba comentando, apunté lo que decía como si cada detalle contara. Era mejor que desnudarlo con la mirada. En

lugar de la típica introducción de la clase, se lanzó a los dos primeros capítulos de nuestro manual —que había escrito él—. Un superventas sobre marketing básico y construcción de marca. Ya lo había leído, pero ahora anoté sus comentarios, cada anécdota, cada aclaración que hacía.

Saqué el móvil del bolsillo para mirar la hora. Solo nos quedaban un par de minutos. Podía empezar a guardar mis cosas con tranquilidad y prepararme para salir… si él dejaba de hablar. Iba a ser de esos profes —los que hablan hasta el último segundo—. Suspirando, subrayé la tarea que acababa de mandar para la próxima clase. Mi móvil, en silencio, parpadeó con el nombre de Maria.

Toqué la pantalla para abrir el mensaje que me había enviado:

«¿Mi bro te ha dormido?»

Sonreí y negué con la cabeza, tecleando una respuesta a toda prisa: «No, es solo que tiene mucho que decir».

«¿Es tan muermo en clase como en casa?», escribió. Miré a hurtadillas alrededor para ver si alguien se daba cuenta de que estaba chateando. La chica de al lado me miraba, pero la clase seguía y, con tanta gente, me sentí segura para contestar.

Le mandé un emoji empollón con gafas y dientes de conejo y añadí: «Soy una friki del marketing. Me encanta esta mierda».

Me devolvió enseguida una ristra de diez emojis roncando, con la hilera de zetas saliendo de sus caritas amarillas dormidas. Me reí antes de poder evitarlo y luego intenté disimularlo con una tos, dándome cuenta de que había sonado más alto de lo que creía.

Alcé la vista y me crucé con la de Rick. Me miraba directamente, con una chispa de reconocimiento e irritación en la cara. Mierda. La gente se estaba girando de verdad para mirarme como si esto fuera cuarto de primaria y yo acabara de potar en el pupitre o algo así. Bajé la mirada al regazo, avergonzada. «Aquí no hay nada que ver, gente, circulen», pensé, deseando que dejaran de mirar. Por fin, dio por terminada la clase y llegó el alivio del ruido de todos recogiendo sus cosas y saliendo por la puerta.

—Srta. Thomas —oí decir a Rick con un tono severo y nada amistoso. Se me escapó un quejido ahogado. Mierda. Adiós a pasar

desapercibida. Igual luego le retorcería el pescuezo a su hermanita por hacerme reír y meterme en líos, si eso no sonara tan jodidamente infantil.

Bajé hasta delante del todo y me quedé de pie, deseando que me tragara el suelo.

—¿Sí? —dije, negándome a soltar un «señor» para hacer la pelota. Había estado mandando mensajes en clase y me había reído en voz alta cuando él no estaba diciendo nada remotamente gracioso. Que me cayera el castigo.

—Soy consciente de que puede que tenga cosas más entretenidas que hacer que prestar atención en mi clase. No piense que por ser amiga de mi hermana va a pasar por mi asignatura de rositas. Tendrá que tomársela en serio si pretende aprobar.

—No volverá a pasar —dije con rigidez y salí, avergonzada.

No quería volver a pisar esa aula jamás.

Consiguelo aqui

¡POR FAVOR NO OLVIDES DEJAR UN COMENTARIO!



Muchas gracias por leer mi novela.

Como nueva autora independiente, significa mucho para mí recibir comentarios de mis lectores. Si pudieras tomarte el tiempo de dejar una opinión cuando termines de leer, te lo agradecería mucho. Leer los correos electrónicos y las críticas sobre mi historia de parte de ustedes significa todo para mí.
Gracias de nuevo.

SOBRE LA AUTORA



Annie J. Rose es una autora de romance contemporáneo a quien le encanta dar vida a todas tus fantasías. Escribe ardientes historias de romance con finales felices.

Nació y creció en Nueva Zelanda, y a menudo pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo historias en su balcón. Es farmacéutica de día, escritora de indecencias por la noche.

Para cualquier pregunta o inquietud, por favor contáctame en: spanish@anniejrose.com

Suscríbete a mi boletín de noticias AQUÍ